

## IV.

**Corolario moderno.**

No en vano las revoluciones conturban los hábitos más arraigados y conmueven las tradiciones más viejas; no en balde se atacan los antiguos cimientos de una institución secular y se siembran bajo el polvo de lo que se derrumba nuevas semillas henchidas de ricos gérmenes. La osadía de los innovadores tiene siempre un éxito seguro, más ó menos notable y la obra reformadora deja tras sí una traza más ó menos clara y profunda.

Una idea que se lanza, un sentimiento que se despierta, un propósito que se anuncia, una esperanza que flota en el espacio, no son como leves espumas que el viento deshace ó ligeros vapores que un soplo arrolla, sinó certeros disparos que hieren en el corazón de los pueblos, profundos sonidos á que responde un eco en la conciencia general, violentas sacudidas que estremecen á la Humanidad, le muestran inesperados horizontes y la empujan con violencia hácia ellos.

Y la Humanidad corre. Sus primeros pasos son febriles; la sorpresa y la alegría engendran como una calentura: no se camina, se vuela: no se anda la ruta, sinó que se devora la distancia. Y en tan desatentada carrera, el sentido común desfallece, y la razón se fatiga, y la prudencia perece, y el tino se pierde, y la Humanidad sigue en torbellino lanzando tras de sí los delirios de su fiebre y las monstruosidades de su demencia. Pero el tiem-

po enfria y el cansancio calma; la postración provoca el juicio, y la distancia convoca al sosiego y la reflexión. Cesó la batalla; apenas se oyen los últimos y lejanos tiros del enemigo; no hay temor, el triunfo es seguro; hay que detener el paso, reparar las desfallecidas fuerzas, aunque sea reposando sobre las ruinas del ciego corage, y meditar. Desde el momento en que la pasión calla, la razón alza el grito; y una vez que la conciencia ha escuchado la voz de la razón, el imperio del orden está asegurado.

Tal pasó á los románticos españoles en el campo literario. Calmada su furia, retrocedieron: advirtieron que su frenesí los había llevado quizá sobrado lejos, y admirados y condolidos ante el arté lastimado, y la razón ultrajada, y la moral herida, y las costumbres manchadas, y la sociedad conmovida, cedieron de su descabellado intento y, vueltos á los racionales límites de la naturaleza y de la vida, sin doblegarse á las imposiciones exageradas de los clásicos, entraron en el respeto de las reglas, tornaron al cuidado de la belleza y volvieron al culto santo del Arte.

Más siempre quedó el mundo artístico dividido en dos escuelas, las cuales reflejaron, individual y como sustantivamente, los dos elementos esenciales del fenómeno de la belleza; la idea y la forma, lo subjetivo y lo objetivo, lo ideal y lo real, lo bello y lo agradable. Estas dos tendencias, también antagónicas, sirvieron desde entonces de profundos rasgos fisionómicos, para distinguir y separar á los cultivadores de la belleza en dos grupos; el de los *idealistas* y el de los *realistas*; división que

corresponde, y tal vez por la que se sostiene, á la que aparece análogamente en la esfera de la ciencia entre los *espiritualistas* y los *positivistas*, ó sea los *metafísicos* y los *empíricos*. Es lo cierto, que la dualidad moderna se expresa por la doble dirección comunicada al espíritu filosófico hácia lo material ó lo inmaterial hácia el fenómeno ó hácia el principio, hácia la observación ó hácia la especulación pura; y que este antagonismo habia de estar representado en el seno de las bellas artes, como lo está efectivamente por los divinizadores de la Naturaleza y los humanizadores de Dios, y por los que apartan la mirada del mundo para elevarla á la divinidad.

No hay duda de que en el cuerpo del *realismo* actual se encierra un espíritu derivado del que animó al clasicismo; porque al principio que reducía entre estos el arte al culto de la forma, corresponde exactamente entre aquellos el moderno tema de que toda belleza se expresa por la Naturaleza; y el apegamiento que tuvieron los clásicos á las reglas de composición y estilo, conviene admirablemente con el raro afán que manifiestan los *realistas* de imitar meramente los seres y fenómenos materiales, con perfecto olvido de la idea y desdén de toda concepción independiente de la experiencia. Del mismo modo es innegable que el *espiritualismo* artístico de hoy es el heredero de las tendencias y propósitos del romanticismo de ayer; porque al abandono de las formas en que vivió este, corresponde en aquel la preferencia dada á lo ideal sobre lo real; y á los raptos de inspiración sobrehumana y de invención fantástica,

el antojo de elevarse á los puros raudales de la Belleza infinita.

Sin negar la importancia de la forma, sin desconocer que la belleza ha de resultar del perfecto equilibrio y sorprendente armonía entre la idea arrancada del seno misterioso de la inspiración y la forma escogida cuidadosamente en el mundo de la materia, parécenos indudable que, en el actual estado del problema artístico, se halla la razón del lado de los que dan la preferencia á aquella sobre esta; más entiéndase bien que esta preferencia no supone el olvido de las condiciones sensibles de manifestación ni el abandono ó descuido en la elección ó combinación de ellas, sinó sólo el lugar secundario que le corresponde en el órden cronológico de la producción artística. Primero es concebir y luego es realizar; primero es el pensamiento inspirado y el sentimiento conmovido y luego es buscar los medios de expresión y confeccionar la vestidura con que han de revelarse á la Humanidad. Si para el artista espectador la forma es primero como condición para conocer la idea, en el artista creador esta es antes como fundamento de aquella, y la forma ha de adaptarse á las exigencias del pensamiento. Dada la idea, el problema para el artista productor es buscarle una forma adecuada, dócil y transparente, que la deje percibir de un modo fácil, seguro y claro hasta en sus menores detalles; dada una forma, el problema para el artista espectador es interpretarla, penetrar en su fondo y asimilarse la idea que se agita en él con todos sus caracteres y toda su importancia.

Cuando el *realismo* sostiene que el supremo modelo del arte es la Naturaleza; que nada puede hacerse que la supere; que no es posible igualarla, fúndase en que jamás el hombre será creador de un mundo; en que ni la piedra, ni los colores, ni aún los sonidos y las palabras pueden constituir un prado lleno de frescas flores, un ambiente perfumado con sus aromas, un bosque sacudido por el huracán ó un lago rizado por la brisa; nubes que vagan, aves que cantan, fieras que rugen, hombres que se mueven y hablan. Ciertamente; pero este argumento es de aquellos que, por probar demasiado, nada prueban: por otra parte, olvidan que, á más de la Naturaleza ó, mejor dicho, de Dios, existe otro origen de bellezas en la mente, ó sea en el hombre; que Dios, consecuente con el don de la libertad concedido al espíritu humano, no quiso ofrecerle en la creación el tipo perfecto de lo bello, sinó más bien un punto de partida para toda belleza y unas reglas para las concepciones de la belleza sensible; y que, aún suponiendo que el mundo ofrezca el modelo acabado de la sublimidad física, todavía existen otros dos géneros de belleza ó grados, mejor dicho, que no pueden estar contenidos en la Creación; la belleza ideal, producto de la espontaneidad humana, y la Belleza absoluta, verdadero modelo en que intenta inspirarse la mente, y al que tiende el alma con los vuelos del genio.

El *realismo* niega estos dos principios de arte; acepta el punto de partida y desconoce el término que está en Dios y el medio que está en el idea

humano. Encerrado en aquel, estrecha sus horizontes y se condena á la constante copia de un modelo, si bien inagotable en sí mismo, es angosto para las aspiraciones del alma y pequeño para la misión del arte. Es verdad que desde la imitación de los fenómenos naturales y copias de las perspectivas físicas, hasta la expresión de los afectos humanos y reproducción de las escenas sociales, la distancia es grande y no poca la variedad; pero también lo es que, aún en tan anchuroso espacio, el genio se siente encarcelado, que la libertad se reconoce esclava no pudiendo vagar por las esferas ilimitadas de lo ideal, y que las aspiraciones del espíritu pensador y sensible no pueden darse por satisfechas, sinó por muy contrariadas, bajo la dura ley de reproducir sólo lo que existe, sin el derecho de adivinar y decir cuanto pudiera y debiera existir.

Si el Arte es la armonía de lo divino y lo humano, ¿cómo negar al genio el poder de arrancar una ilusión ó una esperanza del cielo de sus anhelos, para hacerla palpitar bajo una forma creada por él aquí en la tierra? Si el arte es la realización poética de un ensueño de verdad y de virtud, ¿cómo negar al artista el derecho de esconder sus ideales llenos de posibilidad y concebidos con generosidad y nobleza, tras una forma cualquiera construida ingeniosamente por ellos? Si, en fin, es lícito el delirio á los utopistas científicos, á los fanáticos religiosos, á los apasionados polemistas y á los soberbios reformadores de todo género, ¿cómo no se consiente que la imaginación delire y el sentimiento se halague con figuras y fantasmas?

seductoras y apacibles, para formar la fábula moral, la delicada alegoría, la entretenida magia ó el profundo, aunque simbólico poema?

—«El Arte,—dice Lamennais,—no es una simple imitación de la Naturaleza: debe revelar, bajo lo que hiere á los sentidos, el principio interno, la ideal belleza que el espíritu solo percibe y que Dios contempla eternamente en Sí...» «El Arte es la encarnación del mundo típico en el mundo fenomenal: del mundo espiritual en el material.» «Crear es manifestar exteriormente una idea preexistente, revestida de una forma sensible.»

—«El Arte es la encarnación del ideal;»—repite Toussenel; y con ambos esclama Mesnard;—«El Arte es la representación del ideal eterno é inmutable.»

—«El Arte,—agrega Victor Cousin,—es la representación de lo absoluto, de lo general, ó en otros términos, de lo ideal... Su fin es la expresión de la belleza moral con ayuda de la belleza física.»

Con esta idea convienen tambien H. Rigault, cuando sostiene que —«El Arte es el hombre añadido á la Naturaleza,»—y Limayrae, que piensa así:—«El Arte tiene su vida propia; él crea verdaderamente; esa es su gloria: y el supremo talento consiste en dar á la vida ideal todas las apariencias de la realidad.»

Proudhon, en fin, porque las citas serían interminables, se expresa de este modo:—«El Arte es la libertad última, rehaciendo á su placer, y en vista de su propia gloria, la fenomenalidad de las cosas, ejecutando variaciones sobre el tema concreto de la Naturaleza.»

Es preciso ser arrastrado por el terco espíritu de secta y partir de la idea de que los destinos humanos se hallan contenidos en los límites de la existencia terrestre, para venir á parar al desconsolador extremo de negarle al alma sus aspiraciones, de tachar de delirios las consecuencias de sus deducciones y los presentimientos de su inspiración, y para hacerle clavar la mirada en el suelo, cuando es llamada desde lo alto por el grito de su conciencia y la dulce armonía de sus esperanzas.

Es duro hasta la crueldad, hacerle entender al genio volador y casi divino que todo el poder del Arte se limita á la copia de la Naturaleza y de las pasiones humanas, para añadir despues que estos mismos modelos son inimitables y que no es posible pasar las lindes de su perfección. ¿No equivale esto á esclavizar el espíritu con cadenas de hierro, para acusarle despues de su impotencia? ¿No podrá el númen ofendido alzar el grito de su indignación y el vuelo de su libertad hasta los espacios del idealismo, para lanzar desde lo alto el rayo anonadador de sus triunfos sobre las cabezas del clasicismo materialista y del empirismo sensual? El culto de la Naturaleza, ¿producirá nunca más prodigios artísticos que la religión espiritualista? ¿Cuándo podrá el arte positivista comparar sus resultados con los del arte cristiano? Grande es el pensamiento de humanizar á los dioses, pero es mayor y más digno el de divinizar al hombre. Grata es la tarea de estudiar y admirar el mundo y la vida, tanto física como moral; pero más bella y elevada es la de depurar y amenizar la exis-

tencia, tanto individual como social, con modelos inspirados en el pensamiento del deber y en el sentimiento de la Belleza absoluta.

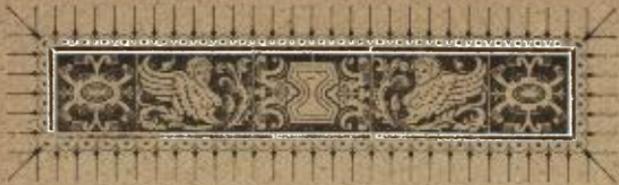
La experiencia es realidad: el arte que en ella se inspira no será ciertamente falso; pero será pobre, aparecerá herido de vicios, resultará manchado con las imperfecciones humanas, triste y doloroso como la vida de la sociedad y del mundo; limitado, é insuficiente por tanto, para calmar la insaciable sed de belleza, de justicia y de felicidad que siente el alma: el arte ideal satisface cuanto es posible estos nobles y naturales anhelos, consuela con el remedio de los males sociales, indemniza, aunque sea con un sueño, de los pesares de la realidad, enseña los medios de aliviarlos, se ostenta puro, radiante, rico con los tesoros de hermosura, de verdad y de virtud, y no es, en fin, menos real y positivo que el anterior, porque lo ideal no es ilusorio, sinó *lo real ménos lo individual*, según la expresión de Cousin. La realidad actual no se opone ni contradice á la realidad posible: lo que *es* no destruye lo que *debe ser*, ni los hechos desvirtuan y desmienten los principios y leyes á que pudieron y debieron someterse.

La Naturaleza es bella; pero no es toda la belleza; el realismo está manco: la Humanidad es bella; pero es perfectible; el realismo que la copia como es y no adivina ni dice como debe ser, queda pobre é incompleto: y por encima del mundo y del hombre está Dios, en quién puede inspirarse el genio, afanoso por sentir la irradiación inmediata de la Belleza Suma.

Quitar al Arte su inspiración es una horrible tiranía; cortar las alas al genio para obligarle á que se arrastre por el mundo, es hacer que la arquitectura sólo reproduzca la montaña, el plano y la bóveda, y la escultura la flor, el animal y el hombre, y la pintura el paisaje, la escena de familia, y el hecho histórico, y la música el rugido de la tormenta, el canto del ave y el fragor de la catarata, y la poesía el campo y la ciudad, el día y la noche y el amor y el odio. Esto es poco, muy poco para hacer un poema: con esto solo no pueden alzarse el Vaticano de Roma ni la catedral de Sevilla; ni delinearse las esculturas de Torwaldsén ó las imágenes de Montañes, ni concebirse las figuras casi divinas de Rafael y Murillo; ni encontrarse las armonías de Mozart y de Eslava; ni idearse los cantos de Dante y Quintana.

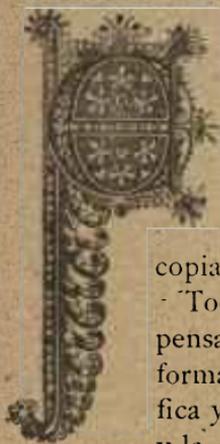
Concluyamos, pues; que si un día tuvo razón el clasicismo prudente contra el romanticismo exagerado, tal como hoy se ofrece el problema, los *realistas* modernos, que parecen ser los herederos del antiguo clasicismo, han perdido con su intransigencia y su mezquinocriterio artístico todo derecho contra los *idealistas*, herederos sensatos y dignos de los legítimos fueros del romanticismo. Por lo demás, quizá esta antítesis en el arte tiene su importancia y hasta sus razones de necesidad; porque, como dice Jorge Sand,—«Si no hubiese más que una escuela y una doctrina en el arte, el arte perecería pronto falto de atrevimiento y de nuevas tentativas.

---



## UNA COPLA POPULAR.

En medio de mis fatigas  
comenzó el sueño á rendirme;  
la que vive como yo,  
cuando duerme es cuando vive.



RVUELTO en esas leves cuanto melancólicas notas con que el pueblo andaluz acaba de componer sus *Peteneras*; vino á mis oídos la cuarteta que acabo de copiar.

Todo es pasmoso en el pueblo; su pensamiento, su sentimentalismo, la forma sencilla, sin dejar de ser gráfica y enérgica, con que revela aquel y la expresión dulce, sin dejar de ser insinuante y adecuada, con que exterioriza este último. No sabemos de qué puede sacarse más partido; si de estudiarle ó de sentirle; ante la filo-

sofía, es profundo y alto, y ante el arte, es sentimental y tierno; si le leemos, sentencia; si le oímos conmueve; cuando nos apartamos de él, siempre llevamos algo en que meditar ó algo que condoler: no pocas veces llevamos en el alma las dos cosas.

El pueblo es el genio de lo menudo; se parece en eso al mar, en donde se admiran las maravillas de las gotas de agua, ó al desierto, en donde pasan los prodigios del grano de arena. Con ideas arrancadas de aquí ó de allá, del abismo de los cielos ó del abismo de la conciencia, hace una cadena, que á veces es un poema, ó un ramillete, que á veces es una historia; y, arte ó libro, sarta de perlas ó puñado de flores, pone su obra en circulación, la hace rodar entre generaciones de sábios y siglos de civilización, y extiende con ella su saber y su sentir sobre los cerebros pensadores y bajo los corazones sensibles.

Y ¿quién es el pueblo? Un poder oculto, un creador invisible, una actividad latente como la que engendra el calor que fecunda, la luz que colora, la voz que canta ó el rayo que hiera. El pueblo es algo que no se vé, y que produce la Pátria, la Nacionalidad, la raza, la creencia, la lengua, el uso, el carácter, la idea, el sentimiento, el canto escrito y la melodía inspirada; algo que filosofa ó juguetea, que anatematiza ó que se burla, que instruye ó que delira, que truena ó que gime, que amenaza ó que se postra; algo con que se divierte el imbécil y que aplasta á los poderosos; de que se mofa el osado y ante lo que tiembla el soberbio; que pasma al sabio y que deleita

al artista; algo que no se palpa, pero que vive; que no se le espera, pero que llega; que se le embrutece y razona; que se le amordaza y grita; que se le prostituye y purifica; que se le tiene por pigmeo y se hace héroe; que se le juzga ignorante, y es paciente; pero que suele tenérsele por resignado, y es astuto y decidido. Muchos han jugado con los pueblos; pocos pueblos han tolerado un juego sin fin; porqué siempre se han cansado primero ellos que sus burladores.

Pero es innegable que la suerte de los pueblos ha sido siempre más lamentable que la de sus tiranos; ley del géneo; suerte de todo lo grande, lo mismo en masa que en grano, ir á padecer á manos de lo pequeño. Allá va la ola y la detiene la arena; allá va el huracán y se le opone el peñasco; allá va el espíritu popular y le contrasta el déspota. Por eso la ola escupe su espuma sobre la playa, y la tempestad ruge al estrellarse contra la roca, y el pueblo gime arrastrando su cadena, pero canta y medita en el fondo negro de su abyección.

Abyecta era y tristísima la figura que se alzó ante mis ojos, para dejarme oír aquel amargo canto, expresión completa del espíritu democrático. El pueblo tiene *fatigas*; el pueblo ama el sueño, porque es un consuelo; y duerme porque durmiendo olvida; y el olvido puede ser vida para el pueblo, cuando la vigilia es agonía de la paz y muerte de la esperanza. El pensamiento calderoniano, bebido sin duda por el gran poeta en las fuentes populares, no sería grande si no fuese verdadero, ni interesante si no fuera universal; y

claro está que su generalidad y su verdad no es-  
triban solo en que sea pensamiento de toda edad,  
sinó en que es sentimiento de todo un pueblo.

*En medio de mis fatigas.....*

¿Y por qué pasa fatigas el pueblo en pleno si-  
glo XIX, siglo de conquistas morales, de inven-  
tos científicos, de prodigios artísticos, de rique-  
zas materiales, de libertad y de progreso? ¡Fati-  
gas, con tanta luz, tanto pan, tanta justicia, tanto  
orden, tanta diafanidad en la vida y tan anchos  
caminos abiertos á la iniciativa y á la actividad de  
las colectividades y los individuos! ¡Fatigas con  
tanta escuela para los cerebros, tanto taller para  
los brazos, tanto templo para las conciencias,  
tanto parlamento para la felicidad, tanta policía  
para el orden y tanto tribunal para seguridad de  
cosas y personas! O es falsa nuestra ventura, ó el  
pueblo se queja por vicio. Y esto último debe de  
ser cuando añade cantando:

*Comenzó el sueño á rendirme.*

El sueño de la confianza, de la felicidad, de la  
hartura, debió ser este: aunque los dolores mate-  
riales y morales también adormecen: alma y cuer-  
po, cuando se cansan, ceden á la necesidad del re-  
poso: hay ayes que terminan en un ronquido y  
llantos que evapora el calor del sueño ó la fiebre  
de la pesadilla: prosa de la Naturaleza. Se com-  
prende, pues, que, aún con luz, y placeres, y  
paz, y libertad, y justicia, y hasta dinero, se ten-  
gan cansancio y penas, y que, por lo tanto, se  
duerma. El pueblo puede ser ilustrado y honesto,  
ordenado y libre, rico y bien guardado, como no

falta quien diga que es el nuestro, y no ser feliz: por lo mismo, puede ser dormilón, lo que quizá convenga.

¡Qué hermoso es un pueblo dormido! ¡Y cómo lo saben cuantos por este ó el otro medio, han querido narcotizarle!: con supersticiones y embrutecimientos le adormecían los antiguos, con anatemas y terrores se le infundió luego un humilde sopor: con toros y cañas se le arrulló algún tiempo; con ejecuciones patibularias y manifestaciones religiosas, también llegó á inspirársele un beatífico sueño: ahora hay el medio del patriotismo y la felicidad social: ahora se le acaricia con auras de libertad, bálsamos de moralidad, mieles de integridad administrativa, de rectitud é independencia judiciales, de severidad y de justificación en las autoridades y con todo género de esperanzas y de promesas... Y el pueblo se duerme; pero se duerme despues de todo, en fuerzas del contraste que forman tantas venturas por fuera y tantas *fatigas* por dentro.

Tal estado es el que debe expresar la musa popular, cuando acaba su canto diciendo:

*la que vive como yo,  
cuando duerme es cuando vive.*

*Imágen espantosa de la muerte*, llamó Argensola al sueño; y no obstante, cuando el pueblo se halla dominado por esa imágen, dice que vive: no le espanta, pues: no la encuentra sin duda tan distante de la realidad que le abruma; ¡qué digo!, la halla preferible á esa realidad, toda vez que durmiendo vive. ¡No sabe cuanta verdad dice!

Dormido está: de tal sueño padece, que no sabemos qué lo despertará; pero en cambio, sí sabemos que ha de despertar de seguro. Si esto no hubiera sucedido varias veces en la historia, nos lo diría la idea de que, siendo el sueño la felicidad, tiene precisamente que ser poco duradera.

Pero, ya lo veis, con tanta ventura como se dá á los pueblos, aún prefieren dormir, que es olvidar, á velar, que sería sentir toda la plenitud de su fortuna.

Y no se diga que aquel cantar solo expresa un estado psicológico individual; que lo dictaron desdichas personales y que revela un subjetivismo particular y estrecho; porque aunque así fuera, al aceptarlo, luego todo el mundo y al repetirlo con dolorosa fruición y quejumbrosa ufanía, han extendido su significado, han generalizado su pensamiento y lo han sancionado con el sentimiento de que envuelve una gran verdad y de que tiene una constante, aunque lamentable aplicación.

Aún tardará mucho que los pueblos sean felices; pero un optimismo tan generoso como honorífico para la especie humana; nos inspira la consoladora esperanza de que llegará un día en que, ni las fatigas le aduerman, ni el sueño sea para ellos la forma de la vida.





## LA PETENERA.



o es el *cante* el que designo con el nombre de *petenera*, sinó la *cantaora*.

Figuraos una niña de once á doce años, delgada, pálida, con ojos y cabellos negros, una cierta tristeza, vapor tal vez de un destino de lágrimas, en su rostro infantil, donde tal vez no hay belleza, pero donde sin duda hay atractivo; una carita de ángel nacido en la desventura, y en la que quizá la Naturaleza no quiso poner las promesas de una hermosura fatal; pero en la que seguramente el infortunio puso el interes de uno de esos dramas ocultos, que se desenvuelven en las ínfimas capas sociales, entre un hogar sin amor ni fuego y ùn hospital sin honor ñi piedad. Poned dos ojos apagados por el cansancio, unos oidos acostumbrados á las con-

versaciones del café y la plazuela y una boquita extraña ya á la risa, por donde sale al exterior una vocecilla ligeramente enronquecida por el abuso del *cante flamenco*, pero que aún alcanza á las notas más agudas de esas melodías llenas de incentivos y de provocaciones, que hizo la poesía popular para los suspiros del amor y los gemidos de la pena y que nuestros vicios han convertido en brutalidades del vino y en excitaciones de la prostitución.

El *cante flamenco*, tan lleno aún de filosofía, tan desgarrador en sus sentencias, tan conmovedor en sus sentimientos, tan justiciero en sus apreciaciones, tan exacto en toda su belleza y tan grande y profundo, apesar de su sencillez y brevedad, háse desnaturalizado hasta tal punto con los embriagadores aromas de las tabernas, la impureza de sus fines, la degradación de sus cultivadores, los accidentes de su ejecución y la vergüenza de los deseos que enciende, que, sin atender á su fondo, produce repugnancia y, penetrando en su sentido, escita compasión.

Al lado de la *cantaora* y del *jaleaor* se necesita, para no sentir asco, acudir con el organismo vacío; para que la escena no lastime, es preciso no tener más que instintos; amor, celos, pesares, desengaños, desdichas, furoros, todo lo que rebosa de una coplilla flamenca, ha de convertirse en sensualidad entre los vapores de la manzanilla y las inspiraciones del aguardiente; idilios y endechas, dramas y poemas, van al cuerpo y al apetito; por eso arrancan de los labios desentonados de los *jaleadores* los gritos insultantes y lascivos de

la sexualidad y la satiríasis. Pero del lado afuera de la taberna ó de la cárcel, á tal distancia que se oiga y no se vea, ó se entienda y se suponga un dolor ó una desgracia, la copla suele ser dardo para el corazón ó luz para la conciencia, lección para el entendimiento ó advertencia para la vida, que van en busca del alma, dejan mudo en el olvido al cuerpo y arrancan, con las emociones del sentimiento, las lágrimas de los ojos y con las palideces del rostro, los ayes del pecho.

Entre la queja de amor lanzada con las heces del vino por la boca helada de la hija desheredada de Vénus y la sentencia profunda entonada al compas de sus cadenas por el presidiario tras de las rejas de su calabozo, hay las diferencias que van desde un instinto brutal que se despierta á un latido de piedad que retumba en el corazón; desde un vicio que formula un sarcasmo, á un crimen que expresa su remordimiento, desde algo que dá asco cuando no causa delirio á lo que mata el horror para excitar la clemencia.

Pero dejémonos de reflexiones, que nos llevarían muy lejos y muy penosamente y vamos á nuestra pequeña Margarita, que así se llamaba la *Petenera* que nos arranca estas líneas. Felizmente no la hemos encontrado todavía en ninguna taberna: es muy chiquita; probablemente ni siquiera sabrá lo que dice cuando canta: es como el ruiseñor de los bosques, á cuyos instintivos gorgoros solo los poetas prestan un sentido, sin duda porque place que toda armonía corresponda á una idea, como todo cuerpo tiene un alma. El bosque, en que cantaba el ruiseñor gadi-

tano, era un café: aquí no hay otros: la rama de su árbol era el tabladillo de ese piano, con que en tales sitios se obsequia ó se aturde á los parroquianos y el canto no era el madrigal de amor, ni el dolorido idilio de los celos, ni el epitalamio de la ternura conyugal, ni la elegía de la viudez, ni la oda del desengaño; si acaso era el presentimiento del dolor y la profecía del infortunio, porque aquella niña estaba sola entre tanta gente, olvidada en medio del ruido, puesto que ninguna de aquellas miradas era para ella, triste en medio de tanto placer, porque ninguna de aquellas carcajadas era la suya y, pobre entre tanta prodigalidad, porque las monedas, que circulaban, caian y sonaban, no iban á parar á sus manecitas.

Y no obstante, se dispuso á cantar lo que no entendía, en medio de una sociedad, que tal vez tampoco la entendió á ella. No diré á la sociedad lo que la niña era, porque ya sé que esto no le importa gran cosa, pero voy á entretenerme en decir al lector lo que cantó Margarita.

Fueron dos canciones amorosas que se enlazan como un antecedente con su consiguiente en la lógica del sentimiento, que es también la de la vida y un trozo de filosofía experimental, arrancado de la historia de cada minuto y de cada hombre por ese espíritu, mitad razón y mitad poesía, que, por andar anónimo por la tierra, se ha llamado *espíritu popular*.

Primera estrofa: pretensión ó prólogo:

«Tienes unos ojos niña,  
y un modito de mirar,

que á los muertos resucita  
y hace á los vivos llorar.

Cuenta que no doy la copla por nueva, pero me parece que puedo darla por bella y bien sentida y que es posible acreditar por ella de poeta y de amador al ingénio desconocido, que la haya compuesto.

La hipérbole del tercer verso señala su origen popular, porque sabido es cuanto gusta el pueblo de las exageraciones, sobre todo los andaluces; y hé aquí porque yo creo que esta copla nació en Andalucía. La resurrección de un muerto con los ojos dice, no sólo la intensidad de la mirada, sinó su calidad y yo creo que á esta última alude el autor: he aquí como. La fuerza de una mirada podrá, si el poeta quiere, hacer un prodigio como el de Lázaro, pero como el tal poeta no estaría muerto cuando la compuso, ni lo están los cantadores que la aplican, entiendo yo que se alude á la muerte de ciertos instintos, á cierta frialdad de la sangre, á cierta parálisis de los antojos que la mirada caldea y despabila y resucita. Confieso que la idea es atrevida, pero creo verla comprobada en el otro verso, más humano y natural, que dice como llora el hombre cuando siente la vida del deseo, la llama del amor y el volcán de las pasiones, mientras no obtiene la realización de cuanto le prometen esos ojos, que tienen *cierto modo de mirar*.

Y pasemos al consiguiente: realizóse el drama amoroso, y he aquí el epílogo:

«Tengo de hacer un castillo  
encima de un alfiler,

y ha de tener más firmeza  
que tenía tu querer.»

Aquí dice el desengaño una porción de cosas. En primer lugar compara al corazón inconstante con un alfiler, por lo despreciable y por lo agudo. Un alfiler para nada sirve, como no sea para clavar y un alma desléal y veleidosa tampoco puede servir para otra cosa, que para clavarnos con el desengaño. En segundo lugar, el pensamiento de tomar la punta del alfiler como cimiento para fabricar un castillo, está indicando el desatino de haber colocado el alcázar de la esperanza sobre el amor de un ser falaz y tornadizo. En tercer lugar, se apela á la imposibilidad, para que resalte má s la de la constancia que se buscaba. Por último, niegase tan en absoluto la firmeza del amor, que aún se le supone con más solidez que aquello que no puede tener ninguna, por la sencilla razón de que no puede ser hecho. El amante se desahoga bien, poniendo de relieve la ingratitud del objeto de su pasión. Algo de exagerado tiene también la copla, pero ya hemos dicho que el pueblo siente hondo y, por lo tanto, expresa fuerte.

Paso á la tercera copla, que ya tiene otro carácter:

«Al pié de un árbol sin frutos  
me puse á considerar  
que pocos amigos tiene  
el que no tiene que dar.»

No creo que haya nadie, que dude de la gran verdad que encierra esta copla; que no hay como las cosas amargas, para que sean verdaderas. Desde el encopetado favorito del monarca, Godoy al

frente, hasta el compañero de taberna y juego, nadie hay que no haya conocido y llorado la verdad de esta cuarteta. El autor, que sin duda sufrió el peso de esta sentencia, comparóse atinadamente con el *árbol sin frutos*, condición que por una parte prueba su soledad y por otra lo apropiado del sitio para reflexiones. Seguramente que á él mismo no se le ocurriría alzar los ojos hácia las desnudas ramas con codicia ó hambre; pues así su soledad; que tampoco puede antojársele á nadie la compañía ni el trato del que ya no ofrece aureos jugos para el placer. Lo que en el mundo se llama amistad, tiene su precio: el que no puede pagarla, no la goza; y cuenta que el trato de los hombres es una de las cosas que se venden más caras en el mundo. Tanto, que ya hay que darse por bien empleado con que cueste solo dinero; porque á veces cuesta la ventura, la salud, la vergüenza, la vida y la honra, á más del dinero.

Nada de esto, ni nada de lo otro, podia saber ni entender mi *Petenerita*, envidiable quizá no más que por esta ignorancia. No puedo desearle que la conserve siempre, porque esto no puede ser, pero sí que se la quite el mundo lo más tarde posible, si puede ser tardía alguna vez la pérdida del candor.

Después, bajó la *cantaora* de su tarima, ó saltó el ruiseñor de su rama, recibió unas cuantas monedas, como ave que se lleva un granito en el pico y desapareció; es decir, tendió el vuelo por el espacio, ennegrecido con las sombras de la noche.





## LA MENSAJERA DE LA FORTUNA.

---

Millares de niños pululan por esas calles, lastimando el oído de los transeúntes con el monótono cantar de sus anuncios que ofrecen fortunas considerables á ínfimos precios.»

«Un mal grave.»—Tirso.  
—Boletín gaditano (1879.)

---



La ansia y la necesidad de sacar dinero, hasta de esos callos que vamos teniendo por entrañas, explican las rifas modernas. No hay que buscar otro origen á la cosa. El dinero fué siempre preciso, pero cuando más se siente su necesidad, es cuando falta. La miseria es generadora de la avaricia; ley antinómica que no podrá satisfacer á la moral, pero que explica fácilmente la psicología.

Y claro está que cuando el gobierno dá el ejemplo, no hay que extrañar que los gobernados le sigan. Tal vez la justicia, el derecho, la libertad, la grandeza de los gobernantes quedasen sin imitadores en el país, pero el abuso, la arbitrariedad, la inmoralidad y el desafuero cuentan siempre con numerosos prosélitos y entusiastas remedadores. El gobierno es lotero y los particulares también: las empresas rifan, porque la ley no podría establecer en serio el monopolio del vicio; y como todo lo que rinde dinero es aceptable, porque la codicia está justificada cuando no hay un céntimo, el gobierno da entrada en el Ministerio de Hacienda á esa gran recaudadora, que se llama *Chiripa* y las asociaciones de todo género entregan tambien los secretos y recursos de su vida económica en manos de esa divinidad inmoral y anti-filosófica, que se llama el *Azar* ó la *Fortuna*.

El negocio es diabólico: tentar al hambriento con el jamón y el vino, poner al codicioso soñador en la pista de la riqueza, hacer salir de un pedacillo de papel, vivamente garabateado de rojo ó azul, todo un tesoro con su cortejo de comodidades, lujos, placeres y grandezas, milagro mayor que el de hacer saltar un fresco raudal de una árida roca, y anular así el prodigio mosaico ante los ojos atónitos de una generación harapienta, que rueda por el erial de la vida, no ya como los israelitas sin ver flores ni hallar manjares, sinó, lo que es peor, con el espectáculo de dichas agenas, de deleites monopolizados y de vergeles acotados por la casta de los felices,.... hacer todo

esto, digo que es cosa diabólica. ¿Quién no cede á esta inspiración mefistofélica? ¿Con que el cobre se convertirá en oro? ¿Con que la suma se centuplicará cien veces? ¿Con que seré poderoso, yo que nada valgo, y lo podré tener todo yo, que nada poseo? ¿Y sin trabajar,... sin esfuerzo,... sin un crimen siquiera? Pues entonces, á ello! La duda es una insensatez: la menor vacilación me atraería la nota de estúpido.

¡A jugar!

Hay momentos en la historia—¡parece mentira!—en que los pueblos juegan. También los hay en que sufren y en que se matan; pero los hay sin duda en que se entretienen con lo azaroso, lo inexplicable y lo fortuito. El corazón tiene un grandísimo amor al prodigio. En lo que se sabe de la vida humana, se le ve precisamente acudir á lo oscuro, para explicarse lo más interesante. ¿Será esto que renuncia á la prueba? ¿Será que apela de su ignorancia al Cielo? Un conflicto internacional ó una complicación popular se resuelve por un oráculo; un trance peligroso ó un negocio grave y deseado por un agorero; una miseria general debe curarse por la *lotería*.

Venga el Cielo á distribuir la mermada riqueza entre los jugadores según sus simpatías, como en otro tiempo adjudicaba los castigos en los *Juicios de Dios*, ó discernía la inocencia en los torneos judiciales, ó ponía la sentencia en labios del augur, ó encerraba la virtud en el filtro, como hoy todavía da la razón al duelista vencedor.

¿Qué razón hay para arriesgar cinco y ganar cinco mil? Ninguna. ¿Cual para dar el premio á

Juan y negárselo á Pedro? Ninguna. ¿Y cual para derramar el oro en manos del que jugó ménos y lo necesita ménos y negarlo á quien jugó más y lo necesita también más? Ninguna.

Sin embargo, una deidad caprichosa hace esto todos los días, desde una región ignorada y en virtud de un poder desconocido; y el mundo, tan rebelde hoy contra la autoridad y tan bramador contra todo absolutismo, acepta ese fallo, reconoce la legitimidad de esa justicia tan extraña y respeta lo hecho, no se sabe por quién, cómo, porque ni de qué modo.

Seguramente no hay prodigio mayor que el prodigio social de la *lotería*, pero como estamos familiarizados con él y como le hallamos de continuo á nuestro paso por entre las gentes cultas y como, para verle, no tenemos necesidad de alzar al Cielo los ojos, nos hemos olvidado de su carácter divino, ha perdido para nosotros el resplandor de lo sobrenatural y, sin dejar de tener todas las condiciones de un verdadero milagro, se ha hecho rutinario, casero, propiamente humano, por decirlo así.

Pues bien; creemos que este milagro no tiene su origen en la mente de Dios, sinó en el ingenio de Luzbel: la *lotería* es evidentemente satánica: huele á demonios que trasmina. En primer lugar, da el dinero sin la condición del trabajo, aboliendo la ley más interesante y trascendental del código divino y burlando la maldición lanzada contra el hombre pecador por el irritado Jehovah, al arrojarle del Paraiso. En segundo lugar, pone la riqueza, que es un poder, en quien ni tuvo el mé-

rito de conquistarla, ni ofrece garantías de buen uso y conservación, ni promete emplearla sinó en satisfacer ciegamente las concupiscencias, que la pobreza tuvo trabadas y amordazadas en la cárcel oscura é inmunda de una conciencia llena de anojos y en las sombras de la ignorancia. Esto pronostica grandes errores, enormes pecados, tremendas torpezas y tal vez horrendos delitos. Todo ello huele á azufre y alquitrán á cien leguas. Y por último: ¿cómo se nos ofrece el juego? ¿Cómo sigue planteado? He aquí la parte dramática del asunto, que ni jugar puede el hombre, sin que el llanto brote por algún lado.

Una niña, sin belleza ni frescura, sin limpieza en el cuerpo ni inocencia en el alma, una preciosa concha de nacar llena de inmundicia, una flor envenenada, un arpa muda, una hóstia profanada, viene hácia nosotros con mirada estúpida, voz sin armonía, palabras sin valor y, tendiéndonos con glacial ademán todo un tesoro, nos dice: «Señorito, el premio gordo de la lotería.» Dénsela tres pesetas para el gobierno de S. M. y unos céntimos para ella, para sus padres y para sus hermanos, que mueren de hambre y viven en la prostitución, lo que es morir dos veces y he aquí compradas la dulce esperanza de ser felices, la horrenda posibilidad de ser delincuentes y los ciegos al par que traicioneros dones de la caprichosa fortuna, de manos de un ser envilecido y miserable, punto extraño, en que han venido á converger las dos ramas de esa curva que recorre el hombre sobre la tierra, desde la pobreza á la opulencia y desde el poder á la abyección.

Otra antinomia vive encarnada en una niña, que debió ser un ángel y que está muy cerca de ser un reptil. No era esta la apariencia que presentaban los paganos y los poetas á las fastuosas figuras de sus ricas divinidades la Fortuna, la Abundancia y la Riqueza.

El siglo presente, con sus ideas democráticas y socialistas, con sus proyectos económicos é igualitarios y sus profesiones de fé políticas y religiosas, ejerce la tentación por medio del ser más digno de lástima y ofrece la redención del dinero por conducto de la víctima de la escasez. El que no tiene nada es el que lo ofrece todo; el desheredado es el fideicomisario de la opulenta fortuna. La mensajera del diablo no es ya la bruja ni la gitana; es la niña impúber, corrompida antes de tener malicia, habilitada para vender antes de ser persona jurídica, alteza á que nunca llega y condenada á la miseria y al ultrage, antes de haber nacido y de haber pecado. El oro pasa por sus manos, sin que ella perciba el brillo, sin sentir su satánico influjo, sin despertar en su pecho las sensaciones, que sirven luego para engendrar la fiebre del crimen ó la locura del vicio.

Cuando un dia llega á saber la vendedora de billetes de lotería que tuvo entre sus dedos el que salió premiado; cuando puede apercibirse de que la suerte le anduvo cerca, que la rozó con sus alas, y recuerda que de su paso solo le quedaron un par de monedas de cobre en la mano, la niña sonríe con una indiferencia cruel y una tranquilidad horrible. Suena el oro á tanta distancia, que no llegan las resonancias á su espíritu y el corazón

es tan egoísta, que no piensa en aquel ser harapiiento y mustio que le trajo candorosamente aquel diluvio de goces y venturas.

Tal vez aquel oro sirve para lanzar á la sima al mimado por la suerte; porque si en la forma de papel, crisálida extraña de la fortuna, ni siquiera pesaba esta en sus manos, en la de plata reluciente puede perturbar su espíritu, deslumbrar su vista y servir de precio al último resto de su decoro. También el alma se vende á girones y el primer dinero puede ser el valor del último lampo. El destello de un espíritu que agoniza no puede competir con los fulgores del oro que aparece. En la lucha de estos dos fuegos, el de la riqueza vence, por que es el que más quema. Al dinero le asiste el demonio: el ángel tuvo en su mano el don del diablo, y el diablo vuelve un día su donativo contra el ángel.

Y la niña aturdía los oídos brindando la suerte á los transeuntes, y recibía maldiciones é insultos de los decreídos, sarcasmos y vergonzosas limosnas de los crédulos, y al fin corrupción y vilipendio de los favorecidos por la infernal fortuna.

Decididamente las loterías son una invención del demonio; pero la idea de haber hecho una pequeña industria de la venta de sus billetes y de haberla confiado á los niños es mas que endemoniada, es farisáica. Un ángel se hizo un diablo: se entiende; pero que despues de hacer idiotas á los ángeles, los hacemos esclavos; y esta servidumbre, que se llama miseria para el cuerpo y corrupción para el alma, es cosa que no se en-

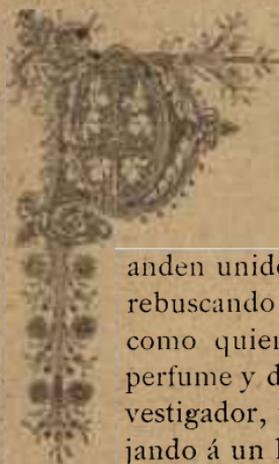
tiende, por más de que se vé todos los dias y por todas partes.

Seguramente que cuando la vendedora de billetes ofrece la suerte, no nos brinda la suya: ¿habría acaso alguno tan loco que se la comprase?





## RAMILLETE DE FLORES.



ICEN que se encuentran corazón y cabeza en la esfera del Arte; y así debe ser, si ha de explicarse que el sentir y el pensar se den cita y anden unidos por el vergel de la poesía, rebuscando bellezas aquel é ideas este, como quien colecciona flores de rico perfume y deslumbrantes matices. El investigador, filósofo y poeta á la vez, dejando á un lado la ciencia y aún el arte, por prescindir de cuanto es artificio del talento ó sistema estudiado y reflexivo del espíritu culto, anhela dar con las fuentes de la Filosofía poética ó de la Poesía filosófica, como mejor parezca, para beber en los raudales más puros y quitar de la verdad y la belleza en sus gérmenes primitivos y naturales.

Búscase, pues, la flor, no en el invernadero ni

en la estufa, ni siquiera en el jardín aristocrático, donde en vano la habilidad pretendió remedar á la Naturaleza y la diestra mano del floricultor ocultar el artificio con la brillantez y magnitud del vegetal aborto: búscase la flor en el campo: allí están el tulipán y la mosqueta, la violeta y el lirio, la rosa sencilla y la clavellina de cinco hojas.

Del mismo modo se encuentran la sentencia popular y la poesía espontánea, la lógica instintiva y la fantasía maravillosa en los lábios de los aldeanos y pastores, donde aparecen perfumadas con el romero y el tomillo é inspirados por el Autor de los hermosos campos y de las almas sensibles y pensadoras.

Todo el mundo ha tenido cantos, despues de tener corazón: todas las edades han profesado máximas, apenas han sentido bullir el pensamiento bajo el cráneo y toda la Humanidad ha enlazado una cosa con otra, ya procurando envolver la verdad en los resplandores de la belleza, ya presumiendo que pudiera ser estéril la belleza, si no se filtrara por entre sus galas la ley de la verdad ó el célico fulgor de la virtud.

Y nada más fácil y más primitivo que tomar la queja ó el triunfo del amor, la idea melancólica ó el grito del desengaño y envolverlo en una expresión dulce ó enérgica, lenta ó rápida, alegre ó amarga.

España tiene un diluvio de estas expresiones, como tiene un aluvión de flores en su suelo: tan fecundas fueron las almas como la tierra: parece que apostaron á ser ricas y lozanas, variadas y peregrinas. En la región meridional cargó la mano

de Dios y se multiplicaron las semillas; y en las faldas de las sierras y en los repliegos de los valles y en los frondosos collados y en las escondidas quebraduras, las flores más delicadas y las almas más soñadoras hallaron guarida.

- Fregenal, la ciudad de las frescas sombras y de los verdes fresnos, produce unas y otras en abundancia; y ya que, por vivir yo lejos, no puedo recoger las olorosas florecillas de sus campos, quiero hacer un ramillete de esas otras; de las almas que el viento trae á mis oídos y que el Cielo hace penetrar hasta mi espíritu, como nunca entristecido, para despertar consoladores recuerdos de un ayer tranquilo y hermoso y aventar con cariñoso soplo las cenizas, en que el fuego de la realidad convirtió mis ilusiones.

---

Los cancioneros populares ofrecen con frecuencia cada uno de sus caracteres en armonía con otros tantos estados psicológicos. Si el espíritu está alegre, el canto es jovial, agudo y epigramático á veces; si está triste, es nostálgico, sentencioso y apasionado: entre ambos colócase la inspiración del pensamiento calcado en la experiencia y entonces el cantar resulta grave, profundo y de eterna verdad.

De todos estos géneros podemos presentar algunos bellos modelos tomados de los campos frexinenses y allá van:

«Mi marido me dice  
que no le ayudo:  
de dos panes que gana  
mé como uno.»

Pan es este que no deja de tener miga, porque envuelve todo el egoísmo de la muger, que responde con una cuchufleta á la voz del deber. Es una respuesta como otra cualquiera á la famosa epístola de San Pablo: verdad es que en esta, la frase que mas grabada se queda en la imaginación de la muger, es aquella de *esposa te doy y no esclava*, ¿más qué se hará, cuando resulta esclavo el marido? Ya se vé: dejarle el trabajo de ganarlo y ceder á la hembra el derecho de comerlo: esto, si no es ayuda, es todavía frugalidad, porque pudiera ella comerse los dos panes y aún quedaría en pié el contraste matrimonial: uno produce y otro consume. ¡La cuchufleta es peregrina!

«A mi me llaman el *tonto*  
las hijas de Fregenal:  
unos comen trabajando;  
yo como sin trabajar.»

Es el mismo pensamiento generalizado y puesto en boca del hombre: la suprema aspiración del perezoso y la expresión clara y perfecta del ingenio social: *comer sin trabajar*. Este problema, planteado por los ricos y resuelto por los *caballeros de industria*, ha descendido al pueblo que, seducido por la experiencia, no ha cesado de estudiarle hasta dar con cualquiera de sus várias colecciones. Largo y difícil sería entrar á exponer el cómo; pero que lo ha resuelto y no de una sola

manera, no cabe duda, puesto que canta su triunfo en la coplilla que acabamos de citar.

Hay además en ella algo que consuela de esa extraña victoria de la pereza: el apodo, con que las hijas de Fregenal castigan y rebajan, en tanto que otros admirarían el ingenio del que dió con la preciosa, comoda y fecunda mácula.

«Un lucero en la frente  
tiene mi burra;  
hasta los animales  
tienen fortuna.»

Cantar trivialísimo; casi español, parece una pueril ocurrencia; pero esto de poner los luceros en la frente de los animales, pudiera indicar la frecuencia con que suelen verse ciertas distinciones y prerrogativas colocadas por el azar en las personas menos dignas y en ese caso el cantar se ahonda; parece una alusión á los imbéciles enriquecidos por la fortuna, ya que con este nombre se designan el capricho de la Naturaleza ó las arbitrariedades de la sociedad, puesto que hay cierta analogía entre esto de poner una estrella en la cabeza del ser más humilde, pero más estúpido en el concepto del vulgo y conceder una preeminencia social al alma más baja, más nécia ó más pícarra. En el trato de gentes no dejan de verse nobleza y dinero, luceros terrestres en los más necios, los más feos ó los más pillos; por eso se dice de ellos que tienen fortuna. Nada hay, por tanto, que extrañar en que sea el pueblo, desgraciadamente poco instruido, el que eche en rostro á estos animales la posesión de tales estrellas, al par que envidia las que hermosean las frentes de los asnos.

«Fregenal de la Sierra,  
 todo ventanas;  
 miradero de bobos,  
 jardín de damas.»

¿Alude esto al espíritu de la maledicencia? Siendo la ventana aspillera para esos disparos contra la fama tan usuales en los pueblos pequeños, nada tiene de extraño que se critiquen, aunque delicadamente, esos respiraderos del hogar por donde debieran entrar el sol y el aire, llevando la vida y salir los alientos y las emanaciones, arrastrando consigo la enfermedad y por donde en realidad entra la mirada del curioso, empujada por los celos, y la enemistad y sale el rayo de la crítica con la muerte de la honra ajena.

Si es algo de esto lo que el cantar indica, poco es lo que se expresa llamando á la ventana *mirador de bobos*, aunque, para indicar que aquel es el sitio de la muger y no del hombre, se agregue *jardín de damas*. En efecto; un hombre puesto al balcón, lo menos que puede parecer es un papanatás; lo más, es un maldiciente, imitador de la muger, mientras que esta tiene su sitio natural allí, aunque para maldecir sea, como una flor más entre las de los tiestos, con que suelen amenizarse las ventanas y balcones en los pueblos de la España meridional.

«La vírgen se está peinando  
 detrás de Sierra Morena:  
 los cabellos son de oro,  
 las cintas de primavera.»

El sentimiento religioso, mezclado con el galante y con el patriótico.

La Andalucía es la tierra de María Santísima; y el pueblo que sabe que la Virgen no puede morir, la supone eternamente viva, ya en las grutas de sus empinadas sierras, ya entre las flores de sus pintorescos valles. Una vez viva, ¿qué más puede hacer el corazón sencillo y tierno del hijo de los campos que *piropearla* como acostumbra á ejecutarlo con su novia? Ahora bien; ya sabemos que la operación natural, que el pueblo ha revestido siempre de particular poesía, es la de peinarse; la Virgen, pues, se peina por la mañanita temprano, y sus *cabellos son de oro* como los rayos del sol de Abril, que dora las crestas de *Sierra Morena*, oriente de Fregenal; luego, ata con las flores primaverales su hermosa mata de pelo.

La idea de una guirnalda enlazando un haz de rayos de luz, no puede ser más bella; es todo un culto; por eso el sentimentalismo, virgen también de los hijos de los valles, dirige esta tierna poesía á la Reina de los Cielos, avecindada en Andalucía.

Pasemos á los sentimientos de amor y tomemos algunas gotas de los almíbares libados por esas mariposas de los prados en los cálices de sus flores y derramados luego en los sabrosos panales de su poesía.

«Cuando vayas á la iglesia  
 échate el velo á la cara;  
 porque si te ven los santos  
 de los altares se bajan.

Hipérbole que reconoce el poder del amor, del que se sabe que domestica fieras y ablanda los bronce. Supone el autor anónimo que, con ser

las mugeres muy religiosas, arrastran al templo á pesar suyo el maravilloso poder de animar maderas y mármoles: concede á la belleza el don de hacer tales milagros y parece explicar y disculpar con ellos esas ceguedades y esos impulsos incontrastables, que experimenta el corazón á la vista no más de una muger hermosa. Claro está que si se animan los troncos y se fascinan los santos y hasta el altar de la virtud se abandona por el del amor, nada hay que extrañar la victoria completa de este ni el rendimiento hasta el pecado, cuando tropieza en lo blando de la carne, lo inflamable de los apetitos y lo débil de la mísera humanidad, reptando sobre el suelo y arrojada sin defensa al ímpetu de las pasiones. El pueblo tiende á justificar en su copla la debilidad, con que se rinde al amor y la frecuencia, con que cede á los encantos femeniles.

«Anoche me soñé un sueño:

soñé que contigo estaba.....

Soñaba el ciego que *via*

y era lo que deseaba.

El foúdo de esta copla es una observación psicológica; el pueblo empieza á ser filósofo por el sentimiento y es que el deseo es un gran llamador hácia la vida íntima. El hecho observado por el autor de la coplilla, es el siguiente: el elemento espiritual, que llena el estado de vigilia, llena también el del sueño.

El símil es además en sumo grado expresivo; para indicar la vehemencia de un anhelo, no hay como compararle con el del ciego por ver, que es cosa que á todo el mundo se le alcanza con sus caracteres de ansiedad y constancia.

En cuanto á la forma pleonástica, prueba que ante el interes de expresar la idea, no se ha cuidado mucho de la envoltura gramatical; además el pueblo debe encontrar muy de su gusto la redundancia, porque da claridad y energía.

«Desempiedra tu calle  
y échale arena  
y verás las pisadas  
que doy por ella.»

Los dialécticos llamarían á esto *probanza*. El amor se mide por los extremos; para un hombre *hacer el oso* es un extremo de amor; y este papel consiste en pasear muchas horas por la calle donde vive la muger que le enamora. Ahora bien; el número de huellas señala el de los pasos, y el de estos la tenacidad del cariño.

Además de esta matemática aplicada á la pasión, esta copleja esconde un reproche; los pasos indican que la amada no detiene al rondador al pié de su reja; asomárase ella y cesaría ese pasear triste pero persistente. La demostración de un afecto hondo y decidido se cifra en los piés; tantas huellas, tanto tiempo perdido en un inútil caminar, pero ganado para la probanza del cariño.

Eso de desempedrar la calle, parece ocioso para el efecto de poner en ella arena; pero el amante quiere sacar á la chica de su casa, aunque no sea más que para verla y la encomienda esa ruda faena.

«Quién fuera cura en otoño;  
en invierno zapatero;  
estudiante en el verano,  
y gato en el mes de Enero.»

Cuatro deseos envueltos en otros tantos epigramas de diferente índole, pero todos ellos picarescos, por no llamarlos pecaminosos.

El primero expresa el amor al vino, que se recolecta en Otoño é irrespetuosamente se aplica al cura, sin duda porque la costumbre de tomarle en la misa concluye por convertirle, primero en necesidad y luego en vicio, en el sentir algo malicioso del pueblo.

El segundo alude á la codicia, representada por el humilde zapatero, para quien en el invierno son mayores las ganancias, puesto que sol y agua, frio y lodos destruyen el calzado. La cosa es alambicada, pero no puede dudarse de la sutileza del ingenio popular.

El tercer verso envidia la holganza simbolizada por el estudiante, que vaca todo el verano, cosa verdaderamente envidiable para aquel que trabaja, y no con escasa rudeza, durante todo el año.

Y el último verso despierta la idea de la lujuria expresada por los amoríos gatunos del mes de Enero. A esta idea concurren las tres anteriores; la coplilla tiene, por tanto, un sabor á *candidez*, asimismo muy propio de los mozos alegres y retozones de todos tiempos y lugares.

«Anoche soñaba yo  
que dos negros me mataban  
y eran tus hermosos ojos  
que enojados me miraban.»

Un pensamiento delicado y un símil algo duro forman esta copla. El enojo de la muger que se ama mata, y mata cruelmente: esto lo dice la experiencia de todo el que ha querido bien; pero

que, porque los ojos sean negros, puedan compararse con dos individuos de la raza etiópica, eso nos parece algo exagerado, aunque por lo mismo no deja de ser natural en ingenios espontáneos y corazones apasionados que no se paran en pelillos. Mientras más de bulto sea el término de la comparación, mejor expresa la idea y más satisfecho deja al autor. La materialidad y magnitud en las cosas, sirven también para la claridad del intento y la energía del afecto.

Aproximémonos á los cantos sentimentales, con esta otra copla:

«Amores, célos y ausencias,  
juntos combaten conmigo:  
¿cómo he de poder valerme  
contra tantos enemigos?»

El roce del sentimiento realza el ingenio y aquilata la inspiración. Esta es una copla que pudiéramos llamar  *fina ó culta*: digna de Calderón; y no obstante, es un cantar del pueblo que siente bien y tropieza (instintivamente si se quiere) con fórmulas y expresiones hasta cierto punto aristocráticas. Nobleza del amor.

El vicio nivela en los abismos y las virtudes igualan en la luz: la obra de Dios siempre es niveladora y en labios del pueblo conmovedora y hermosa.

El corte de la coplilla tiene algo de artificio: la tesis es bella, como descripción pasional ó pintura del estado psicológico: la solución es una duda, ó un desaliento, ó un temor; casi una negación formulada elegantemente en una pregunta. La respuesta queda en la mente del que escu-

cha; pero es de creer que antes de que á alguno le acuda al lábio, ya habrá nacido en el corazón un sentimiento de piedad hácia el que padece el triple tormento de *amor, celo y ausencia*. El fin, pues, principal del autor, fué escitar un interés sensible más bien que pedir un consejo racional.

Sigamos por este camino aproximándonos á los cantares nostálgicos.

«Las mugeres de este pueblo  
son como las aceitunas:  
las que parecen más verdes,  
esas están más maduras.»

Copla, que con ser voz de la experiencia y quizá del escarmiento, todavía conserva un cierto sabor picante. El poeta no ha llevado su generalización, como pudiera, del lado allá de los límites de su pueblo; á llevarla, puede que se hubiera consolado; que muchas veces el mal se atenúa en nuestro pobre concepto cuando se estiende, por aquello de que lo que se reparte se debilita; de donde debe venir el adagio de que *mal de muchos, consuelo de tontos*.

Si á la palabra *verde* damos el significado de inocente y á la de *madura* el de picardeada, la coplilla adquiere profundidad y malicia; porque venimos á sacar en claro que para el coplero no hay candidez femenina en ninguna edad de la vida. Y puede que tuviera razón, porque hoy se apresura el mundo á destruir lo que luego ha de reclamar, y cuenta la educación como un principio eso de que es preciso enseñar á las niñas *ciertas cosas*, para que no las coja desprevenidas la astucia de los hombres. El símil de las aceitunas es, despues

del de las bellotas, el más propio y natural en pueblos de la sierra.

«Vámonos de aquí, que corre  
la mala fortuna nuestra:  
ayer se cayó la torre;  
mañana caerá la iglesia.»

Un cierto espíritu pesimista y fatalista al par, exhala esta copla: parece un canto profético hijo de la triste experiencia de la desgracia. Cuando empieza la ruina, hay que esperar que siga y aumente, por aquello de *bien vengas mal si bienes solo*. Una torre puede simbolizar un gran mérito, una eminente virtud ó una acrisolada fama, en cuyo caso la caída de una iglesia representa un verdadero cataclismo, un siniestro temible que puede alcanzarnos y envolvernos: por tanto, queda justificado el consejo de *vámonos de aquí*, puesto que no hay que tener confianza ni en lo que se juzgaba más firme y mejor fundado. Es la voz del desaliento, que, aplicada al amor, expresa el desengaño y á las grandezas de la tierra, la desconfianza ó el escepticismo.

«Amor no pongas amor,  
donde no hay correspondencia,  
porque te puedes quedar  
á la luna de Valencia.»

La *luna de Valencia* no sabemos porque expresa el chasco y la burla; el chasco de la esperanza y la burla del destino; pero aquí la luz de esa luna, si es que esa luna alumbra, viene á castigar una torpeza; y véase como los astros realizan la lógica humana, ó lo que es lo mismo, como la diana del paganismo representa á la Providencia

cristiana, que es la que ha hecho las leyes de la Dialéctica histórica.

De una premisa necia, una conclusión ridícula: de un hecho ciego, una consecuencia estéril. Poner amor donde no hay correspondencia, es plantar un rosal entre pedernales; ya podemos sentarnos á esperar las rosas. Claro está que esto no lo puede hacer sino *Amor*, á quien suelen pintar vendado; pero como hoy vendada no está más que la Fé, Cupido no comete ya aquella simpleza y la *luna de Valencia* ha quedado relegada á los museos arqueológicos. Pero la copla no deja por eso de ser menos peregrina, ni de expresar una oportuna advertencia en sus dos primeros y bellos versos.

«Adios, dueño del alma,  
que me retiro:  
donde gastas la cera,  
gasta el pabílo.

Verdaderamente no se puede consumir la una sin el otro, y aún es este el que hace que se gaste aquella. Si tomamos el pabílo por el alma y la cera por la carne, la seguidilla dice bien; donde dejas lo menos, deja lo más ó déjalo todo; es la voz del despecho.

Un amante para el gusto y otro para el gasto, no está bien en ninguna hembra morigerada. El *dueño del alma* es un delicioso sarcasmo contra las coquetas y toda la coplilla una fórmula donosa, para dar calabazas á una sirena de ventana.

«No fies en burro cojo,  
creyendo que ha de sanar;  
que si los sanos encojan,  
de los cojos ¿qué será?»

Preciso será no dejar á esta copla el valor literal, porque va á parecer máxima de veterinaria: trasladémosla, aunque el símil no sea entonces muy poético ni muy decoroso, al hombre y entendamos que es la respuesta que da una muger experta á otra inocente, quien sostiene que es mejor que el hombre *corra su caballo*, cuando es amante, que cuando sea marido. Desde luego esto es verdad, en la hipótesis de que es absolutamente preciso que el hombre *corra el caballo*; pero cuando se cree que *quién malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá*, la muger experimentada responde que, si el que fué bueno propendió á ser malo, el que ya es malo, debe esperarse que muera más bien que sane. Algo de escepticismo hay aquí; poca fé al ménos en el poder de la conciencia y ninguna en la redención espontánea ó circunstancial. En teoría, la copla es falsa; en práctica hay que convenir en que, si no es verdadera, es muy verosímil: más fácil es evitar la cojera que curarla y evitarla va siendo cosa casual y rarísima; con que....

«No quiero que á misa vayas  
ni á la ventana te asomes;  
ni tomes agua bendita  
de la mano de los hombres.»

Estos son celos, que dicen que son prueba del querer bien. En el cantar hay una degradación; como si el celoso fuera templándose y aproximándose á la verdad. La prohibición de oír misa en boca de un hijo del pueblo, acusa el extremo de la desconfianza: ó el celoso no teme al escándalo, ó la creencia de que hasta en el templo puede pa-

sarle un percance, le hace romper con su religiosidad, por lo general muy arraigada en los hombres de la Naturaleza. En un amante puede tolerarse que recele hasta del cura de la parroquia.

La segunda prohibición es algo tiránica; pero como el ventaneo siempre fué indicio de coquetería y provocación erótica dirigida al transeunte masculino, se explica mejor esta desconfianza puramente mundana y que descansa en la fragilidad femenina.

En la tercera ya estamos sobre la materia; se prohíbe á la amada el contacto de los hombres, aún á pretesto del agua bendita. En efecto es muy posible que no solo pierda esta el poder milagroso de borrar los pecados veniales, sinó que produzca los mortales y aún que los produzca del género de aquellos, en que *uno hace el pecado y otro lleva la penitencia*, que es el peor género de culpas. Aquí la prohibición aparece, pues, en su lugar. De todos modos la copla está hecha por quién supo lo que son hombres y mugeres.

«¿A quién le contaré yo  
lo que á mí me está pasando?  
Se lo contaré á la tierra  
cuando me estén enterrando.»

Cosas grandes y hondas debieron ocurrirle al autor de esta quarteta; y ¡que concepto tendría de la sensibilidad humana, cuando teme que al vaciar su secreto en los oídos de un ser racional, le conteste un cruel alzamiento de hombros, forma de la indiferencia, ó una irritante carcajada, expresión de la más helada misantropía! Y cosa triste ocurría al desconocido poeta, cuando le hace pensar en la

muerte y tal vez creerla próxima, supuesto que decide ir con sus cuitas á la madre Tierra, que seguramente es un seno reservado. Y cosa grave además debió de ser, puesto que resuelve enterrarse con su secreto, como para que quede sepultado si no se lo lleva el alma bajo sus misteriosas alas.

Verdaderamente en el mundo hay dramas que del sepulcro de la conciencia deben pasar al del cementerio, porque evaporarlos en un gemido molesta á la gente feliz y darlos en una confidencia, cuando no es un peligro, es una profanación.

La copla, pues, es una especie de desesperación.

Meditémosla hasta otro día, dejando á un lado la guitarra.

«Más valiera haberme muerto  
que no haberte conocido;  
y no reinara la pena  
que está reinando conmigo.»

He aquí una execración arrancada por el desengaño amoroso. El pueblo tiene sentimientos muy vehementes. Vale más, en efecto, morir que tropezar con ingratos, porque la muerte, más piadosa que la perfidia, acaba con todo el mundo; y la deslealtad, más cruel que la muerte, mata al alma y deja vivo el cuerpo, para que asista á la lenta agonía de su compañera.

El verbo *reinar*, traído á colación de la pena, prueba que el autor tenía de los reyes la idea que de los tiranos, porque nada hay más rudamente absoluto que un pesar; y esclavo de él y sin podersele sacudir, hallábase el coplero, cuando asegura que el dolor reinaba con él, es decir, que le dominaba por completo.

Todavía hay en esta copla un cierto espíritu de delicadeza y de amor, porque prefiere el desventurado amante morir á desear la muerte de la que así le ofendió. Morir antes que penar; pero la pena antes que el castigo de la ingrata; hay grandeza y galantería.

«Arbolito, te secaste  
teniendo la fuente al pié,  
en el tronco la firmeza  
y en las ramas el querer.»

He aquí una alegoría del amor desagradecido y desengañado. Si esto se dirige á otro ser, es una acusación de ingratitud; si es un mero soliloquio, quejase el autor de su desencanto.

He aquí lo primero.—«Amor, tenias alimento en los raudales de mi ternura, apoyo en mi lealtad y firmeza y placeres en mi generosidad y esplendidez.... y te fuiste..... y te secaste.... y ¡me has engañado! Vete en paz; yo te perdono.»—Esto no deja de ser una queja.

He aquí lo segundo.—«Amor, te dí mi sangre y mi vida, te mantuve con mi ilusión y mi constancia; te nutrí con mis esperanzas y deseos y..... te has desvanecido, te has deshecho en sombras y me has dejado el vacío, que es la agonía del alma. Necio fuí y soñador; anda con Dios, ¡paciencia!—Esto viene á ser un gemido.

Ambas interpretaciones son profundamente tristes y amargas, al par que suaves y juiciosas. Voces hondas de un alma empujada contra sí misma por el dolor.

Con ellas llegamos á los límites de los cantos nostálgicos, de los que vamos á señalar algunos

modelos, para terminar este ligerísimo estudio que puede parecer ya pesado y que nunca podría ser completo.

Empecemos por una copla bastante vulgar.

«A la mar fueron mis ojos  
por agua para llorar,  
y se vinieron sin ella  
porque se había *seco* ya.»

Así hemos oído esta copla, con su último verso imperfecto y su final extraño: mejor habría estado concluiría con esta otra hipérbole:

«y he conocido en lo amargo  
mis lágrimas en la mar.»

De este modo desaparece la licencia de *seco* por *secado* y se le da un giro más personal al pensamiento, porque, en vez de indicar que otros infortunios habían agotado el mar, como si el llanto se tomara de sus ondas, se dice que ya hemos llorado tanto, que nuestras lágrimas han producido un mar, con lo que queda recordada la frase vulgar de *un mar de lágrimas*.

Por lo demás, como parece extraño que acuda la idea del océano á un pueblo de la sierra, no será aventurado suponer que este cantar nació en alguna playa y los vientos poéticos y gemidores le llevaron en sus alas tierra adentro.

*Al oír esta copla mi excelente amigo D. Eugenio Sáenz de Urturi y Asensio, distinguido catedrático en la actualidad del Instituto provincial de Burgos, me la ha corregido con la siguiente versión, que, conservando el mismo pensamiento, da un giro nuevo á la expresión.*

«A la mar fueron mis ojos

*por agua para llorar;  
como le vieron tan hondo  
no se atrevieron á entrar.»*

*En una y otra variante se vuelven los ojos secos, más en la primera, á causa del prodigio de hallarle enjuto por haberle derramado ya en nuestro llanto; y en la segunda, por el espanto que causan sus abismos puestos á la vista, sin duda por haber absorbido todas sus ondas el desventurado autor de esta hiperbólica coplilla. ¡Quién busca lágrimas en el mundo! ¡Arranca tantas la Naturaleza ó por otro nombre la desgracia! Aunque parezca extraño que se asuste de las profundidades del mar el que lleva lloradas todas sus amarguras, despierta la versión de mi amigo la idea de que se asusta del propio abismo de su alma el que le contempla en la cuenca inmensa de los mares como en un espejo. Idea delicada y bella en alto grado.*

«Ya no se acuerda mi madre  
de los huesos de mi cuerpo;  
los tengo apolilladitos  
de puro pasar tormentos.»

¿Por qué irán siempre unidos el hecho del dolor y el recuerdo de nuestra madre?

¿Por qué ese retroceso del pesar, que nos hace volver atrás la vista y tropezar con la tierna imagen de la que nos dió al mundo? Sin duda la espontaneidad de este movimiento se explica, porque el infortunio hace pesar la vida y es natural que, cuando pesa, pensemos en quién nos la dió. Es lo cierto que en esta copla se encuentran una vez más enlazadas la evocación de una madre y la desventura de un alma.

El verbo *acordarse* está aquí usado como sinónimo de *reconocer*, acepción muy propia en filosofía, donde la memoria no es fuente de conocimientos sinó de reproducciones y el recuerdo no sirve para conocer de primera, sinó para reconocer ó conocer de segunda.

Ahora bien; la copla dice que tanto ha penetrado el dolor, que ha *apolillado* hasta los huesos; y que tanto los ha roído esta polilla, que no los conocería ni la misma madre que los sintió formar en su seno. La idea de la polilla, aunque vulgar, no puede ser más propia como metáfora; por el dolor roe y carcome como ella. Y en fin, el *puro* es un superlativo que imprime al canto un característico sello de popularidad.

«¡Ya se me murió mi madre!  
 ¡Qué dolor de madre mía!  
 ¿Dónde encontraré otra madre  
 como la que yo tenía?»

No hay madre mala para hijo bueno. La copla está dictada por el sentimiento más enérgico y más puro del corazón, que es el amor filial. El lujo de signos ortográficos y el estilo cortado indican la profundidad del cariño; y la ingenuidad de la segunda exclamación unida á la verdad y candor de la pregunta, demuestran su pureza.

El primer verso es un grito del corazón aturrido por el golpe de la Naturaleza; el segundo expresa con sublime sencillez el alto concepto y profunda admiración que inspira una madre; y los dos últimos no solo dicen que la madre es un ser único en el mundo; sinó que, aunque no lo fuera, sería imposible hallar otra como la perdida.

Lo repetimos: para hijo amante, no hay muger en el mundo que valga lo que su madre.

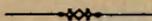
«Cien años despues de muerto  
y de gusanos *roío*,  
letreros tendrán mis huesos  
diciendo que te he *querío*.»

Hipérbole amorosa, para expresar lo duradero del afecto. Fíjalo el autor en los órganos más duros y resistentes del cuerpo ó hace que el amor los penetre y empape de tal manera, que los últimos restos de la materia han de ser, al cabo de un siglo, pregoneros de su pasión. La copla tiene, no obstante su finura erótica, un cierto saborcillo materialista, muy disculpable en los hijos del pueblo, que ni alcanzan mucho en eso de psicologismo filosófico, ni menos pueden elevarse á ciertas metafísicas de ultratamba. De la mente del poeta anduvo lejos el alma, que es quien ama; más en cambio anduvo cerca todo el cuerpo y en él pensó de tal modo su amor, que, roidas por los gusanos las partes blandas, aún quedaban las duras perpetuando su pasión en el fondo reservado del sepulcro.





## LA AMISTAD.



Se instinto de sociabilidad, que lleva al hombre hácia el hombre, gira, como todo afecto del alma, apoyándose en dos polos; la *necesidad*, punto material, grosero y egoista, que descansa en el cálculo y satisfácé á la conveniencia y la *amistad*, afecto dulcísimo, situado en la extremidad del diámetro, generoso, puro, espiritual y que satisface al corazón.

Sin duda el pensamiento del Creador ha sido que lo que empieza en la materia termine en el espíritu; que el yugo del interes se convierta en el lazo del afecto y que la sociabilidad se realice por el cariño, se exprese por la paternidad y subsista por la fuerza del sentimiento;

pero el pensamiento del hombre es muy distinto: sin dejar de reconocerse sociable y de considerarse bajo el imperio de esa ley que le refiere á sus semejantes, abre su inteligencia á un mercantilismo sensual y matemático, cierra el corazón á los impulsos de la abnegación y el sacrificio humanitario y se deja reatar por los rudos vínculos de la conveniencia, que fácilmente pueden romperse, si esa misma conveniencia tuerce el rumbo y si el interés propio exige que sacrifiquemos á nuestros asociados, con el fin de ocupar en la gerarquía social un puesto más elevado, desde el cual descubra nuestro egoismo esa grata perspectiva de un mayor número de hermanos convertidos en siervos.

Resulta de aquí, que el instinto destinado por el poder de la racionalidad á fuente de armonía y de ternura, queda retenido por el egoismo en la mezquina y helada esfera del positivismo y la utilidad: y que la amistad, término dulcísimo y noble del progreso de la sociabilidad natural, queda limitado á virtud rara y felicidad poco menos que imposible en la tierra.

¿Qué quiere decir esto? Por lo pronto, que el hombre triunfa de Dios en el mundo; que no en balde se ha dado á sí mismo el soberbio título de *Rey de la Creación*, y despues, que razón y libertad, esos dones de que tan ufana se muestra la Humanidad y en cuyo nombre ha realizado tantas epopeyas y tantas monstruosidades, no le bastan para entender las leyes que sirven de condición á su grandeza, ni para ejecutar los preceptos que guían á su ventura.

De aquí que la amistad, no cabiendo en el corazón, se ha refugiado en la fantasía, para conformar los puros ideales, con que el hombre se entretiene ó se consuela; y, no encontrándose en la vida, se ha extendido por los libros, donde la mano se complace en estampar todo lo que no es capaz de hacer el alma y donde filosofía, moral, lógica y derecho dejan en bellas teorías lo que la conciencia no acierta, no quiere ó no sabe poner en la historia ó traer vivo á la conducta.

Pero basta que sea posible la amistad, para que la busquemos; basta que sea bella, para que pongamos cierta ansiedad en hallarla; basta que envuelva una gran verdad, para que no la dejemos escapar si existe; y basta que sea rara, para que la apreciemos como inestimable beneficio, la ostentemos ufanamente como virtud preciosa y la disfrutemos como inefable deleite y ventura celestial.

No hay afecto que tenga un origen más puro, una naturaleza más noble y un fin más humano. Ni reconocesurazón de ser en ley de la Naturaleza, ni viene á la vida contaminada con el pecado de la sensualidad y del egoísmo. Como ordenada á propósitos espirituales, como destinada á enlazar individuos de un mismo sexo, es extraña á todo movimiento de la carne é inespugnable á toda tentación de los instintos orgánicos: y como destinada á extender las relaciones del lado allá de las familias, sacando á los corazones del estrecho círculo del hogar ó ampliando el espíritu familiar del lado allá de los límites que le señalan el amor y la consanguinidad, ni depende de la Naturaleza,

ni se funda en las ciegas imposiciones del parentesco, ni necesita, para nacer y fortificarse, de la génesis que subordina é impera sobre la materia organizada. A la manera de esos cometas, que enlazan unos con otros distantes sistemas planetarios y dan unidad y referencia á las agrupaciones siderales más apartadas, la amistad lleva la luz del pensamiento y el fuego del amor á espíritus separados por diferencias de climas, razas, gustos y creencias.

Sin mezcla alguna de interes material, sin atractivo de sensualidad y sin condiciones de patriotismo, edad, belleza exterior, riqueza, ni motivo de gratitud, parece que la amistad, rehuendo cuidadosamente todo contacto con el egoismo y todo roce con el mundo, va derecha á las almas para unirlas en purísimo afecto, en tiernísimas emociones y en generosos impulsos, vertiendo sobre los corazones un raudal de poderosos sentimientos, que forman el suave consuelo del triste y la honrada alegría del venturoso.

Al contrario de lo que el amor hace, la amistad nada pide y todo lo otorga; un amante puede tener derecho á exigir; en que exija está á veces el triunfo de ser amado; en que tome el antojo del que ama; pero un buen amigo todo lo concede sin que nada se le pida; se anticipa al caso, ofrece su solución; y más bien hay que rechazar sus dones, porque sean de tal calidad, que redunden en daño del generoso. Riquezas, honor y vida pone el amigo á disposición del amigo; su sacrificio no contiene el menor placer ni la más leve ventaja, como no sea el gozo celestial que experimenta el alma al

sentir en ella reflejada la felicidad del hermano. Bienes da, que no pueden ser indemnizados; favores hace que no pueden ser devueltos, prodigalidades son las suyas que tienen en el desinterés perfecto y en la abnegación más completa los mejores títulos, para ser tenidas por hijas de la virtud más admirable.

Almas gemelas que salvan, para unirse, abismos de raza, de lengua, de familia, de opiniones y de gustos; espíritus amorosos, ante los cuales nada tiene valor ni precio, como sirva para separarlos y todo es bello y santo, si concurre á unirlos y á estrecharlos más cada día; corazones que cruzan la tierra, partiendo en dos una misma sonrisa y una misma lágrima; burlando las asechanzas sociales y defendiéndose mutuamente de los tiros que la envidia y la calumnia les asestan, sin pasar por la vergüenza de dudar jamás el uno del otro ni acobardarse ante los ataques que les dirigen los que no entienden tanta grandeza, tanta belleza ni tanta virtud ó las miran como una acusación ó como un insulto de su raquitismo moral, su deformidad humana ó su podredumbre religiosa; almas acorazadas, en fin, contra la maledicencia y tan fuertes contra la desdicha, como blandas á los halagos de la fraternidad y dóciles á las consejos del desinterés y la abnegación, de la ternura y de la lealtad.

La amistad es el sentimiento más nivelador y democrático de cuantos guarda el corazón humano; un solo raptó de confraternidad abate al orgulloso hasta la humildad del modesto, ó levanta al pobre hasta los brazos del rico. El amor, por el

contrario, exige su vasallage; la paternidad tiene sus derechos y por tanto hace al hijo vivir en subordinación y dependencia; por eso en el vocabulario amatorio suena la palabra *esclavitud*, que suele estar en los labios del amante para luego pasar á los de la esposa; y en el de la familia se habla de sumisión y obediencia, como de judicaturas y derecho de castigar, lo cual no deja pocas veces de convertir al padre en señor absoluto y aún en caprichoso tirano.

En la amistad no hay estas desigualdades ni estos peligros; la Naturaleza no deja en ella con su dedo ni las señales de su inflexibilidad ciega, ni las huellas de la animalidad orgánica; por eso nada tiene que ocultar; los amigos pudieran llevar un cristal en el pecho, así como pueden cruzar la vida, entrelazadas las manos. Algo, que no sería conveniente saber, sirve de razón á la inviolabilidad del domicilio; y algo que no verse lleva á los amantes á buscar la soledad y la sombra; pero á los amigos, nada hay que les obligue á esconderse ni nada que les convenga tener reservado, como no sea un santo y extraordinario afecto, de que suele burlarse el mundo, cuando no intenta mancharlo con la maledicencia.

Un hogar puede ser guarida del escándalo y unos amores siempre abundan en incidentes, cuyo atractivo es el misterio y cuya condición esencial es la reserva; más los amigos pueden aparecer siempre ante las gentes, dejarse oír en todos los casos y revelar por completo los móviles de su conducta y el fin de sus afectos y sus aspiraciones, sin que esto pueda atraerles otra cosa que la ad-

miración y el respeto de las almas buenas y el aplauso y consideración de las sociedades cultas y sábias.

Si todo esto es cierto, la amistad es una de las más bellas obras de arte que el hombre ejecuta en su vida; y puesto que nada le impele á su elaboración, como ni el fin específico se la impone ni la familia se la dicta y como la sociabilidad humana, único instinto que pudiera considerarse como su gérmen, queda satisfecho con acumular la obra del brazo y dejarse encadenar por los vínculos del interes y la conveniencia, es evidente que todo en la amistad es original, espontáneo, magnífico y libérrimo y que su afecto es una mezcla pasmosa y sublime de solicitud, lealtad, abnegación, desprendimiento, sacrificio y virtud, en fin.

Por eso es tan rara la amistad; por eso reclama un cultivo largo y penoso y se depura y afianza con pruebas duras y constantes; más cuando el alma triunfa en este sentimiento de sus propias miserias y de las del mundo, se nos presenta engalanada con la más preciosa dote y provista de la única base que ha de tener la solidaridad humana, si no es un sueño la creencia de que un dia habrán de constituir los hombres una sola familia, habrán de borrarse los límites geográficos de las nacionalidades y habrán de desaparecer los horrendos aparatos de guerra.







## EL AMOR.



LA imaginación poética del joven, huyendo instintivamente de la animalidad, ha bautizado con el poético título de *amor* ese apetito carnal que junta los sexos para los fines de la procreación, ó ese dulce sentimiento, que Dios puso en el alma para enlazar dos existencias y someter á superior y más perfecta unidad las individualidades, ha sido rebajado por la sensualidad desde las bellísimas alturas del *amor* á las groseras bajezas de la lujuria. Si lo primero, es innegable que el espíritu soñador del hombre ha corregido y realzado á la Naturaleza; si lo segundo, es evidente que ha manchado y desvirtuado la obra tierna del Creador.

Que el amor, tal como lo concibe la fantasía, ha estado alguna vez en los corazones, no cabe duda;

á más de que la historia nos ofrece admirables ejemplos de apasionados amantes y de tristes tragedias de amor, este sentimiento poderoso y expansivo ha rebosado de todos los pechos y ha inundado el mundo de notas suavísimas, sonoras, profundas, interesantes, que guardan con igual esmero en sus páginas la literatura y la filosofía, como glorias del corazón y del cerebro, como manifestaciones delicadas y honrosas del sentir y del pensar.

No hay región en ese mundo interior del alma, que haya tenido más curiosos é incansables exploradores; no hay misterio en el espíritu, que haya recibido más numerosas y variadas interpretaciones. Como sentimiento universal, cada individuo particular lo ha querido estudiar al sentirle y ha intentado describirle ó cantarle despues de sentido; y como móvil indefectible de la vida, cada cual le ha manejado en dirección diferente, apreciándole de distinta manera y bendiciéndole ó anatematizándole, desnaturalizándole ó enaltecíéndole, según que le ha sentido como martirio ó como deleite y según que le juzgaba como cosa brutal ó divina.

Hablar del amor no puede producir otra cosa que llenar una página mas: más discurrir tranquilos acerca de sus efectos pasados, no nos haría pronunciar la última palabra del análisis; y pintar sus manifestaciones presentes, no nos permitiría ofrecer su síntesis más perfecta. El amor es un asunto inagotable; cada escritor, cada amante, toma una gota de ese mar, pero el océano no se acaba.

Se juntan dos seres del misma sexo; se cuentan

sus amores, describen sus experiencias, dibujan sus impresiones y se comprometen en una discusión sin fin, en la que jamás llegan á entenderse, porque el amor es un prodigio que tiene para cada ser y para cada edad, para cada temperamento y para cada circunstancia, una realidad distinta.

Se unen dos seres de diferente sexo, se aman, se dicen lo que sienten, se revelan los proyectos que les inspira el amor, se avienen, se conforman; parecen haber llegado al término, pero no, la cuestión es siempre inacabable, porque el amor es arcano sin fondo; cuando se ha dado á entender á otro, parece ininteligible para nosotros mismos y cuando se nos presenta claro, entonces se nos figura que el ser amado no acaba de entenderlo. Y es que el amor siempre es nuestro; lo mismo cuando la frialdad lo encierra en nuestro corazón, que cuando la ternura logra comunicarlo; lo mismo cuando los celos lo convierten en incendio devorador, que cuando la correspondencia le abre las puertas del alma, invitándole á satisfacerse fuera de su nido.

Y he aquí uno de esos caracteres que le separan de esos otros instintos, que el hombre disfraza con el nombre de *amor* y que pocos confunden en realidad con este sentimiento.

Filósofos hay de un positivismo tan pobre, que ligan los afectos del corazón con los intereses de la carne de un modo tal, que no aciertan á descifrar lo que puede hacer en el alma un sentimiento que no tiene nombre entre los apetitos sensuales: el *platonismo* es bobería, imbecilidad ó absurdo; la diferencia de sexos es la razón del amor y este

no puede caber donde se extingue la aptitud para él ó se inhabilita el organismo. Tal doctrina da al amor la deleznablez, la fugacidad, la ceguera, la brutalidad, en fin, del apetito sensual; tal creencia quita al amor la dulzura, la perpetuidad, la gratitud, la insaciabilidad que deja al alma amante y enamorada, agradecida y satisfecha, enternecida y apasionada, cuando ya enmudeció el instinto, y el fin específico se cumplió y el apetito sació sus deseos y la ilusión y el antojo devoraron la belleza y agotaron los encantos del misterio.

Tal amor engendra los amantes quizá, pero no los esposos; es pagano, no es cristiano; es sensual, no es filosófico; animal, no racional.

La fidelidad y la constancia son cualidades extrañas á la carnalidad, que la naturaleza racional agrega á los instintos de la procreación animal; más en los hombres van aquellas cualidades tan apegadas y confundidas con el fin material, que solo, cuando existen, hay amor y cuando faltan, solo hay lujuria.

El alma es infatigable en tanto que el cuerpo se cansa; si el amor es algo del alma, no puede cesar con la satisfacción orgánica; y si, por el contrario, tras la hartura de la materia viene el hastío del espíritu, entonces el alma no amaba, era bestialidad el amor.

Amor que pierde su dulce egoismo, que anhela el cambio, que prefiere lo ageno, que apetece lo prohibido, que prefiere lo malo nuevo á lo bueno antiguo, que se despoja de su agradecimiento, que no tiene en aprecio caricias del corazón ni halagos

del alma, que renuncia á las celestiales dulzuras de la paternidad, que desdeña los castos goces del honesto tálamo y vive con las ardientes ilusiones de una imaginación licenciosa y con las nerviosas sacudidas de un organismo exaltado, no es amor, no lo fué nunca, por más que el hombre engalane su impulso con este título, para prestar el poético ropage de una virtud del alma á los asquerosos propósitos de la pasión carnal.

Es claro: ¿qué muger oiría nuestras declaraciones, si no las hiciéramos en nombre del amor? ¿Qué seducción podría llevar á cabo por sí misma la lujuria? ¿Qué clase de conquistas podríamos alcanzar sin esa hipócrita trama de juramentos y promesas traidores y de protextas y rendimientos hipócritas? La moneda falsa no circula sinó á condición de que parezca buena: la que no tiene ley sirve para fichas de un juego sucio ó criminal; así las liviandades solo son buenas para placeres de la prostitución y recursos de la lascivia.

Ahora bien; ¿cuántas veces amamos en la vida? Una sola.... si acaso: luego las demás, en que hablamos de amor, tratamos de obscenidades de la carne. ¿En las modernas sociedades es fácil dar con el amor, sentirle y excitarle?.... La civilización paga sus ventajas á muy caro precio; no agranda el campo del talento, sin empobrecer el vergel del corazón: el cálculo mata al sentimiento: la vida social mina la vida familiar: el cuerpo se traga al alma, el oleage de la materia nos sube hasta el cuello, de todo lo que resulta que la idea domina en el mundo y el amor domina.... en el teatro: que la vida es pensamiento y el co-

razón es libro: que la verdad es interes y el sentimiento es ficción; que la lujuria viste galas en la sociedad y el amor rueda por las novelas y las comedias disfrazado de trovador legendario ó de protagonista legendario y fantástico.

Concluyamos: la sensualidad es algo, es mucho, es casi todo: el amor es asunto, es tema, es teoría, es utopía, es sueño, casi nada: aquella está viva en el cuerpo y este agoniza en el alma.  
¡Séale la tierra leve!





## LA INGRATITUD.



OMO en las hondas cavernas de la tierra suelen habitar las fieras, así en esas profundas cavidades del alma, que se llaman *conciencias*, suelen anidar las monstruosidades morales. Un espíritu de enemistad constante y un instinto de destrucción espantoso explican el calificativo de *feroces*, dado á algunas bestias con menos razón sin duda, que con la que aplicamos la cualidad de *monstruosas* á ciertas pasiones, que aborta el corazón humano á impulsos del egoísmo soberbio y de la intención depravada.

La *ingratitud*, más que vicio, parece el negro y mefítico seno en que se engendran todos los crímenes; parece el gérmen que los produce ó el ca-

rácter que los distingue, porque no hay delito que no ostente el repugnante sello de la ingratitud, ni ingratitud que no afecte la forma de un delito. Ella misma, ella sola, es el mayor de los crímenes.

Grecia, que había encontrado pena para el traidor y Roma, que llegó á inventar un suplicio para el parricida, no encontraron castigo bastante para el ingrato. Y las naciones modernas, que han formulado desde su aparición, hace catorce siglos, catálogos penales de una horrible crueldad y una satánica riqueza, han dejado fuera de sus pavorosos cuadros la ingratitud, como crimen en que no puede pensarse ó vileza que es preciso prevenir, por lo mismo que no se alcanza á castigar.

Algo hay de esto; vicio de inmoralidad tan hondo, mal tan exclusivamente espiritual, parece que escapa por su índole á toda medida de coacción externa y á toda eficacia de pena *corporis afflictiva*; más lo cierto es, que tanta impunidad ha dejado crecer y propagarse el mal y que hoy su contagio es general y sus formas variadísimas y numerosas se hallan, casi todas, fuera de lo que los legisladores llaman *delitos* en sus códigos, aunque dentro de lo que los moralistas llaman *pecados* en sus catecismos.

La justicia humana, siempre perezosa, siempre parcial á favor de los intereses mundanos y siempre torpe al concebir ó al realizar su ideal, ha dejado encomendados los vicios de ingratitud á las instituciones religiosas. Con hipócrita modestia ha querido distinguir el magistrado del sacerdote; y, disfrazando su apatía ó su impotencia con la declaración de que su terreno es el hecho y el de

las religiones la conciencia, ha dejado fermentar en el alma todo género de gérmenes maléficos, reduciéndose á atajar el paso en la vida á cuantas manifestaciones le son hostiles ó no la tienen cuenta.

Manchada con tamaño egoísmo, la justicia social ha perdido sus caracteres de pedagógica y correctiva y se ha quedado con los de condenadora y ejecutiva; y aún estos mismos oficios de juez y verdugo los ejerce en pequeña esfera por medio del terror, dejando libre expansión á una multitud de delitos y vicios, que enlodan y corroen la vida social y permaneciendo ciega y sorda ante los atentados de la inmoralidad y los gemidos de las víctimas.

Díganlo el adulterio, la difamación, la deslealtad, el abuso de confianza, la mentira, la hipocresía, las seducciones, la prostitución, el libertinage y los mil casos de deshonor, delitos calcados todos ellos en la ingratitud y consumados mediante su negro espíritu. Un refinado egoísmo constituye el fondo sobre que desenvuelve este vicio el cuadro de su malicia, porque *ingrato* es aquel que en todo caso se halla dispuesto á realizar lo que juzga un bien para sí, aunque claramente vea que para ello ha de producir el mal ageno.

Claro está que, cuando el ánsia estrecha de alcanzar un triunfo tropieza con aquellas personas que en otras ocasiones, tal vez en aquella misma, han servido los planes del egoísta, el sacrificio del acreedor, la conversión en víctima del que parece que debía ser nuestro señor, pone de manifies-

to con toda su repugnante fealdad el pecado tremendo de la ingratitud.

La infracción de los deberes de amor y respeto, el atentado contra la virtud, la insensibilidad del corazón hasta el extremo de olvidar el beneficio y la torpe y mezquina intención de obtener una ventaja, quizá pequeña, quizá falsa, muestran toda la perversión moral del ingrato. Por lo mismo que las leyes humanas dejan impunes las monstruosidades del ingrato, aparece este más cobarde que traidor; y por lo mismo que no hay medios para prevenir las falacias de la ingratitud ni bastan el desprecio y la indignación para castigar sus traiciones, es más odioso el corazón desleal y más simpática la víctima del desengaño.

¿Quién tendrá una frase de reconvencción para agravar la pena del hombre burlado? ¿Ni quién hallará una sola palabra, que pueda atenuar el rigor con que se anatematiza la vileza del ingrato? Pensad en el hijo indócil, que mata á pesadumbres á la madre que le llevó en sus entrañas, que insulta las honradas canas de su padre ó deshonra en el vicio el nombre respetable que le dió al engendrarle, caso frecuentísimo de ingratitud y tal vez el que viene á explicar todos los demás que se dan con tan dolorosa frecuencia en la vida; recorred con la imaginación la escala de cuantos casos podais suponer y terminad por esa otra forma de ingratitud tan infame como asquerosa, que nos presenta también en el seno de la familia la muger adúltera, libidinosa, manceba del seductor cobarde, ratera del honor de su marido y juez en la tierra y depositaria infiel y traidora del decoro y

de la ventura social de sus hijos. Pasad la mirada por los casos de ingratitud y habreis ojeado mentalmente las más horrendas y repugnantes páginas escritas por la humanidad para baldón de su grandeza y mengua de sus destinos.

¿Qué esperais del ingrato? Le amais y os engaña; le acariciais y os muerde; le dais ciencia, ternura, dinero, posición, concepto, algo que vale casi tanto como el alma y lo desconoce, lo niega, lo olvida y luego os hiere, os infama, mata vuestra felicidad, roe vuestra existencia y, si es menester, os arruina y lanza sobre vuestra fosa el sacrilegio de una carcajada ó la impiedad de una calumnia.

Cuando creisteis tener sobre vuestro corazón y entre vuestros brazos, ligado y reanudado con las dulces cadenas del amor y del agradecimiento, al ser delicado á quien amais, le encontráis erguido delante de vuestros ojos; lanzan sus pupilas relámpagos de rabia, de envidia, casi de odio; se contraen sus labios con fruncimientos que hace el desprecio precursor del insulto y, resbalándose con la hiel que destila su boca, sale al viento la frase helada que paraliza la sangre en vuestras venas ó la ofensa despiadada que congestiona vuestro cerebro. Caeis á sus pies herido por el dardo del dolor, que, cuando no mata el rayo de la agena infamia, suele pulverizar la centella de la propia desdicha y he aquí que os encontráis á los pies del ingrato y sois la víctima que inmola su vil tiranía.

No hacer el bien, que es la primera forma de la ingratitud, causa repugnancia ó compasión; ha-

cer el mal, que es la segunda, produce espanto ó indignación; ni lo menos frecuente de esta última deja de presentarnos la ingratitud como el más horrendo de los crímenes, ni lo más común de la primera puede amenguar la vileza del corazón ingrato.

Nada hay que explique ni atenúe el delito de ingratitud: ni la pérdida de la vida puede hacernos transigir con el deshonor de la deslealtad, ni el mandato de un padre puede obligar al hijo á ser ingrato con el más humilde.

La fuerza de un beneficio solo crea lazos de amor; y no hay poder que lleve su tiranía hasta el corazón, ni razones que puedan desbaratar la obligación de amar al que nos ama y de respetar á quien nos favorece. Figuraos la necedad vergonzosa de un legislador que mandase la ingratitud, (¡los hay que han mandado cosas tales!...) y os convencereis de la impiedad tiránica de un padre, que ordenase á su hijo ser ingrato. Una ley favorable á la ingratitud bastaría para hacer á un pueblo revoltoso aún contra el génio, aún contra el héroe, aún contra el santo; y una educación que lanzase ó desenvolvese en el alma tales simientes, alimentaría víboras en el hogar y asentaría el espíritu de la rebeldía moral en su mismo seno, en el de las demás familias, en el del trato social, en el de la vida, en fin, bajo todos sus aspectos, haciendo ingratos hasta con los padres, hasta con los maestros, hasta con los soberanos, hasta con Dios.

Odiemos tan feo vicio; horricémonos de sus consecuencias; avergoncémonos hasta de la posi-

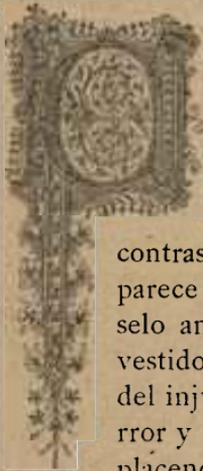
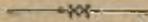
bilidad de poderle contraer y de ejercitarle por un momento y seamos, ante todo y apesar de todo, agradecidos con quien nos ama y favorece, porque en verdad que para nosotros no tiene el hombre otro precio que el que le pone la conducta que con nosotros observa y que nos revelan los beneficios de que nos colma.







## UN ENTREMES DE CERVANTES.



UANDO el espíritu social se desdenaba de descender á las ínfimas capas ó repugnaba penetrar con su mirada hasta ese subsuelo de la Humanidad, el espíritu artístico, sea por ley del contraste, ó sea por deseo de venganza, parece que se complacía en presentárselo ante los ojos y de tal manera revestido y ataviado, que lo hacía triunfar del injusto desdén y del inhumano horror y lo convertía en objeto de complacencia y asunto de interesante estudio.

Una vez más alardeaba el arte de su poder en este caso; y como por una parte hay ciertas escenas deleitosas, ciertas figuras originalísimas y nuevas y ciertos hechos especiales y caracterís-

ticos como perlas prendidas en la miserable y ne-gruzca urdimbre de la vida plebeya, allí iba el arte á buscar su tesoro: allí entre el fango solía encontrar un hilo de agua cristalina, que le sirviese de raudal de inspiración y allí, quizá guiado por ese instinto democrático que puso en el alma el mismo que evangelizó el corazón con leyes de fraternidad y de amor, se complació en rebuscar alientos para la poesía, pretextos para el placer y enseñanzas para la sociedad y la justicia.

Tal vez la comedia torcióse hasta convertirse en resbaladero, que llevase al ingenio á los abismos del sainete y el entremes; tal vez de la tragedia india bajó de las alturas de su idealidad teológica en Grecia, para engendrar la comedia aristofánica y de su aristocrática elevación en Roma, para caer en las tabernarias y atilanas: quizá entre nosotros la degradación de las artes escénicas, al finalizar el siglo XV y empezar el XVI, condujo también á los ingenios frente á frente de los caracteres más sencillos y humildes, de los tipos más raros y extravagantes y de las situaciones y los hechos más del gusto de farsantes y juglares, bufones y saltimbancos.

Los diálogos y entremeses podían servir para el fin, que se proponían los que tomaron á su cargo la noble misión de restaurar la escena española: dábase con ellos gusto al público, que se había acostumbrado á lo bajo y chocarrero; era más fácil en tan humilde esfera sostener con mayor propiedad y hasta menor desdoro las gracias satíricas y lascivas, que decidían del triunfo de la farsa en los corrales y podía emprenderse de abajo arriba

la regeneración del Teatro, ya mediante la crítica punzante de los vicios, ya por medio de la reforma lenta y mañosa que facilitaba la sencillez misma y la humildad natural del género bajo cómico.

Cuéntase en tan nobles empeños con ese número, relativamente pequeño, pero valioso siempre, de hombres con claro juicio y honrado corazón, que entienden y estiman el propósito, le aceptan y favorecen como medio por la nobleza é importancia del intento y hasta se deleitan y satisfacen con ese contacto, que el arte les proporciona, en el honroso terreno de un escenario teatral, con gentes y escenas que no tienen ocasión de conocer y apreciar y de las que les apartan circunstancias de posición, gustos, preocupaciones y oportunidades.

No pocos varones de cuerdo entendimiento y levantado espíritu debieron existir en la época citada, cuando Bartolomé Torres Naharro, Cristobal Castillejo, Lope de Rueda y Miguel de Cervantes Saavedra, seguidos de otros varios ingenios amantes de la literatura pátria y de la dignidad de la dramática española, emprendieron con fé y decisión la reforma de nuestro Teatro, contra el que ya empezaba á blandir sus dardos la crítica extranjera.

Ya directamente, en comedias ajustadas al clasicismo antiguo y depuradas de la osadía de Menandro y de las licencias de Plauto, procuraban muchos autores castigar las malas costumbres, ridiculizar los vicios, distraer á los aristócratas, enseñar al vulgo, hacer amable la pobreza y for-

zar á que fraternizasen, siquiera fuese por un momento y mediante la ficción, los extremos antagonicos de la sociedad, el pobre y el rico, el palaciego y el corralero, la dama cortesana y la muger libre de la plazuela. Otras veces, de un modo indirecto y encaminado como lección á los depravadores del gusto, infringíanse de intento los preceptos clásicos y las leyes del sentido común, incurriendo á sabiendas y aún marcadamente en los errores y libertades que había que combatir, y escondiendo el epigrama y la sátira con gran parvedad y tino entre transformaciones y violencias, moralejas y discursos metafísicos.

Ambos medios puso en juego el célebre autor de *El Quijote*. Él mismo nos cuenta que había logrado poner frente á las comedias del «Mónstruo de la Naturaleza» y las de Miguel Sánchez, Mira de Mézcua, Tárrega, Guillén de Castro, Aguilar, Vélez de Guevara, Galazga, Gaspar de Avila y otros muchos más, súbditos de su «monarquía cómica» hasta unas veinte ó treinta, que se recitaron «sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza.»

Más al lado de las que publicó últimamente en 1615 y en las cuales se encuentra empleado el mismo procedimiento crítico, que tan maravillosamente personificó en el héroe manchego de su inmortal poema, aparecen unos lindos entremeses, que salieron de sus manos, cuando ya el infortunio había ennegrecido su espíritu, como asoman los rayos del sol por entre las densas nubes de un día nevoso de invierno. Cervántes escritor es la antítesis de Cervántes hombre: aquel rie

cuando este llora; aquel es la fuente de la ventura y este la piscina del sufrimiento: el libro hace olvidar al autor de tal modo, que solo pudieran salvarse de las notas de ciegos, ingratos y envidiosos los hombres de su tiempo, si no hubieran despegado un punto de sus ojos las peregrinas muestras de su inmortal ingenio. Hoy, que todos sabemos de memoria las tristes circunstancias de su vida, que no podemos olvidar la dureza con que le trató su siglo y que todo nos parece poco para recomponer sobre su memoria al horrible desórden que hizo la injusticia sobre sus huesos, hoy admiramos sus peregrinas invenciones y nos olvidamos algo de sus amarguras, para saborear el picante dulzor de sus gracias y sus agudezas.

El primero de los entremeses que en la colección de Don Blas Nasarre, hecha en 1749, aparece tras de las comedias y del cual vamos á ocuparnos, cumple, como advierte el mismo autor en su prólogo de 1615, con las condiciones literarias que reclama el género y que no son otras que las que luego han tenido en cuenta, para hacer sus bocetos populares, el famosísimo poeta sainetero Don Ramón de la Cruz y su imitador gaditano nuestro Don Juan del Castillo.

Dice Cervántes, dirigiéndose á uno de sus detractores, (que siempre los hubo donde la envidia halla fundamento, como moscones en torno de rico panal), que no tienen sus comedias «necesidades patentes y descubiertas» y en efecto, no son, por lo que á los entremeses atañe, sinó deliciosos cuanto ligeros diseños de tipos y costumbres perdidos en el fondo de las sociedades, re-

producidos con manó maestra sobre el lienzo de esa vida ficticia de los teatros y sin otro objeto ni más transcendencia que hacerlos estimar el tiempo que se hace gozar con ellos. Agrega Cervántes «que el verso es el mismo que piden las comedias, que ha de ser de los tres estilos el ínfimo y que el lenguaje de los entremeses es propio de las figuras que en ellos se introducen.»

No en verso, sinó en prosa bellísima, fácil y juguetona, se halla escrito *El Juez de los divorcios*, que es la composición que tenemos á la vista: prosa digna de la pluma que trazó *El Quijote* y que parece haberse entretenido sobre el papel, como para descansar, solazándose y discreteando de tarea más larga y concienzuda.

Hasta doce figuras mueve y coloca sobre tan estrecho lienzo el retratista popular: es verdad que solo las hace pasar ante el doble tribunal del *Juez* de la fabulilla y del público del corral, con el duplicado fin de que, ante aquel, dejen oír sus donosas quejas matrimoniales y ante este, depositen las muestras del gracejo y las razones del deleite.

Al parecer, nada se propone en este cuadro Cervántes. Juez, Escribano y Procurador oyen las acusaciones de los que quieren divorciarse, sin dictar sentencia ni proporcionar remedio á los conflictos caseros ni á las discordancias de carácter y permitiendo que una nueva pareja, mal avenida con el santo yugo, venga cada vez á interrumpir las reclamaciones de la anterior, sin duda porque parecía al autor que era cosa grave fallar tan delicada materia en obrilla de tamaña ligereza y tan exiguas pretensiones.

La cuestión propuesta, si bien asunto de entremes casero entre las gentes de ínfima calidad, no deja de ser un árduo problema moral, que ni leyes ni usos dan resuelto y que en las esferas altas de la sociedad acrece, hasta tomar proporciones sumamente dramáticas y hasta trágicas en algunos casos y personas. Ni plantearlo, ni resolverlo por tanto, pudo ser el propósito de Cervántes; pues el dar al entremes tamaña miga hubiera sido como querer animar con alma gigantesca el cuerpo de un pigmeo. El asunto no era más que pretexto para exhibir una docena de figuras, que le andaban retozando dentro de la fantasía, hasta dar con la estrecha puerta de los puntos de la pluma y tema además muy oportuno para el diálogo animado en que las mantiene, y que nos ofrece la muestra de las proporciones, que tan honda cuestión adquiere en los humildes corazones y del modo de exponerla y tratarla unos cerebros tan limitados.

La primera que acude ante el *Juez de los divorcios* es *Mariana*, que se quiere escapar del *vejete* de su marido. He aquí los términos graciosos de su querella:

Mar.—Señor, divorcio, divorcio y más divorcio; y otras mil veces divorcio.

Juez.—¿De quién? ó ¿porqué, señora?

Mar.—¿De quién? De este viejo que está presente.

Juez.—¿Porqué?

Mar.—Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta á curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me cria-

ron á mí mis padres, para ser hospitalera ni enfermera: muy buen dote llevé á poder de esta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida: cuando entré en su poder, me relumbraba la cara como un espejo y agora la tengo con una vara de frisa encima. Vuesa merced, señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque: mire, mire los surcos, que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada dia, por verme casada con esta anotomía.

Luego añade las reflexiones comunistas que siguen y que no dejan de ser cosa que de antiguo tienen metida en los cascos las gentes del pueblo.

«En los reinos y en las Repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios y de tres en tres años se habían de deshacer ó confirmarse de nuevó, como cosas de arrendamiento y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.»

A cuya extraña pretensión contesta el Juez con mordacidad, que su gravedad y carácter aumentan.

—«Si ese arbitrio se pudiera ó debiera poner en práctica y por dineros, ya se hubiera hecho.»

Sigue *Mariana* enumerando las causas, que la mueven á pedir divorcio, en esta forma:

—«El Invierno de mi marido y la Primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme á media noche á calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle ora aquesta, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo á un palo por Justicia; el cuidado que tengo de ponerle, de noche, alta la cabecera de la cama y de darle jarabes lenitivos, porque no se ahogue

del pecho; y el estar obligada á sufrirle el mal olor de la boca, que le huele mal á tres tiros de arcabuz.»

Por lo visto *Doña Mariana* no quiere á su lado trastos viejos: O le aceptó con ellos cuando al fin se encubrían con las ilusiones del enmaridar, ó le han venido luego al pobre con el ejercicio del consorcio y la cónyuge ingrata le rechaza, como cosa vieja, al muladar de la cesantía legal.

Más el marido, reo de antigüedad, no solo se defiende, sinó que asimismo reclama por sí, como tal beneficio, el divorcio que solicita su consorte.

—«En verdad, señores,—exclama,—que el mal aliento, que ella dice que tengo, no se engendra de mis podridas muelas, pues no las tengo, ni menos procede de mi estómago, que está sanísimo, sinó de esa mala intención de su pecho. Mal conocen vüesas mercedes á esta señora, pues á fé que si la conociesen, que la ayunarian ó la santiguarían. Veinte y dos años ha que vivo con ella mártir, sin haber sido jamás confesor de sus dolencias, de sus voces y de sus fantasías; y ya va para dos años, que cada día me va dando vaivenes y empujones hácia la sepultura, á cuyas voces me tiene medio sordo y á puro reñir sin juicio. Si me cura, como ella dice, cúrame á regaña dientes, habiendo de ser suave la mano y la condición del médico. En resolución, señores, yo soy el que muero en su poder y ella es la que vive en el mio, porque es señora, con mero mixto imperio, de la hacienda que tengo.»

Pregunta el juez prudentemente:

—«Decid, señor, ¿cuando entrasteis en poder

de vuestra muger, no entrasteis gallardo, sano y bien acondicionado?»

A lo que responde el viejo, como quién evoca penosamente dulcísimos recuerdos:

—«Ya he dicho que ha veinte y dos años que entré en su poder, como quien entra en el de un cómitre Calabres á remar en galeras de por fuerza y entré tan sano, que podría decir y hacer, como quien jueja á las pintas.»

—«¡Cedacico nuevo! ¡tres dias en estaca!»—interrumpe la descocada esposa; pero el Juez la reprende, exclamando:

—«¡Callad, callad, nora en tal, muger de bien, y andad con Dios, que yo no hallo causa para descasaros!»

Continúa la contienda, insiste uno y otra en que sea decretado el divorcio, intervienen el Escribano y el Procurador con sus frases sentenciosas, pero el Juez concluye:

—«Pues yo no puedo hacer este divorcio, *quia nullam invenio causam.*»

Una segunda escena nos ofrecen otros dos tipos no menos exactos y bien delineados, y otro diálogo no menos ameno y lleno de buena doctrina. Esta vez entra un soldado «bien aderezado,» seguido de su muger *Doña Guiomar*.

—«¡Bendito sea Dios!»—entra gritando esta:—que se me ha cumplido el deseo que tenía de verme ante la presencia de vuesa merced, á quién suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servido de descasarme de este.»

—«¿Qué cosa es este?»—replica el Juez:—¿No tiene otro nombre? Bien fuera que dijérades si quiera: de este hombre.»

—«Si él fuera hombre,—replica *Doña Guiomar*,—no procurarí yo descasarme.»

—Algo alarmado, pregunta el *Juez*:—»¿Pues qué es?»

—«Un leño;»—responde despreciativamente la irritada esposa; y tras esto entra la prueba, en la que se extiende para hacer ver cuanto la asiste la razón. En efecto; acusa á su marido de holgazán y cuenta como se pasa la vida en misa, en la calle, en el juego y como por la noche se acuesta á las doce, no sosiega y dice que hace sonetos, como si «el ser Poeta no fuese oficio» con «el cual no estuviese vinculada la necesidad del mundo.» Confiesa el camastrón del soldado que su muger dice la verdad; pero que él no tiene oficio ni sabe qué hacerse, que nadie quiere servirse de él, porque es casado y que por eso pretende descasarse. Añade *Doña Guiomar* que se muere por remediar á su marido, pero que no ha de hacer vileza para ello; y como quiera que aquel confiese la honradez de su esposa, pero agregue que no hay quien sufra sus celos é impertinencias, ella exclama:

—«¿Y porqué no me habeis vos de guardar á mí decoro y respeto, siendo tan buena como soy?»

Apóstrofes que aprovecha el autor, para poner en boca del *Soldado* esta tan bella doctrina y tan clara y gentilmente expresada:

—«Oid, señora *Doña Guiomar*; aquí delante de estos señores os quiero decir esto: ¿Por qué me haceis cargo de que sois buena, estando vos obligada á serlo, por ser de tan buenos padres nacida, por ser cristiana y por lo que debeis á vos misma? ¡Bueno es que quieran las mugeres que las

respeten sus maridos, porque son castas y honestas, como si solo en esto consistiese de todo en todo su perfección, y no echan de ver los desagaderos, por donde desagua la fineza de otras mil virtudes que les faltan! ¿Qué se me da á mí que seais casta con vos misma, puesto que se me da mucho si os descuidais de lo que sea vuestra criada y si andais siempre rostrituerta, enojada, celosa, pensativa, manirota, dormilona, perezosa, pependciera, gruñidora, con otras insolencias de este jaez, que bastan á consumir las vidas de doscientos maridos?.....

Cargos tremendos son estos y que envuelven el secreto de la felicidad doméstica y la lección más acertada para aquellas mugeres de moralidad común, que hacen un mérito tan extraordinario de su fidelidad, que quieren venderlo á precio de una descomunal tolerancia para con todos sus demás vicios. Cervántes las trata como se merecen y luego, para atenuar la dureza de la increpación, pone en boca del *Soldado* esta fingida corrección:

—«Pero con todo esto digo, señor Juez, que ninguna cosa de estas tiene mi señora Doña Guiomar y confieso que soy el leño, el inhabil, el dejado y el perezoso; y que por ley de buen gobierno, aunque no sea por otra cosa, está vuesa merced obligado á descasarnos, que desde aquí digo que no tengo ninguna cosa que alegar contra lo que mi muger ha dicho y que doy el pleito por concluso y holgaré de ser condenado.»

El *Juez*, sin embargo, no llega á fallar: las quejas de *Doña Guiomar* empiezan de nuevo y sabe Dios cuando terminarian, si no las interrumpliese

el *Cirujano*, que entra en escena con su muger doña *Aldonza de Minjaca*.

—«Por cuatro causas bien bastantes—entra diciendo el *Cirujano*—vengo á pedir á vuesa merced, señor Juez, haga divorcio entre mí y la señora Doña Aldonza de Minjaca, mi muger, que está presente.»

Juez.—Resoluto venís; decid las cuatro causas.

Cir.—La primera, porque no la puedo ver más que á todos los diablos; la segunda, por lo que ella se sabe: la tercera, por lo que yo me callo: la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando de esta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

—«¡Bastantísimamente ha probado su intención!»—exclama el *Procurador*.

Pero la señora *Doña Aldonza*, que no quiere quedarse corta y sí pecar de racional hasta la exhuberancia, dice que, nó cuatro, sinó cuatrocientas razones, tiene para dirigir al señor *Juez* idéntica pretensión y empieza á enumerarlas de esta manera.

«La primera, porque cada vez que lo veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer: la segunda, porque fui engañada, cuando con él me casé, porque él dijo que era Médico de pulso y remaneció Cirujano y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades: que va á decir, de esto á Médico, la mitad del justo precio: la tercera, porque tiene celos del sol que me toca: la cuarta, que como no lo puedo ver, querría estar apartada de él dos millones de leguas.»

Atájóla el señor *Juez*, no sin que antes observe el *Escribano* de este modo:

—«¿Quién diablos acertará á concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?»

Más á pesar de esto declara aquel que, si tal cosa bastase para descasar á las gentes, habría infinitísimos que sacudirían de sus hombros la carga del matrimonio y entra en escena un *Ganapán*, quejándose de su muger en estos términos:

—«Señor Juez, ganapán soy, no lo niego, pero cristiano viejo y hombre de bien á las derechas: y si no fuese que alguna vez me tomo del vino, ó él me toma á mí, que es lo más cierto, ya hubiera sido Prioste en la Cofradía de los Hermanos de la Carga: pero dejando esto aparte, porque hay mucho que decir en ello, quiero que sepa el señor Juez, que estando una vez muy enfermo de los vaguidos de Baco, prometí de casarme con una muger errada; volví en mí, sané y cumplí la promesa y caséme con una muger, que saqué de pecado: púsela á ser placera: ha salido con soberbia y de tan mala condición, que nadie llega á su tabla, con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan á la fruta; y á dos por tres les da con una pesa en la cabeza, ó á donde topa y las deshonor hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas sus vecinas ya parleras, y yo tengo de tener todo el día la espada más lista que un sacabuche para defendella, y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de pendenencias: querría, si vuesa merced fuese servido, ó que me apartase de ella, ó por lo menos le mudase la condición acelerada que tiene, en otra más reportada y más blanda, y prométole á vuesa merced de

descargalle de balde todo el carbón que comprare este verano, que puedo mucho con los hermanos mercaderes de la costilla. »

Esta graciosa relación muestra que ya en los tiempos de Cervántes el ser cristiano viejo, y á más hombre de bien, lo cual parecen ser dos cosas distintas, no se oponía á que se fuese un borracho. Sucedía también que algunos mozos iban al matrimonio fálto de juicio, y con alientos de Baco, y que solían las mugeres ser unas y tornarse luego otras despues del casorio, no obstante de deber hallarse agradecidas á que se cumpliese con ellas sano lo que se las había ofrecido beodo. Eso de que eran las mugeres deslenguadas y parlanchinas y no más cortas de manos que de lenguas, cosa es que hoy también se nota; más eso de pedir á un Juez que cambie la condición de una hembra, ocurrencia es, en efecto, de un *guanapán* que ignora como *la cabra tira al monte*, y como *lo que entra con el capillo no sale sinó con la mortaja*.

El *Juez* dejó de fallar este pleito, que por otra parte interrumpen los *Músicos* por lo regular encargados, en estas piececillas, de poner grato fin á la farsa. Ellos participan al tribunal que le esperan dos casados que celebran con fiesta y zambra su avenencia; y ya el público, informado de que puede haber recomposición entre consortes mal avenidos, recibe bien dispuesto la moraleja, que le dan cantada los músicos y que es como sigue:

Entre casados de honor,  
cuando hay pleito descubierto,  
más vale el peor concierto,  
que no el divorcio mejor.

Donde no ciega el engaño  
simple, en que algunos están,  
las riñas de por San Juan  
son paz para todo el año.

Resucita allí el honor,  
y el gusto que estaba muerto,  
donde vale el peor concierto,  
más que el divorcio mejor.

Aunque la rabia de celos  
es tan fuerte y rigorosa,  
si los pide una hermosa,  
no son celos, sino cielos.

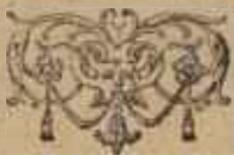
Tiene esta opinión Amor,  
que es el sabio más experto:  
que valè el peor concierto  
más que el divorcio mejor.

La máxima no puede ser más bella, más sensata ni más moral; la piececilla podrá estar falta de argumento, pero no carece de intención, antes bien, la tiene profunda y provechosa. Luego si á los actores se les enseñaba la sencillez, la decencia y la gracia y al público la verdad, la virtud y la belleza, nada más podía pedirse ni al producto del ingenio, ni á la rectitud y habilidad del autor.

Al leer los lindos entremeses de Cervántes, no hemos podido menos de preguntarnos cómo han podido ser desterrados de los teatros y cómo se explica que se les haya sustituido, á paciencia y complacencia del público culto é ilustrado, por esa multitud de sainetes soeces ó indecentes y de piececillas ó fines de fiesta lascivos y escandalo-

sos, en que no ya fuera imposible arrancar del fondo una moraleja, sinó que la trama está urdida con falsos hilos de toscas inverosimilitudes y bordadas con gruesas chapas del oropel de la obscenidad.

La aparición de estas ligeras cuanto preciosas muestras de agudeza y gracia sobre nuestra escena, acreditaría la cultura del gusto moderno, la ilustración del auditorio actual y la dignificación y respetabilidad de nuestro Teatro. La literatura pátria estaría de enhorabuena, las costumbres aprovecharían esta resurrección del arte cómico y los entremeses de Cervántes responderían desde el Teatro á la inmortalidad de su autor.

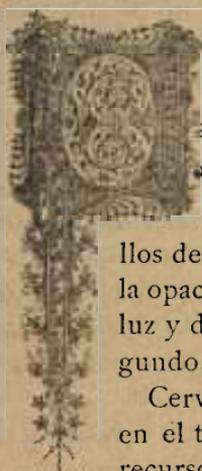






## OTRO ENTREMES DE CERVANTES.

---



UÁN poco necesita el ingenio para hacer un cuadro y cómo puede el infortunio repartir la dicha! Cuatro diestras pinceladas bastan para lo primero y otros cuatro destellos de un espíritu, que tapa como el sol la opacidad de su seno bajo un manto de luz y de esplendores, sobran para lo segundo.

Cervantes, triste y hambriento, busca en el teatro distracción para su pena y recurso contra su miseria. Encántanle las musas, redúcele la escena, cuya cortina fué para tantos mantel de mesa aderezada para el apetito y le alientan al par la situación abatida de lo que debiera ser templo del arte y la corrupción del gusto dramático, de que hacían sabroso pasto los críticos extranjeros, para saciar las ansias

de su envidia escitada con los tesoros de nuestra literatura nacional.

Habíale perseguido su mala estrella hasta entre los lienzos del teatro y se vengaba, como vengarse deben los pechos hidalgos, mostrando entre ellos algunos tipos y caracteres arrebatados del fondo de ese pueblo ingrato é inadvertido, que desdeñaba las perlas de su poesía y negaba el precio de los diamantes de su ingenio.

Y pues que los tablados de los corrales resistían el peso de tanta obscenidad y tanto desatino, no había que dudar en ofrecer sobre ellos las figuras más atrevidas y más oscuras, tanto más cuanto que de su habilidad y decoro propios corría el presentarlas con superior dignidad y para mejor propósito del que solían abrigar sus émulos, favorecidos y alentados por el mal gusto y las licencias de la época.

Estas reflexiones bastan para explicar cómo hallamos en la colección de *Comedias y Entremeses de Miguel de Cervántes*, que publicó Nasarre en 1749, el segundo de estos últimos y de los que contiene el tomo I, que se titula *Del Rufián viudo llamado Trampagos*, el cual va á ser objeto de un ligero estudio por nuestra parte.

Hacer de un hombre sin honor ni vergüenza el protagonista de una obra dramática, siquiera sea de un entremes, cosa es que no sabemos cómo pudiera pasársele en aquellos tiempos de tanta mogigatería exterior, como depravación oculta; que no suelen ser los más prudentes aquellos que son más censurables; presentar en escena y en el centro de su casa á un infame traficante de mu-

geres públicas, que no otra cosa es un *rufián*, y hacer venir á su alrededor á la *Pizpita*, la *Mostenca* y la *Repulida*, con sus *adlateres extra ecclesiam*, para armar jaleo y zambra y calmar con el placer las grotescas pesadumbres del *viudo*, osadía es que de seguro quedó impune, por no tener el buen Saavedra quien levantase un hipócrita grito en medio de aquella masa de espectadores de lo que hoy pudiéramos llamar *género bufo*.

Más es lo cierto, que aunque con tales elementos de esencia, Cervántes dió á la forma tal comedimiento y la entretuvo con tanta gracia durante los breves instantes que duraba su ostentación, que el ánimo distraído y solazado no podía protextar contra algo mejor de lo que de ordinario se le ofrecía más en sério ó menos agudo y chispeante.

Veamos cómo.

*Trampagos*, que hasta el mote indica que hombre de trampas había de ser el tal *rufián*, se lamenta de la muerte de su compañero, en estos elocuentes términos.

¡Ha Periconá, Periconá mía,  
y aún de todo el Concejo!.. En fin, llegóte  
el tuyo; yo quedé, tu te has partido,  
y es lo peor, que no imagino dónde,  
aunque según fué el curso de tu vida,  
bien se puede creer *piadosamente*,  
que estás en parte... aún no me determino  
de señalarte asiento en la otra vida:  
tendréla yo sin tí como de muerte:  
que no ¡me hallara yo á tu cabecera  
cuando diste el espíritu á los aires

para que le acogiera entre mis labios,  
 y en mi estómago limpio le envasara!  
 ¡Misericordia humana, quién de tí confía!  
 Ayer fué Periconá, hoy tierra fría,  
 como dijo un poeta celebérrimo.

Este gracioso monólogo no tiene desperdicio.

Una sola frase nos dice quien fué *Periconá*: *Periconá mía y aún de todo el Concejo*: por lo visto era moza de chapa: tanto de *Trampagos*, como de los Señores del Concejo, quienes compartían entre sí y con el *rufián* los favores de una tal dama.

*Yo quedé, tú te has partido*, frase de doble sentido, y á la que el espíritu malicioso de la época no dejaría de contestar con una carcajada; *partida* queda en lo más alegre de su vida, cuando muere, la que *partida* entre tantos quiso agotarla; *partida* quedóse en sus livianos cálculos, y en el caminar retozón y descuidado por entre los ilustres miembros del Concejo. Y no imagina su viudo á donde fué *partida*, porque parece, en efecto, cosa difícil de averiguar á donde llega un alma que alza su vuelo desde los numerosos brazos de ese grupo sensual y seductor, que forman los libertinos del mundo. Un beato habría exclamado, contestando sin vacilar, que allá está la buena de *Periconá* cociéndose sobre alguno de los hornillos de *Pero-Botero*; pero un *rufián* no suele ser beato, y Cervántes no titubea en dejar en sus labios esa duda anti-católica, aún tratándose de aquellos cristianísimos tiempos del rey más cristiano de España.

Por otra parte, tal fué el curso de la vida de

*Pericona* que, pensando *piadosamente*, palabra que nos hemos permitido subrayar, no es fácil señalar á su alma asiento en la otra vida. Realmente la piedad del *rufián* podrá parecer exagerada y pecaminosa á cuantos, con tanta piedad como él por lo ménos, no hubieran vacilado en zamparla en los infiernos; más baste para un tal hombre suponerla en algún punto de la inmensidad, para que no se le pueda acusar de ateo ni materialista, que son anatemas que fácilmente brotan de los *piadosos* labios de los críticos neo-católicos de todos tiempos.

Y no deja de tener sus ribetes de religioso, y aún de filósofo, el tal *Trampagos*, cuando supone que su infeliz compañera dió *el espíritu á los aires*; que ¿por quién mejor puede ir arrebatada un alma que vive á todos vientos, ni cómo era posible que aquí se supusiera que el ángel de la redención, ni el de la guarda, ni ningún otro espíritu de naturaleza celestial, bajase por otro contaminado con las mundanales rozaduras de aquellos Señores del Concejo, de quienes *fué Pericona*, á ciencia y paciencia de su complaciente marido?

Lamenta este no haberla acogido *entre sus labios*, adecuada sepultura por cierto y tiernísimo ataud *para envasarla en su limpio estómago*: frase amarguísima que da á entender como fué positiva la vida de *Periconas*, y como desfallece de hambre su desventurado amigo, desde que no es ella quien le procura algo que le cargue el vientre con los productos de sus encopetadas relaciones y sus inmarcesibles encantos. ¿Qué urna funeraria más adecuada que un estómago, para el espíritu

de aquel ser que le mantuvo lleno de por vida? Este último grito de la gratitud estomacal de *Trampagos*, es de lo más natural que darse puede. Así es que la exclamación que sigue: *Miseria humana; ¡quien de tí confía!* tanto puede creerse que la lanza por sí el *viudo*, como por su cara mitad.

Entra luego *Chiquiznaque*, que le apostrofa por su tristeza y desaliento, y le aconseja muy cuerda y cristianamente que *trueque las lágrimas corrientes*:

en limosnas, y en misas y oraciones  
por la gran Periconá, que Dios haya,  
que importan más que llantos y sollozos:  
cosa que asimismo se le habría ocurrido á cualquier espíritu consolador de nuestra época, sin que hubiera tenido nadie lo más mínimo que reprocharle, lo que prueba que hoy día no dejan de abundar los Chiquiznaques.

Pero no obstante que el que acude en socorro de *Trampagos*, *ha garlado como un Tólogo*, el desconsolado *viudo* insiste en hablar de *la muerte de su Angel*, que es cariñoso en extremo, y no duda en dar tan alto dictado á quien más pareció en vida diablillo con faldas y por ende travieso y tentador.

Dice, pues, el diálogo de esta manera: pregunta *Chiquiznaque*, rufián:

¿de qué edad acabó la mal lograda?

Y responde con cómica melancolía *Trampagos*:

Para con sus amigos y vecinos,  
treinta y dos años tuvo.

¡Edad lozana!

exclama, con no menos candor, el amigo rufián.

Y luego el apasionado *viudo*, como quien elogia méritos estupendos y enjuaga su paladar amoroso con gargarismos de sensual admiración, explica el enigma de la femenil coquetería de este modo:

Si va á decir verdad, ella tenía  
cincuenta y seis; pero de tal manera  
supo encubrir los años, que me admiro.  
¡Oh que teñir de canas! ¡Oh que rizos,  
vuelos de plata en oro los cabellos!

Prodigios de esa alquimia del tocador que tan adelantada se juzga hoy día, y cuyas artes son coetáneas de toda femenil añagaza. Hoy también hay viejas con cabellos de oro, y bocas averiadas que achica y empuja la destreza del profesor odontálgico. Háse extendido el artificio del tocador de la cortesana al de la llamada *muger del gran mundo*, no sabemos si por ser común á ambas la lucha contra la vejez, ó porque la coquetería más refinada no es recurso á que apela sólo la desventura de aquella, sinó también el vicio de esta última.

Y sigue *Trampagos*:

A seis del mes que viene hará quince años  
que fué mi tributaria, sin que en ellos  
me pusiese en pendencia, ni en peligro  
de verme palmeadas las espaldas.

Pretenden de esta experiencia los libertinos del siglo presente sacar unas consecuencias funestas para la moral: entienden que no dura tanto la paz en los consorcios celebrados *ante faciem ecclesiæ*, y asientan la satánica doctrina de que suelen ser más cuidadosas y tiernas las concubinas, puesto que así resguardan los lomos de sus adictos, que

las esposas hastiadas y vengativas, quienes exponen á sus maridos al riesgo de los desafíos y al ridículo de una cierta especie de lidia taurina, á que se siente escitada la sociedad que les mira de frente. Doctrina horrible, diabólica, y que hay que combatir con licencia de las hembras de nuestro tiempo, interesadas en la defensa de esas costillas masculinas, materia de sus delicados organismos.

Siendo tal y como era *Periconá*, no la faltaron sus ribetes de devota; que en todos tiempos anduvieron las almas por opuesto sendero que los cuerpos, y no es extraño que se levanten más al Cielo los espíritus correspondientes á las carnes que andan más tendidas por la tierra. Así lo declara *Trampagos*, añadiendo:

Quince Cuaresmas, si en la cuenta acierto,  
 pasaron por la pobre desde el día  
 que fué mi cara agradecida prenda,  
 en las cuales sin duda susurraron  
 á sus oídos treinta y más sermones,  
 y en todos ellos, por respeto mío,  
 estuvo firme, cual está á las olas  
 del mar movable, la inmóvil roca.

Gran rasgo poético que el entusiasmo amoroso arranca al *rufián viudo* por vía de oración fúnebre lanzada sobre la tumba de su dulce esposa. Hacíanle efecto los sermones: ¡rara blandura la del corazón de *Periconá*!; que no suele acontecer hoy lo mismo con tantas otras que, sin andar perdidas por el mundo, puesto que fácilmente se las halla en los templos á todas horas, sónlo para Dios, quien desde el cielo las suele ver, más alejadas

de su misericordia cuanto más apegadas á las sotas clericales.

En verdad que las doctrinas evangélicas no libertaron á *Pericona* de los vientos huracanados que la maltraían y llevaban por la vida; más sirviéronla para aleccionarse en las artes de la paz doméstica y, á juzgar por la oración fúnebre de su consorte, supo mantener el puchero sobre el hogar y el contento en el corazón de su compañero, lo que nunca fué cosa digna de desprecio ni indigna de elogio. Si algunas virtudes le faltaron, faltáronle con ausencia de su marido: y he aquí que por ello este no se reconoce quejoso, sinó antes bien justo y agradecido, cuando confiesa:

Cuantas veces me dijo la pobreta,  
saliendo de los trances rigurosos  
de gritos, y plegarias, y de ruegos,  
sudando y trasudando.—¡Plega al Cielo,  
Trampagos mío, que en descuento vaya  
de mis pecados lo que aquí yo paso  
por tí, dulce bien mío!

¡Bravo triunfo!

exclama enternecido, tanto como arrebatado de entusiasmo, *Chiquiznaque*:

Ejemplo raro de inmortal firmeza.

Allá lo habrá hallado.

Y así lo confirma *Trampagos* que, entendiendo cuanto debe premiarse en la otra vida todo género de sudores y trasudores, muy en particular los sufridos por ajenos pecados, y convencido de que no lo fué todo en la vida de su *Pericona* el deleite de verse obsequiado por los Señores del Concejo, añade:

¿Quién lo duda?

Ni aún una sola lágrima vertieron  
jamás sus ojos en las sacras Pláticas,  
cual si de esparto, ó pedernal su alma  
formada fuera.

Este prodigio de fortaleza y abnegación, que hace al *rufián* figurarse que puede ser de los platos y las sogas el alma de las mugeres que no lloran en los sermones cuaresmales, hace exclamar á *Chiquiznaque*, con admiración que sostendrían nuestras modernas beatas en toda su efervescencia.

¡Oh hembra benemérita  
de griegas y romanas alabanzas!

Algo pagana es la evocacion; pero no importa: no por eso es menos elocuente. Y luego pregunta, interesándose cada vez más por la suerte de *Pericona*:

¿De qué murió?

¿De qué? Casi de nada;

responde *Trampagos*, figurándose que nunca hay razón bastante, para que muera una muger de tan alto mérito:

los médicos digeron, que tenía  
malos los hipocondrios, y los hígados;  
y que con agua de taray pudiera  
vivir, si la bebiere setenta años.

¿No la bebió?

pregunta lastimosamente *Chiquiznaque*:

Murióse.

responde breve y compendiosamente el *viudo*; y aquí el actor enjugaríase una lagrima del tamaño de una castaña

Fué una necia:

replica el amigo, irritado por el mismo peso de la desdicha á que les condenó la obcecación de aquella extraordinaria muger:

bebiérala hasta el dia del juicio,  
que hasta entonces viviera: el yerro estuvo  
en no hacerla sudar.

¡Sudó once veces!

dice *Trampagos*, entre desesperado y mohino por aquella acusación de su amigo lanzada contra su solicitud y previsión.

Y ¿aprovechóla alguna?

Casi todas:

siempre quedaba como un ginjo verde;  
sana como un peruétano ó manzana.

La dozava vez al menos la infeliz no podría sudar, y héte aquí que el exceso interno de sus caldos, no pudiendo rebosar al exterior por sus cerrados poros, hubo de congestionar algún órgano de aquel activo mecanismo. No muy limpia de humores debía de hallarse la desgraciada *Periconá*, á pesar del frecuente uso de los sudoríficos, puesto que el curioso *rufián* añade:

Dícenme, que tenía ciertas fuentes  
en las piernas y brazos.

A lo que contesta con donosa ocurrencia el *viudo* sensible:

La sin dicha

era un Aranjuez; pero con todo  
hoy come en ella la que llaman tierra,  
de las más blancas, y hermosas carnes,  
que jamás encerraron sus entrañas.

Elogio algo osado é importuno es este, por las ideas que supone despaviladas en la escitada fan-

tasía de *Trampagos*; más pónese luego cortapisa y contrapeso, recordando:

y si no fuera porque habrá dos años  
que comenzó á dañársele el aliento,  
era abrazarla, como quien abraza  
un tiesto de albahaca, ó clavellinas.  
—Negujón debió ser, ó corrimiento  
el que dañó las perlas de su boca,  
quiero decir sus dientes y sus muelas.

Expone *Chiquiznaque*, para explicar ese primer síntoma de interior corrupción que expresa la fetidez del aliento, y que, cuando no proviene de podredumbre orgánica ó de suciedad de la boca, ya signo de grandes descuidos, indica putrefacción de la conciencia; que también es cosa probada que hay almas que apestan y alientos que tumban de espaldas como de cadáveres añejos, por gangrena de la intención y estiércoles del sentimiento. *Trampagos* confiesa ese primer derrumbamiento de un cuerpo que se desmorona, diciendo á nuestro modo de ver con un suspiro, y refiriéndose á los dientes ó perlas de su boca,

Una mañana amaneció sin ellos.

Y *Vademecum*, criado que ha entrado y salido varias veces mientras esto, para abastecer de sitiales, bien originales por cierto, aquella estancia, intercala oficiosamente esta observación:

Así es verdad, más fué de ello la causa  
que anocheció sin ellos; de los finos  
cinco acerté á contarle, de los falsos  
doce disimulaba en la covacha.

Enojado repréndele su señor, de esta manera:  
¿Quién te mete á tí en esto, mentecato?  
Acredito verdades.

replica *Vademecum* brevemente; vuélvele la espalda *Trampagos*, é interrumpen la escena tres mozas de rompe y rasga con un tercer rufián, que el más decente de esta asamblea es *Vademecum*, quizá por no haber podido en el oficio llegar más alto.

La escena esta, por ser la mas esencial y peregrina, hemos de reproducirla toda entera. Veráse el tacto como está tratada tan árdua materia y consumado el escándalo que promueven la *Repulida*, la *Pizpita* y la *Mostrenca*, lindos motes para solazar al culto público de aquellos religiosos tiempos.

*Repulida*.— Quiera el cielo  
mudar su escuridad en luz clarísima.

*Pizpita*.—Desollado le viesen ya mis lumbres,  
de aquel pellejo lóbrego y oscuro.

*Mostrenca*.—Jesús, y qué fantasma noturnina,  
Quítenmele delante.

*Vademecum*.— Melindricos.

*Trampagos*.—Fuera ya un Polifímo, un antro-  
pófago,  
un troglodita, un bárbaro Zoilo,  
un caimán, un caribe, un come-vivos,  
si de otra suerte me adornara en tiempo  
de tamaña desgracia.

*Juan Claros*.— Razón tiene.

*Trampagos*.—He perdido una suma potosisca,  
un muro de la yedra de mis faltas,  
un árbol de la sombra de mis ansias.

*Juan Claros*.—Era la Periconá un pozo de oro.

Conócese que esté *Juan Claros* era un positivista digno de nuestro siglo. El *viudo* confirma la idea.

*Trampagos.*—Sentarse á prima noche, y á las horas que se echa el golpe hallarte con sesenta numos en cuartos, ¿por ventura es barro? Pues todo esto perdí en la que ya pudre.

Rumbo tal dado al sentimiento, había de aumentarle por fuerza; que si *los duelos con pan son menos*, grandes y hondos deben ser cuando se lleva el muerto la llave de la despensa.

Con una cierta gravedad y tristeza observa la *Repulida*:

Confieso mi pecado: siempre tuve  
 envidia á su no vista diligencia;  
 no puedo más, yo hago lo que puedo,  
 pero no lo que quiero.

Otros hacen lo que saben, porque no pueden otra cosa aunque la quieran. Esta queja contra la suerte, que arranca á la buena moza el recuerdo de las ganancias de *Periconá* (q. e. p. d.), escita la caridad de la *Pizpita*, que haciendo alarde de una filosofía muy peregrina y propia de ciertas gentes, le dice para calmarla:

No te penes,  
 pues vale más aquel que Dios ayuda,  
 que el que mucho madruga: ya me entiendes.

Escandalizado un tanto *Vademecum* con la impertinente aplicación del adagio, y entendiendo sin duda que para ciertas cosas nadie puede ayudar como no sea el diablo, atraviesa en el diálogo esta irónica frase reforzada con una maldición:

El refrán vino aquí como de molde:  
 tal os dé Dios el sueño, mentecatas.

Algo más científica, y por tanto más exacta, inserta su doctrina la *Mostrenca*, en estos términos:

Nacidos somos: no hizo Dios á nadie,  
 á quien desamparase: poco valgo:  
 pero en fin, como, ceno, y á mi Cuyo  
 le traigo más vestido que un palmito.  
 Ninguna es fea, como tenga brios:  
 feo es el diablo.

Mostrencos hay en el mundo que no razonan con tal lucidez y cordura; y así se lo hubo de parecer á *Vademecum*, en quien Cervántes encarna el espíritu de la crítica con harta mayor dosis de racionalidad que la que lucen algunos zóilos modernos, cuando exclama:

Alega la Mostrenca  
 muy bien de su derecho, y alegara  
 mejor, si se añadiera el ser muchacha,  
 y limpia, pues lo es por todo extremo,  
 en el que está Trampagos me dá lástima,  
 interrumpe el rufián *Chiquiznaque*, á cuya alusión contesta el *viudo*:

vestíme este capuz, mis dos lanternas  
 convertí en alquitaras.

¿De aguardiente?

pregunta osadamente el criado; á lo que, como es natural, responde indignado el lloroso *Trampagos*:

Pues tanto cielo yo, hé de malicias?

Pero *Vademecum* no se achica por eso, y limitándose á contestar á esta pregunta con cierta candidez que parece desvergüenza, dice:

A cuatro lavanderas de la puente,  
 puede dar quince, y falta en la colambre;  
 miren ¿qué ha de llorar, sinó aguardiente?

*Juan Claros* ataja los efectos del equívoco, desviando la controversia hácia mejor punto, con este dictámen:

Yo soy de parecer, que el gran Trampagos ponga silencio á su continuo llanto, y vuelva al *sicut erat in principio*; digo á sus olvidadas alegrías, y tome prendas, que las tuyas quite, que es bien que el vivo vaya á la hogaza, como el muerto se va á la sepultura.

Tan lisonjero parecer, precedido del obsequio de ese *gran* antepuesto al nombre del inconsolable *viudo*, que es recorte maravilloso para seducir entendimientos huecos y coger la presa de entre los mismos dientes, muestra los talentos del señor *Juan Claros*, de quien tantos herederos, ó imitadores hay en nuestra ilustrada cuanto inocente sociedad, y sirve al mismo tiempo para alentar á las *damas* presentes, á entablar una especie de puja ó subasta de amor con ribetes de caridad, la cual inicia la *Pizpita* de este modo:

Pequeña soy, Trampagos, pero grande tengo la voluntad para servirte; no tengo Cuyo, y tengo ochenta cobas.

¡Qué bien dijo aquel que dijo: «Tentación tienes cara de muger!»

La *Repulida* sigue á la alza:

Yo ciento, y soy dispuesta, y nada lerda.

La *Mostrenca*, más modesta, añade ingenuamente:

Veinte y dos tengo yo, y aún veinte y cuatro, y no soy manca.

Dicho esto, ármase la zambra, que entre mugeres había de andar la cosa; la *Repulida* replica ya indigesta y agresiva:

Oh mi Jesús, ¿qué es esto?

¿Contra mi la Pizpita y la Mostrenca?  
 ¿En tela quieres competir conmigo?  
 culebrilla de alambre; ¿y tú, pazquata?

Roto el dique de las conveniencias sociales, y perdido de vista el pobre *viudo* con su negro capuz tras las rojas nubes del corage, la *Pizpita* sube el diapasón de su desprecio, y contesta irritada:

Por vida de los huesos de mi abuela  
 Doña Mari-bobales monda nipolas,  
 que no la estimo en un feluz morisco.  
 Han visto el ángel tonto almidonado,  
 ¿cómo quiere empinarsse sobre todas?

Sobre mí no, á lo menos, que no sufro  
 carga que no me ajuste, y me convenga.  
 añade con mucha razón la *Mostrenca*, que se ofrecía á cargar con *Trampagos*, como fardo más ajustado á su gusto y circunstancias.

Median los caballeros en esta forma. *Juan Claros* dice:

Adviertan que defiendiendo á la Pizpita.

*Chiquiznaque*, por otro lado, responde:

Consideren, que está la Repulida  
 debajo de las alas de mi amparo.

Y *Vademecum*, ya acostumbrado sin duda á escenas tales, dice para sí:

Aquí fué Troya: aquí se hacen rajas:  
 los de las cachas amarillas salen:  
 aquí otra vez fué Troya.

Chiquiznaque,  
 grita la *Repulida*, preparándose para la agresión:  
 No he menester que nadie me defienda:  
 aparta, tomaré yo la venganza,  
 rasgando con mis manos pecadoras

la cara de menbrillo cuartanario.

Repréndela el *rufián* con cierto énfasis.

Repulida, respeto al gran Juan Claros.

Pero *Pizpita*, provocativa como todas las de su casta, exclama:

Déjala venga: déjala que llegue  
esa cara de masa mal sobada.

Y llegado hubieran á las manos, que es lo que en tal caso sigue á insultos tamaños, si alguién no entrase atropelladamente, anunciando que viene la Justicia, que alguna vez había de llegar á tiempo. Más antes acométele á *Juan Claros* el miedo de que le atrape el Alguacil, porque parece que está desterrado; y el buen *Trampagos*, que es hombre precavido y que lo entiende, apresúrase á calmar el general disgusto, advirtiéndole que el señor Alguacil es un ser del todo inofensivo, porque *está untado*. Lo mismo que por acá: hay tradiciones eternas.

Entonces, y sin más razones, el infeliz *viudo* declara que se aburre, y escoge; y aunque la *Repulida* observa que si se aburre, *la escogida también será aburrida*, protextando de que escogerá sin aburrirse, elige á la susodicha, de quien dice *Juan Claros*:

Con su pan se la coma, Chiquiznaque.

A lo que el *rufián* responde, tal vez guiñando maliciosamente un ojo:

Y aún sin pan, que es sabrosa en cualquier modo.

No deja la *Mostrenca* de satisfacer un poco su encono por la herida abierta en su amor propio diciendo:

No es muy católico Trampagos,  
pues ayer enterró á la Periconá  
y hoy la tiene olvidada.

Más el *viudo* hace como que no lo oye, tira su capuz, manda por seis azumbres de vino que sustituyan las tristezas de su duelo por las alegrías de las segundas nupcias, y exclama:

Por Dios que si durara la bayeta,  
que me pudieran enterrar mañana.

Este arranque merece un piropo agasajador de parte de la *Repulida*, que le dice:

Ay lumbre de estas lumbres, que son tuyas,  
y cuan mejor estás en este traje,  
que en el otro sombrío y malencónico.

Con lo cual, y con la oportuna llegada de dos músicos, se traen guitarras y se principia la zambra, no sin que antes ocurra este gracioso incidente, que haría desternillar de risa al buen público madrileño de por entonces:

*Vademecum*.—Ya está en la antesala el jarro.

*Trampagos*.— Tráele.

*Vademecum*.—No tengo taza.

*Trampagos*.— Ni Dios te la depare:

el cuerno de orinar no está estrenado,  
tráele, que te maldiga el cielo santo,  
que eres bastante á deshonar un duque.

*Vademecum*. Sosiéguese, que nó ha de faltar copa,  
y aún copas, aunque sean de sombreros,  
á buen seguro, que esto es churrullero.

El pensamiento, ó la necesidad de traer un bailarín á la escena que termine como era costumbre el entremes, inspira á Cervántes la ocurrencia de presentar un personage, que sin dejarde ser

figura digna de aquel cuadro, se ofrezca en él de un modo raro y hasta cierto punto fantástico.

*Escarramán*, presidiario que ha roto su cautiverio, preséntase como un espectro, llevando al hombro la cadena que debiera sugetarle los pies, y se clava en medio de la escena mirando á todos con atención. Pasa el espanto, reconócese, cuenta su historia, manifiesta que trae su cadena por voto que hizo de colgarla en una recoleta ermita, que siempre fueron los altares bazar de prendas semejantes como sacrílegas osadías de hipócritas bribones, pregunta luego por sus amigas é indaga lo que de él dijo la voz pública; y satisfecho respecto de todo ello, exclama:

Tenga yo fama, y hágame pedazos:  
de Efeso el templo abrasaré por ella.

Rompe la música, entusiásmase *Escarramán* y, tirando la cadena, pónese en baile, ejecutando seguidamente la *Gallarda*, el *Canario*, el *Villano* y otras danzas, á cuyas músicas interrumpe el romance hasta el final, en que *Trampagos* da por suficientemente celebradas sus segundas bodas.

Hasta aquí el *Entremes* de Cervántes, en que hay que admirar la delicadeza con que trata asunto tan espinoso y con gente de tan baja estofa, y la habilidad con que, rindiendo tributo á los gustos particulares y buscando los medios de hacer de su pluma recurso contra su pobreza, acierta á dar interesante lección de decencia y gracia á público y autores, y muestra que no hay peligro en elevar hasta el nivel de un escenario decoroso los tipos más humildes y las figuras más escondidas en el ceno social, cuando se las presenta honestamente

ataviadas y provistas de un pasaporte cubierto de gracias y de felices ocurrencias; que siempre fué la risa pródiga dispensadora de indulgencias.

Por otra parte, la proximidad del talento y la cultura enaltece y dignifica lo más abyecto; que así como lo grosero y lo perverso jamas podrán ocultarse con las galas y el aspecto de lo puro y honrado, ni servirán sino como sombras para hacer que más se destaquen los méritos y excelencias de aquellos con quienes osadamente se entrometen, así también el natural ingenio y la congénita grandeza solo pueden ejercer un benéfico influjo sobre cuanto tocan y tratan.

Cervántes es tan amable, tan bueno, tan interesante, que ya su carácter, hoy bien definido y apreciado, facilita el goce de sus escritos, dispone para la indulgencia de sus pequeñas faltas y escita al elogio de sus bellezas artísticas y personales. Algo de su ser, que siempre sale al paso cuando se le mira; algún destello de su alma, que traspassa uno de sus poros y viene á herir la pupila del que le lee ó la fantasía del que se lo figura.

Allá entre los bastidores, modesto y temeroso, nos lo figuramos nosotros las noches en que se representaba uno de sus ingeniosos sainetes, ó tal vez haciendo contraste con las carcajadas del pueblo español, encerrado en su guardilla, con dos lágrimas ardientes surcándole el rostro.

Esto no obstante, Miguel de Cervántes Saavedra nos ha dejado en la más pequeña de sus obras un rayo de esa inmensa gloria, con que ufanos nos adornamos para presentarnos ante el mundo literario.





## A SOLAS.



stoy solo; solo en la tierra!

Las paredes de mi aposento amortigüan los ruidos del mundo que se agita en torpe bacanal, ó se revuelve entre los escombros producidos por el espíritu infernal de la *politica*. Un oído atento tal vez percibiría al norte, el fragor de un combate fratricida; y al sur, el escandaloso estrépito de la lúbrica orgía; y al poniente, el estruendo del templo que se derrumba, menos al golpe de las balas, que por las roeduras de las llamas del traidor petróleo; y al oriente, en fin, el zumbiar de impetuosos vientos, en cuyas alas camina la mortífera epidemia, obra y azote de los hombres.

Pero estoy solo!

Mis oídos no se aplican al exterior; yo vivo en

mí; busco la sociedad de mí mismo; huyo de toda otra compañía, de toda voz que no emane de mi interior, que no se levante en mi conciencia.

Más como la soledad absoluta asusta; como el hombre, aunque inocente, la teme; como tampoco la soledad completa es posible, como no son posibles en la naturaleza ni el silencio, ni el vacío, ni la nada, ni la muerte, ni ninguna de las formas de la negación, en un sentido absoluto y perfecto; como siempre hay espíritus, fantasmas, seres imaginarios que brotan del corazón, de la fantasía, de la conciencia, para revolotear al rededor de nuestras cabezas, para azotar nuestras frentes con sus alas, besar nuestras bocas ó morder nuestros labios y sonreirnos melancólicamente ó amenazarnos con terrible saña, muy pronto mi aislamiento se acabó, mis pensamientos aparecieron bajo sensibles apariencias y, guiado por ellos, entró mi espíritu por el camino de la reflexión en los senos de mi ser, en donde siempre se halla á Dios.

Los últimos contornos del mundo externo se borraron ante mis ojos; sus postreros ruidos se extinguieron; sus últimas luces se apagaron; perdí el sentimiento material del peso y las resistencias corporales y empecé á soñar.

Mi éxtasis fué perfecto y largo; la melancolía le hizo además amargo y hondo.

De repente, un golpe terrible que sacudió el pavimento bajo mis pies y pareció hundir el techo sobre mi cabeza, me arrancó de mi ensimismamiento; era un cañonazo, y la bala había caído en mi azotea.

Los hombres se estaban despedazando. ¡Qué bárbaro es el hombre!.....

Abrí una pequeña puerta que daba al campo, y salí huyendo del lugar que habitan los hombres.

Allí cerca había un espeso bosque que Dios sembró sobre montañas, poblado por fieras, y me fuí á buscar la sociedad de las bestias.

---

Era la hora en que el sol despide sus últimos rayos, y en que el horizonte, galoneado de rojas y brillantes cintas, lanza sobre la tierra las vivas luces del astro del día.

Un cinturón de enormes montañas, blancas las del norte, verdes las del mediodía, cercan el estrecho valle en que se halla mi casa, y en que combaten en sangrienta lucha mis hermanos.

Corrí y me hundí en el bosque:

La soledad era tan completa como la de mi conciencia; pero más profunda, más magnífica. Salía como de una capilla, y me hallaba en un vasto templo. Acababa de abandonar un altar, y me hallaba ante otro; aquel era estrecho y oscuro, si se compara con este, ancho é iluminado. La conciencia y la naturaleza, son ambas obra de Dios; pero aquella parece más artística, mientras que esta es más suntuosa; la primera es más delicada, pero más pequeña; esta es más tosca, pero más grande; la primera es bella, pero humana; la segunda es sublime, como divina. La voz de la conciencia murmura blandamente; la de la naturaleza, clama con vigor y fuerza; en aquella todo es suave, dulce, admirable, encantador, y en esta todo es conmovedor, pasmoso, imponente é irresistible.

tible. La conciencia cabe en el hombre; la naturaleza solo cabe en Dios. El hombre modifica, gobierna, domina su conciencia; y solamente Dios manda, legisla, impera sobre la naturaleza. La creación lleva al hombre en su seno; y el hombre lleva en su fondo la conciencia. Dios en la conciencia, es Dios en el hombre; Dios en la creación, es Dios sobre el hombre. Por eso el hombre que entra en su conciencia, entra en el santuario de la divinidad; y el hombre que contempla á la naturaleza, se halla bajo las bóvedas del templo de Dios.

El hombre no puede huir de su Creador; pero sí puede huir de sus semejantes: cuando reflexiona, huye de estos, y se acerca á Aquel: cuando huye al campo, también se separa de aquellos y se aproxima á Este.

El hombre no puede estar solo; por eso se llama y se siente sociable; por eso, cuando se aleja de los hombres, se halla frente á frente con Dios que le llena el pensamiento y el corazón; y por eso también todo cuanto se aparta de sus semejantes, le encamina hácia la Divinidad, cuya idea y cuyo sentimiento le invaden el alma.

La ancianidad relaja los vínculos sociales y aprieta los religiosos. Los templos están llenos de ancianos.

La enfermedad parece próxima á romper los lazos que nos ligan á la tierra, al paso que forman los que nos unen al cielo. Los enfermos rezan.

La culpa afloja las relaciones del delincuente con la sociedad; más bien pronto vienen los remordimientos á tejer las consoladoras ataduras

que sujetan al arrepentido á los pies de un Dios de misericordia. Los criminales lloran.

La guerra rompe las dulces cadenas de la fraternidad y del socialismo; pero al mismo tiempo se consolidan ó se renuevan los ligamentos que retienen al hombre bajo la dependencia de un Dios de paz y de justicia. Los fratricidas tiemblan y oran.

Y la pobreza, y la ignorancia y la debilidad, y cuanto amortigua en mayor ó menor grado el espíritu de sociabilidad, de igualdad y de caridad, que debería enlazar á los individuos en el seno de esa gran familia, que se llama *humanidad*, refiere y aproxima al hombre á su Creador, siempre dispuesto á formar familia y sociedad con su creatura.

Hallábame, pues, cerca de Dios y en medio de ese magnífico oratorio que se llama *naturaleza*.

Y como cuando el hombre se encuentra con Dios, no pudiendo penetrar en El, piensa en sí mismo, díme á meditar sobre mí, continuando de ese modo el diálogo con mi conciencia.

La vida del hombre solo tiene dos páginas; el pasado, claro, concreto, determinado y lleno de realidad; y el porvenir, vago, indefinido, envuelto en brumas, lleno de idealidad y de esperanzas. Para pensar en el porvenir, hay que volver la vista al pasado: el *ayer* contiene los antecedentes del *mañana*; solo tenemos el futuro en nuestra mano, cuando el pretérito se conjuga sin cesar y de corrido en la memoria. Para saber en qué actitud debo mirar al porvenir, necesito ver cómo me deja la contemplación del pasado. Lleno

de pena y de remordimientos, el futuro me causa terror; lleno de satisfacción y de orgullo, me causa confianza y alegría.

Pasé, pues, revista á mi pasado.

Mi vida ha sido sencilla, tranquila y apacible, esenta de borrascas, despojada de torbellinos: mi pasado ha sido melancólico y triste; se ha desenvuelto bajo la ley del trabajo, sobre la pauta del deber, y no se presenta, ni embellecido con grandes triunfos, ni manchado con graves culpas. Si ha habido luchas, fueron internas; jamás reboaron por mis ojos: si ha habido lágrimas, fueron internas; jamás se quebró en ellas un rayo de sol: si ha habido suspiros, fueron ahogados; jamás traspasaron las paredes de mi aposento. Mi vida ha sido como muchas, pálida y silenciosa, pero suave y serena, como la fresca linfa, sin color ni aromas, del arroyo que se deslizaba á mis plantas en aquel momento.

¡Cuántas veces — pensaba yo — he venido á estos lugares acompañado de otros jóvenes y animado con ellos del juvenil proyecto de pasar lo que se llama *un día de campo!*—¡Cuántas veces he corrido por estos prados sin reparar en su primavera belleza, y he jugado bajo estos árboles sin observar su ancianidad, y he lanzado al aire alegres carcajadas, sin pararme á contemplar la magnificencia de estas montañas que me las devolvían con sus ecos!—¡Cuántas veces he disfrutado apenas de la fresca sombra y del perfumado ambiente, distraído con ligeros juegos, ó ridículos propósitos, ó miserables antojos!....

Todo aquello me parece ahora una triste pro-

fanación. Juzgo que la naturaleza no debió servir nunca de teatro á livianos entretenimientos, ni de escena á necios pasatiempos, sinó de estudio para profundas meditaciones y camino para santos intentos.

Entonces el campo me acercaba á los hombres y me alejaba de Dios; hoy me consuela de la soledad, y aún la destruye con la compañía de los espíritus que vagan á mi alrededor y que me inspiran y me conmueven.

Me parece que la antigüedad, con su esceso de credulidad, se aproximó más á la verdad, que el siglo presente con su escepticismo exagerado. El Oriente, Grecia y Roma, poblaron los campos de dioses, los aires de formas y de espíritus, las aguas y las entrañas de la tierra de seres invisibles: hoy la moderna ciencia y la ingeniosa industria, rompen y alteran montes y prados para colocar túneles y ferro-carriles; atruenan los aires con el mortífero bronce, ocultan los mares bajo los férreos cimientos de ciudadelas flotantes: y abren los senos de la tierra, para arrebatarse el metal con que se construye la ametralladora, y el acero que corta las vidas, y el plomo que se clava en el pecho del hombre. El aire huele á carbón de piedra, ó á pólvora; la tierra suda sangre y miasmas.

Dice el hombre que ha triunfado de la naturaleza, y dan lástima ó terror las transformaciones que ha operado en la tierra. ¡Parece el hombre hecho para la destrucción, según mata y aniquila, más que reforma y produce!... La vida es exuberante, donde el hombre no puso la planta, ó la puso empujado por la fé: su paso se marca por

ruinas y cenizas, allí donde fué guiado por el espíritu de la negación, que le agita bajo las formas del odio, que es la impiedad contra el hombre, ó de la impiedad, que es el odio contra Dios!

---

El cañón ha enmudecido; el sol se ha ocultado, la noche está serena, pero oscura: en el espacio vagan entre nubes de pólvora, tendidas como blancos sudarios, las almas de los que han muerto en la batalla: solo se escucha el quejido del viento, que parece la voz de la naturaleza estremecida!...

Lancé un suspiro y entré en mi casa.





## SEMANA SANTA.

---



s posible que haya quedado todavía en el mundo cristiano un tiempo, por breve que sea, que lleve el nombre de santo? ¿Se explica que, habiendo desalojado la santidad de la conciencia y habiéndola borrado de la vida, aún se conserve en los calendarios? ¿Es esto un efecto del remordimiento ó una obra providencial? ¿Acaso tembló la mano del hombre, cuando quiso pasar la esponja de sus infidelidades sobre la pasión del Cristo, ó es que el Cielo impuso al espíritu pecador é ingrato el recuerdo tenaz, inflexible y acusador de la pasión de Jesus?

Tal vez ambas cosas, la humana y la divina concurren en este punto para realizar un prodigio

histórico; que prodigio es no haber estirpado enseñanzas que molestan, doctrinas que se ofenden, preceptos que se olvidan y dolores de que hacemos de continuo befa y en estos momentos hipócrita culto y falso alarde.

No era fácil olvidar guerreras empresas ó asombrosas manifestaciones de fausto y poderío; pero sí era cómodo dejar que se desvaneciesen aromas de una ciencia tremenda y armonías de una virtud severa, anti-social y sobre-humana. Cuando aún viven las reminiscencias de aquella pasión misteriosa de Jesucristo; cuando se nos obliga á repasar sobre ella la mirada del alma aún entre vapores de una corrupción profunda y aún entre gritos de las pasiones desaforadas, es que algo superior á la voluntad nos obliga á rendir ostentoso y aparente obsequio y farisáico y sacrílego rendimiento al suceso más grande, que registran los siglos y á la epopeya más sublime que se realizó en la tierra.

Crear un mundo tal vez no vale tanto como sembrar una idea; que el Creador guardó para Sí los moldes de lo creado, en tanto que el Redentor dió su pensamiento que fué su alma y lo dió empapado en Lágrimas y manchado con sangre inocente, que es el licor más rico y precioso, que puede correr por los pliegues de nuestro suelo y por entre las fibras de nuestro corazón. Crear el mundo fué hacer el pedestal y dar el pensamiento fué hacer la estatua; aquel produjo una naturaleza encantadora y este se propuso hacer una humanidad santa; aquel consiguió plenamente su objeto; este ¡ay! solo obtuvo el recuerdo de unos

dias y las ofensas de todo un año. Y es que el Creador contaba con la inmensidad, para desarrollar su omnipotencia y el Redentor solo contaba con el alma, para fundar el imperio de su amor y su justicia; y era preciso ó que el alma humana fuera inmensa para contener todas las maravillas de la obra evangélica, ó que esta hubiera valido menos que la naturaleza y no podía ser que el espíritu cediese en precio á la materia, ni las leyes morales en magnificencia á las leyes físicas.

Alzad la vista al espacio sideral y vereis inmovible el órden, como es inmutable el pensamiento de Dios; bajadla hasta la propia conciencia y vereis vulnerada la enseña de Jesús, como es voluble y pecadora la libertad humana.

Los templos claman con voces de otros siglos y dogmas de otras ciencias; las gentes que en ellos se apiñan nada llevan de aquellos tiempos ni de aquellas doctrinas dentro de las conciencias. Ya las veis; van aparejadas y afeitadas como para una fiesta profana; empújalas la rutina, la moda ó el temor al que dirán: dánse allí cita para intentos mundanos y apesar suyo en la apostura, en la conducta, en el detalle y en toda la forma, se estampa claramente la protesta del fingimiento, ó el yugo de la conveniencia y la ley tiránica de la sociedad. No es culto al Cielo, que es culto á la sociedad rendido en el templo, no es religión de Cristo, es imposición mundana mediante las prácticas del cristianismo.

Con tanta sociedad por fuera, no hay lugar á que haya mucho evangelio por dentro; y esas sedas y esas blondas, y ese blanquete en las mejis-

llas y esas joyas alternando con rosarios y banquillos bastarían para demostrar que hay en el corazón poca humildad, poca modestia, poca religiosidad, si ya no digesen algo más que esto la sonrisa con que damos las gracias al jóven que nos ofrece el agua bendita, la mirada furtiva que lanzamos al amante que nos examina desde un grupo en que se entretiene con sus amigos, el sueño apacible que echamos aplastados contra las baldosas ó arrellanados en un banco en un rincón oscuro, ó la amena conversación con que quitamos pellejo y honra al cura que predica, á la muger que tenemos á nuestras plantas, al beato que cabecea agarrado á un cirio, rumiando en beatífica soñolencia un *pater-noster* y á cuantos descubre nuestra vista de lechuza, entre los anchos pliegues de esa devota oscuridad, manto de culpas y aliciente de malicias.

Y entre tanto, sobre nuestras cabezas pasa como un soplo del cielo la doctrina del Crucificado: auras del Gólgota tibias con el calor de una llama de amor divino y embalsamadas con aromas de una verdad redentora y eterna, olean nuestro rostro pretendiendo entrar por nuestra boca, cuando la entreabre una sensual sonrisa ó una asquerosa mentira, y por nuestros oídos cuando no los tapa una frase maliciosa, ó los aturde el zumbido de una impiedad.

Símbolos y figuras pasan ante nosotros sin llamar nuestra atención y reclamar un momento de contemplación reflexiva, ni de intencionalidad religiosa. Otra procesión de antojos y cálculos, de pasiones y proyectos ocupa al alma, y la mantiene

absorbida durante esas horas de inmovilidad corporal: y no es raro seguramente que al salir sigamos el hilo de las deducciones emprendidas al entrar, sin que hayan bastado quizás á suspender el devaneo de la mundanal madeja, los acordes del órgano, los ecos de la campanilla ó las voces del sacerdote oficiante á que maquinalmente han obedecido los órganos, arrodillándose y recitándose, persignándose ó dándose ruidosos golpes de pecho.

Siete dias de vida religiosa han querido ser un paréntesis á todo un año de vida pecadora; más ¡ay! que suelen ser más bien paréntesis á la respetabilidad que quede en el alma para la religión; porque la necesidad social de estar en los templos trae á ellos las culpas y errores que de ordinario se cometen en los hogares y en los paseos, en los salones y sitios profanos.

No es la Semana santa tiempo en que no se peca, sinó dias en que se agrava el pecado: sirve el magnífico poema para aumentar el rigor de la tremenda acusación; quizá una vez pasado, sirva para escitar una formidable comparación entre lo que se nos ha pedido y lo que hemos dado: quizá algún espíritu penetre en la penosa vía de esas reflexiones que la iglesia se propone escitar y halle en la propia y escondida conducta la medida de la torpe ingratitud humana que hace de la pasión de Cristo motivo de escándalo, y la razón de nuestra decadencia moral que ha reducido á mero formulismo de los templos lo que debiera ser regla de conducta viva en casa y en la calle, en la conciencia y en el mundo.

Más no importa: bien está ese recuerdo augusto del hecho histórico de la muerte de Jesus y del dogma místico de la crucifixión del Hijo de Dios: bien está esa entrada en Jerusalén con palmas y olivas y esa subida al Calvario con disciplinas y cruz: bien están esa cena misteriosa y esa tremenda catástrofe del Gólgota; bien esos consejos y enseñanzas dulcísimos y esas acusaciones y esos gritos de escribas y fariseos: bien aquellos gemidos de un Dios y aquella ferocidad de los hombres y bien este Evangelio despertando en nuestros templos y ese pueblo durmiéndose con la borrachera de sus pecados sobre el pavimento menos frio y helado que sus corazones.

Como matasteis á Jesus, así habeis matado luego á cuanto á él se parecía: y el que esté inocente de tal culpa que lance contra mí la primera piedra. Ni consentisteis aquella ciencia, ni habeis tolerado luego mérito alguno: lo que hicisteis con el Cristo, habeis hecho con todo talento, con todo héroe, con todo genio, con todo varón justo, sábio, valeroso é inspirado: lo que hicisteis con la idea evangélica, habeis hecho luego con la idea artística, con el pensamiento científico, con el dogma político, con la resolución generosa. Hubierais querido crucificar la idea y crucificasteis á Dios: eso quiere decir que fuisteis unos imbéciles; porque sin matar la redención os manchasteis con la sangre del Redentor, y si hubieseis matado la redención os habriais suicidado porque aquella idea fué la vida de la humanidad y sigue siendo, á pesar de nuestra podredumbre, la vida de nuestras sociedades modernas.

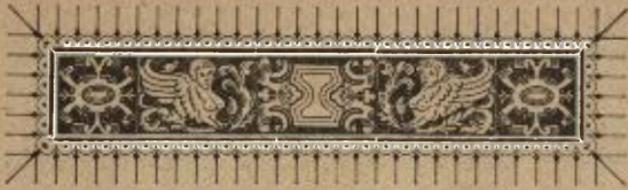
La humanidad se ha anegado en sangre de mártires, solo en odio á la verdad, á la libertad, á la razón y al honor; y honor, razón, libertad y ciencia flotan sobre esa horrenda inundación. Se abrieron las venas de los redentores y nos manchó la sangre el rostro; pero siempre la idea reformadora aparecerá en los horizontes de la historia sobre los altares erigidos por nuestros hijos.

Y el mundo no aprende jamas: sale del templo de celebrar el triunfo de una religión que quisieron matar los judios, y asesta un golpe contra la ciencia que quieren matar los cristianos: oye cuanto es horrendo odiar al enemigo y apenas vuelve los ojos muere con la calumnia al amigo. Más la verdad y la honradez vivirán radiantes sobre las ruinas del falso discípulo de Cristo y del vil adulator de nuestras sociedades. El Gólgota siempre habrá sido cátedra de un Dios y la conciencia del hombre de bien siempre habrá sido tabernáculo santo de la virtud.

No hay que esperar que la Semana Santa nos santifique; antes bien es preciso que entremos en ella con la moralidad en el alma y la justificación en la conducta. Entonces, solo entonces, valdrá para nosotros más, porque la entenderemos mejor.







## LA DANZA MACABRA.

---



EFIEREN algunos la palabra *macabra* á la hebrea *makbara*, que significa *cámara funeraria*; pero atendiendo á las semejanzas que presenta la *Danza Macabra* con el *Chorea Macchabæorum*, es más probable que acierten los que atribuyen al nombre este otro origen.

En efecto; la *Danza de los Macabeos* era una ceremonia triste, instituida por la piedad sacerdotal, y en la que, bajo la dirección de la Muerte, y como para indicar que todos hemos de sufrirla, iban apareciendo sucesivamente todos los grandes dignatarios de la Iglesia y del Estado.

Mr. Littré, interpretando un texto de 1453 que

dice: *Quatuor simasias vini exhibitas illis qui chorcam Macchabæorum fecerunt*, supone que los siete hermanos Macabeos, con Eleazar y su madre al frente, dieron la idea de esta danza, sufriendo sucesivamente el martirio; que por esta razón los personajes se hacían desaparecer uno tras otro, y que para hacer aún más imponente la idea, se encargó á la muerte de dirigir este fantástico baile.

Como quiera que sea, es lo cierto que la edad media, llena del pensamiento melancólico de la muerte, que ante aquellas tenebrosas imaginaciones presentábase envuelto en terrores y como sustentado por horripilantes figuras de demonios y trasgos, momias y esqueletos, engendró en la Alemania, entre sus extravagantes y sorprendentes leyendas, un mimo-drama lúgubre, en que todas las condiciones humanas, desde el Papa al Emperador y desde la gran señora al más miserable mendigo, danzaban una tras otro y de bueno ó de mal grado, bajo la dirección de la Muerte que les servía de corifeo.

M. Michelet nos dice que la Muerte estaba representada por un repugnante esqueleto que reía con mofadora mueca. La superstición había despojado á la severa reina de las tumbas de aquellas inmensas alas negras y de aquella pudorosa túnica sembrada, como la noche, de brillantes estrellas, con que la antigüedad pagana había cubierto su desnudez.

El Cristianismo, consecuente con sus principios de humildad y fiel al anatema que había lanzado contra el corrompido organismo de la sensualidad

pagana, despojó también de sus carnes á la Muerte y nos presentó como imágen de esta triste diosa un esqueleto desnudo de su vestidura de tierra; pero, habiendo hecho repugnante la descomposición del cuerpo y despreciable la vida terrestre ante la pureza inmarcesible del alma y la gloria de la vida futura, la vista de aquella pobre representación de la personalidad humana evocando tan bello y consolador contraste, inspiraba respeto más que terror y angustia más que repugnancia.

La supresión de este contraste, la debilitación de esas ideas que convierten el acto de morir en fenómeno de transformación y tránsito y el olvido de esas dulcísimas esperanzas de un cielo producido por la extinción ó degradación del sentimiento religioso, ocasionaron la medrosa extrañeza, el supersticioso espanto, y la cruel desesperación con que llegó á ser mirada la *Danza Macabra*.

*Nada mejor que la muerte: nada peor que la vida:* exclamábase en el siglo XIII; porque se miraba el cuerpo como la fuente de los pecados, el alma como deseosa de recuperar la libertad por medio de la destrucción de la materia, y la muerte como realidad moral que nivelaba á todos los seres de la tierra, no en verdad ante el Dios de los cielos, sinó ante los gusanos del sepulcro.

Estas ideas engendraron esas movibles imágenes de las zarabandas mortuorias, que reprodujeron por todas partes la pintura, el grabado y la escultura, durante los siglos XIII, XIV y XV. La *Danza Macabra* fué en todos ellos uno de los dramas

alegóricos llamados *moralidades*. Sin duda alimentó á los otros y les sirvió de pensamiento capital, como el *Misterio de la Pasión* fué la gran fuente de la inspiración para los dramas religiosos llamados *Autos sacramentales*.

Y no solamente las *danzas* aparecían dibujadas ó esculpidas sobre los muros de las iglesias, sinó que llegaron á ser representadas con una tendencia semi-religiosa, semi-bufo por personajes vivos, gente de buen humor que aprovechaba por lo general el tiempo de Cuaresma para cultivar este arte místico infernal; y las gentes sencillas de Alemania, Francia, Inglaterra y España, entreteníanse en reir algunas veces y en temblar no pocas al aspecto diabólico y repugnante de esa *Reina de las tumbas*, enemiga implacable del género humano.

La religión católica, juzgando que el pensamiento de la muerte era eficazísimo para edificar á los fieles, para inspirarles el desprendimiento de los bienes terrenos y el santo terror del infierno que tanto contiene pues que tanto penetra en el fondo del alma, facilitó amplios lienzos para la reproducción de las *Danzas Macabras* en sus iglesias y cementerios, consintió esas comparsas y zarabandas callejeras durante los tiempos cuaresmales y excitó á los poetas á la composición de esos dramas fúnebres, dándoles asilo en los atrios de los templos y aún delante de los mismos altares.

Y no solo la llegada de los tiempos de penitencia, sinó la coincidencia de una guerra, el accidente de una epidemia ó la circunstancia de

cualquier desastre público, procurabā ocasión oportuna para la reproducción de estas imponentes danzas. Por eso algunos les señalan su origen en el año mil; esa horrible época tan vivamente descrita por el monge Glaber.

Más sea de esto lo que quiera, y haciendo punto en las observaciones que fijan el carácter de este género de obras, vengamos á la composición musical que provoca estas líneas, ya que la idea de la muerte, puesto que de bailar se trata, no podrá dejar de tener sus músicos, como tuvo sus pintores y poetas.

Cárlos Camilo de Saint-Saëns, pianista y compositor moderno que nació en París el 9 de Octubre de 1835, y que desde el 58 como organista de la Magdalena, ha sustituido al celebre Lefebure-Wely, es una rica organización musical formada á la vez con algo de Bach, de Beethoven y de Berlioz. Debutó á los 16 años con su famosa sinfonía en *mi bemol*, que fué ejecutada en París por la orquesta de Santa Cecilia y en 1873 ha publicado el último trabajo sinfónico, titulado *Faeton*, de que tenemos poraquí noticia, obra notabilísima y en que sobresale su particular habilidad para las descripciones poéticas y para la imitación de los ruidos de la Naturaleza, de que tenemos otro bello ejemplo en la *Danza Macabra*.

Es probable que ante alguna de esas pinturas de la edad media, tal vez ante la descripción de una de esas fiestas funerarias verificadas en Francia durante la desastrosa guerra de los *Cien años* y cuando se destrozaban Borgoñones y Armañes, Saint-Saëns sintióse inspirado para esta breve pero

admirabilísima composición en que, sobre el fondo de una idea oscura y lúgubre, brillan como relámpagos las frases musicales más vivas y las bellezas armónicas más claras y sorprendentes.

El efecto total de esta fantasía semeja á una orquesta cuyos instrumentos deliran; más penetrando en el fondo de tal demencia é identificándose así con el pensamiento del compositor, descúbrese el profundo talento del sábio instrumentista y del soñador poeta.

La obra es del género descriptivo; pero como lo que describe es un sueño espectral que parece dormido sobre una fosa entreabierta y en el interior de un cementerio, la descripción recae sobre un estado psicológico difícilísimo de retratar y que ha venido á hacer más inteligible el pequeño argumento que viene transcrito al lado de la obra musical, al estilo de otras composiciones de la lírica alemana.

Podemos suponer que la cosa pasa en un sábado, día que la superstición entrega al dominio de las brujas y los diablos, y á las evocaciones y apariciones de los muertos. El reló, ó sea el arpa, con la lúgubre resonancia de la trompa, da las doce. La hora es interrumpida por un quejido ó suspiro de los violines. Óyense, tras la última campanada, los pasos de la Muerte, remedados por el contrabajo, y esta se presenta armada de su violín desafinado como desafinan los cálculos humanos cuando en ellos se atraviesa la sombra de la *Parca fiera*, y convoca á una danza cruel á los pacíficos habitantes de las tumbas. Los muertos responden primero en la madera y en la cuerda des-

pues, úneseles el metal y al fin rompen todos los instrumentos, siempre con el mismo quejumbroso canto, como si aún les dolieran llagas y escozores de la vida; pero dándose no obstante á la danza bajo el dictado de la tiránica *Reina de los sepulcros*, que de vez en cuando deja oír su sardónica voz.

Sonidos gangosos arrancados á las notas graves de la flauta y á las intermedias del plañidero oboe, ecos hondos tomados de la trompa y del fagot y que hacen más profundos los contrabajos, golpes cascados del címbalo, gritos del cornetín que hacen más penetrantes y cóncavos los trombones, pintan la satánica danza, cuyo canto incesante repiten primero los violines, luego los violoncellos y violas y despues los segundos violines acompañados del *piszicato*, que tan graficamente reproduce los chasquidos de las osamentas secas y cristalizadas de los viejos esqueletos.

Una imaginación fantástica que cree asistir á una danza en que bailan Papas y Emperadores, guerreros y mendigos, damas y cortesanas, puede ver en aquellos sonidos el ruido que hacen las joyas al chocar y desprenderse, armaduras férreas que se rompen, tiaras y coronas que ruedan por el húmedo suelo del cementerio y van á hacerse pedazos contra las estremecidas tumbas, cuyos ídolos más soberbios caen á pedazos en las vacías cavidades de las más humildes sepulturas.

Tras un breve diálogo de la Muerte y los muertos representado por el violin, que alterna con la flauta primero, luego con los segundos violines y despues con el metal, la danza se ve sorprendida

por una tormenta: el firmamento escandalizado, pone fin á aquella sacrílega fiesta que viene á turbar los silenciosos dominios del sēpulturero.

La imitación de la Naturaleza principia: el viento, el agua y el trueno, perfectamente copiados por la cuerda y los timbales, hacen la ilusión completa.

El fatídico corifeo da la señal de despedida con su discordante violín, repitiendo por última vez el canto; y como si el propósito de los cielos estuviese cumplido, la tempestad calla y la calma se restablece.

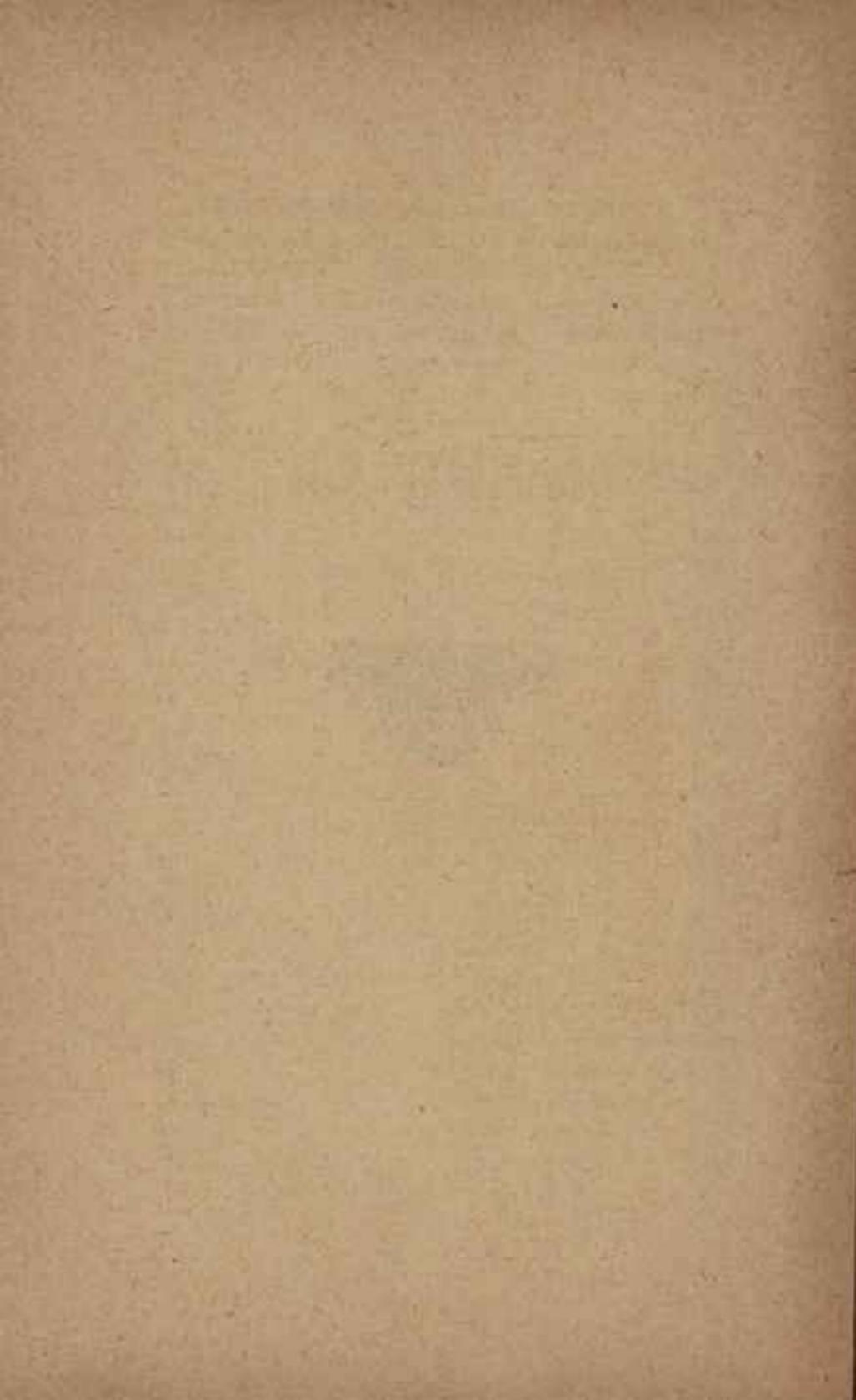
Tres notas agudas del oboe recuerdan el canto del gallo, mensajero del dia y al par del cambio atmosférico.

Una sola frase, mejor dicho, un solo rumor que se aleja y se pierde bajo tierra y cuyos últimos ecos, semejantes á gemidos, deshace el viento, pone fin á esta bizarra fantasía. El compositor despierta y el auditorio también: el cementerio se ve iluminado por los primeros rayos de un sol naciente y solo inspira ya una dulce melancolía; ni una huella del drama infernal que acaba de representarse ha quedado en las terreas fosas del pobre ni en los marmóreos mausoleos del orgulloso.

También el sol del entusiasmo se levanta en los espíritus de los oyentes, y un vivo palmoteo disipa las postreras brumas. El pensamiento de la muerte nō nos ha entristecido ni repugnado, al menos puesto en música, puesto que queremos volverlo á oír: es que nosotros tenemos acerca de esta *Señora de la vida*, una idea muy distinta que

la de los siglos medios: para nosotros la Muerte no impera sinó sobre la carne y se asemeja mucho á un espíritu consolador que abre al alma las puertas del progreso indefinido, de la perfectibilidad dulcísima, de las esperanzas de belleza, ciencia y justicia, y de la seguridad de un triunfo completo y de una gloria sin término.







## LA NIGROMANCIA.

---



En torno de una tumba vagan siempre creencias dulcísimas, como si ese misterioso sueño que se llama *muerte*, diera á respirar efluvios consoladores á las almas desoladas, que se arrastran junto á ellas, aún encarceladas bajo sus muros de carne y hueso. El culto de los muertos y la creencia en la inmortalidad del espíritu humano, son de esos sentimientos que se exhalan del sepulcro y se ciernen sobre la fosa; y tales sentimientos, abultados, reanimados y confirmados por la fantasía religiosa de los pueblos han dado origen á la *nigromancia*.

En efecto; cuando se cree que el alma, ya desprendida del cuerpo, vaga por los aires; que los espíritus de los muertos flotan en torno de los vi-

vos; que, cual ligero soplo de la brisa, besan con amor nuestras frentes, juegan delicadamente con los rizos de nuestros cabellos, se introducen con el oxígeno por entre nuestros ansiosos labios para ir á alumbrar nuestros cerebros preocupados, ó á calmar nuestros corazones doloridos, ó á hacer germinar una resolución enérgica en nuestras conciencias vacilantes; cuando se cree todo esto, no está lejos la convicción de que se les puede evocar, invitarles á llegar cuando tardan, entrar en relaciones con ellos, sentirles y poseerles, bien por un simple acto de voluntad, si son dóciles, bien por medio de ceremonias más ó menos poéticas ú horripilantes, cuando son rebeldes, ora seduciéndoles y halagándoles, ora forzándoles y cohibiéndoles.

De aquí las extrañas costumbres de convertir los sepulcros en adornadas mesas para extravagantes convites; de aquí aquellas prácticas insensatas de acudir con manjares que regalar á los muertos; de rodear el podrido cadaver de perfumadas antorchas; de entonar cantos, ora de amor, ora de pena, siempre místicos y religiosos; de verificar poéticas danzas y de concluir, en fin, por medio de encantos el conjuro y la evocación de la sombra, como nos refiere Homero. Prácticas y ritos son estos de la más remota antigüedad, tan viejas como los instintos religiosos, y más arraigadas y frecuentes en aquellos pueblos en que la fé domina y la Divinidad desempeña un papel importante, entrando á formar la base del órden social y político.

En el Oriente, entre los hebreos sobre todo,

donde la costumbre de evocar sombras venerandas hállase en los textos del Antiguo Testamento, aunque más bien que como dogma aceptado, como práctica abusiva y superstición ilícita, puede decirse que la *nigromancia* tuvo su origen. No es fácil olvidar la célebre evocación de la sombra de Samuel hecha ante Saul por la pitonisa de Endor: y tales debieron ser los abusos de estos ritos y los accidentes y fines particulares que acompañaron á los conjuros, que Moises los condena en *El Deuteronomio*, *ne sit qui quærat á mortuis veritatem* y en *El Levítico* se fulmina nada ménos que la pena de muerte contra los nigrománticos.

Nada de esto bastó para atajar estas ceremonias, aunque sí para simplificarlas, privándolas ante todo del sacrificio de víctimas y despues de los sortilegios preparatorios, y dejándolas reducidas quizá á pueriles escenas de ventriloquia ó á vulgares y ridículos juegos que cuando más solía hacer imponentes la presencia de un cadaver, que casi siempre se exigía para poder evocar el espíritu de un muerto.

Isaias nos dice que las almas evocadas solían dar indicios de su presencia por un ligero murmullo; y que casi siempre manifestaban sus respuestas por medio de palabras susurradas en voz baja al oido del *medium*: y la versión griega de los Setenta traduce la palabra hebrea *obot*, nigromántico, por *engastrymiton*, ventrílocuo.

Pero más tarde entre los sÍrios y judios hállase una horrible práctica nigromántica; consiste en dar muerte á un niño torciéndole el cuello, cortándole la cabeza, salándola ó embalsamándola y

colocándola, así preparada, sobre una plancha ó bandeja de metal, en que se había grabado de antemano el nombre del espíritu que se había de invocar: hecho esto, se procedía á sacar los oráculos.

En Grecia las prácticas nigrománticas eran más sencillas, y sus ceremonias hallábanse reconocidas así como sus templos y oráculos eran muy frecuentados. Periandro evoca el cadaver de su mujer para descubrir el lugar de un depósito. Plutarco nos refiere, que luego que Pausanias murió de hambre en el templo de Palas, su sombra venía de continuo á atormentar á los lacedemonios; y que estos, para libertarse de tan horrible persecución, evocaron las de los enemigos del espartano, y despues de un reñido combate, aquella sombra desapareció para siempre. Agregad á esto las frecuentes evocaciones de la Tesalia, precedidas de sacrificios expiatorios y en las que, para obtener el oráculo, regábase un cadaver con sangre caliente.

Asimismo hacíase esto en Roma, con la diferencia de que el cadaver fué sustituido por los huesos del muerto mismo, especialmente por el cráneo. Según la *Farsalia*, donde Lucano ha hecho la descripción detenida de todos estos ritos, solían abrir una fosa, en que se derramaban aceite y ceniza, y al rededor de la cual sentábanse luego los circunstantes en círculo para esperar la aparición de la sombra. Creíase por lo común que á tal llamamiento no acudían ni el alma misma ni el cuerpo; sinó una apariencia formada de una sustancia imponderable aunque visible, sin organis-

mo real, pero sensible al placer y al dolor, tales como aquellas con que poblaron sus infiernos Platón y Virgilio en lo profano y Dante en el Cristianismo.

Todos sabemos lo que ha hecho el catolicismo con estas ideas; sin rechazar la existencia de las sombras, ha condenado la nigromancia; fortaleciendo la religión de los muertos, ha proscrito los sortilegios; aceptando nuestras relaciones con los espíritus de la otra vida, á los que alcanza la eficacia de nuestros ruegos, ha castigado en muchas ocasiones y con muy diversas penas, aquellos festines en honor de los muertos; fomenta el altar de ánimas; pero declara pecaminoso el profano culto de los manes.

Durante toda la edad media los nigrománticos fueron perseguidos, encarcelados, torturados, quemados vivos por magos, por hechiceros, por brujos, por endemoniados; pero sin que por eso cediesen en lo más mínimo ni la superstición que los sostenía, ni la confianza popular que los buscaba, ni la ciega fé y la ignorante credulidad que, al par que los solicitaba, solía dilatarlos, apedrearlos ó verlos impávidamente arder en las hogueras del Santo Oficio.

Toledo mantenía escuelas de nigromancia al par que encendía sus llamas la Inquisición: y la reina Isabel, al paso que establecía el Tribunal de la Fé, hacía tapiar las cavernas subterráneas en que se educaban los crédulos en las misteriosas artes del sortilegio.

Por fin el espíritu moderno, encendiendo las antorchas de la moderna ciencia, ha iluminado

las conciencias, dejando penetrar en sus senos esclarecidos los secretos sorprendentes de la Naturaleza. El mundo parece depositar sus arcanos á los pies del sábio; y éste, más liberal y generoso, los entrega, traducidos á la lengua vulgar, á la ávida curiosidad del estudioso.

Como cuando en derruido y abandonado torreón se introduce una humosa tea, escapan las sabandijas y alimañas que allí viven tranquilas en perpetua noche, así el progreso moderno, más poderoso que verdugos y hogueras, tribunales y suplicios, ha lanzado de las conciencias tímidas ó tenebrosas para siempre una multitud de pueriles aprensiones y de peregrinas creencias que dominaban en ellas á favor de la oscuridad de la ignorancia y del sopor del fanatismo.

El calor de la verdad y la luz de la evidencia, sin matar el amor á lo maravilloso ni el gusto por lo sobrenatural, han humanizado el milagro, por decirlo así, han racionalizado la fé, han ensanchado los límites de la ciencia y han relegado los dogmas al dominio de la religión especulativa.

Aun hay *mediums* como Hume, espiritistas como los Dawenport, prestidigitadores como Macallister, mistificadores como Saint-Hipolite, y tauraturgos como el Conde Patrizio de Castiglioni; más hoy todo está revelado, explicado, conocido: sonambulismo, mesas giratorias, cabezas parlantes, espectros luminosos, escamoteos de varios géneros, todo está ya en poder del vulgo; porque el magnetismo, la electricidad, la óptica, la mecánica y la química han manifestado sus adelantos, han derramado sobre los entendimientos una

lluvia de verdades que ha fecundizado los espíritus é inundado las sociedades.

Hoy se asiste al espectáculo, se goza, se estraña, se admira: pero al sentimiento no acompaña la creencia; al placer no sigue la fé: la sorpresa no viene amortiguada por el susto, ni lo inexplicable engendra la superstición. Id al tablado escénico, y donde creáis ver una multiplicación prodigiosa, hallareis un juego de la mecánica; donde pensais ver la aniquilación, encontrareis un simple escamoteo; donde os figurasteis hallar agentes sobrenaturales, vereis la acción de fluidos físicos; donde aparece la infracción de una ley de la Naturaleza, encontrareis el cumplimiento de algunas otras; donde pensais hallar realidades estrañas, solo hay juegos de luz y apariencias de óptica; y cuando se os dice que todo lo que vais á presenciar es obra de los espíritus de ultratumba, os convenceis de que solo es efecto artísticamente dispuesto, ya de una reacción química, ya de un lindo juego de mecánica, ya de ese agente de prodigios naturales que se llama *electricidad*.

El hombre, siempre el hombre, y la ciencia su eterna compañera, adornada por las manos de aquel con el bellissimo y deslumbrador ropage del arte. No busqueis otra cosa, porque no hay más. El nigromántico actual es una criatura de carne y hueso, hábil, entendida, galante, fina y sábia: la nigromancia es una ciencia natural; un empirismo fácil de explicar y de comprender; un sistema que cabe en todas las cabezas y que se adapta á todas las opiniones, á todos los criterios, á todas las sectas.

¿Quereis convenceros de ello? Pues acudid á vuestros teatros cuando tengais entre vosotros un tipo tan distinguido, elegante y perfecto del nigromántico moderno, como por ejemplo el ilustre Conde piamontés Ernesto Patrizio de Castiglioni ó una dama tan ilustrada, graciosa, oportuna y simpática como Mill. Benita Anguinet.





## ENTRE DOS TUMBAS.



o hay nada más cruel que la muerte; pero no tanto cuando mata del todo, como cuando deja la vida despues de haber matado el alma. Un golpe de su guadaña dado á tiempo, puede ser un inmenso beneficio; puede ser una felicidad; pero una vida respetada, una existencia consentida en medio de una horrible hecatombe y como en el centro de un montón de cadáveres, es un sarcasmo sangriento y una bárbara crueldad.

.....

Una tarde, mi padre estaba enfermo y dormía: yo sentado á sus pies al lado de una ventana por cuyos cristales, empañados con el fétido aliento de la enfermedad, se divisaban como á traves de

una gasa los árboles de un jardín que empezaba á desnudar el fiero otoño, luchaba con el sueño que agolpaban sobre mis párpados treinta noches de vigilia.

Un soplo helado como el beso de la muerte rozó mi frente haciéndome estremecer y un suspiro resonó débilmente en mis oídos.

Me levanté y corrí al lado de mi padre.

. Acababa de espirar!

.....

Más tarde, cierta noche velaba yo á la cabecera de una cuna. La tormenta estremecía pavorosa los cimientos del mundo, como el dolor sacudía horriblemente las más hondas fibras del corazón. El cielo lloraba conmigo.

Un relámpago filtró su azulada lumbre por las hendiduras de la ventana, y un soplo tibio y perfumado como el beso de un ángel, vino á estrellarse contra mis lábios ardientes.

Me incorporé y besé la frente de mi hijo: besé un mármol: era un cadáver!

.....

Oh! En qué espantosa soledad me ha dejado la muerte! Rotos los dos hilos que me sugetaban á la vida, me ha condenado á morir vivo y á vivir muerto.

Un alma entre dos tumbas es una cosa horrible: un aliento entre dos cadáveres, es una inhumanidad enorme!

Mi vida es un contrasentido, una superfluidad, un capricho, un sarcasmo, un misterio,.... yo no sé lo que es mi vida.

La muerte de mi padre rompió mi pasado, mi

historia, mis tradiciones, mi razón de ser; la muerte de mi hijo deshizo mi porvenir, mis ilusiones, mi destino, mi objeto, mi llegar á ser. Estoy solo, y esta soledad es un arcano indescifrable: soy una criatura sin fundamento y sin futuro: un ser sin ilación, un hecho suelto, un momento desgajado de la série temporal de la vida.

Si pregunto por mi cuna, me responde este sepulcro que levanté un día aquí á mi izquierda: si pregunto por mi fosa, me respondē esta otra tumba que cavé otro día aquí á mi derecha: entre dos tumbas no hay espacio más que para el dolor: no cabe otra sustancia que el raudal de mi llanto.

Qué queda de mi vida? Un mechón de cabellos blancos como copo de nieve que quiere arrebatarme también el viento misterioso del cementerio de entre los dedos de mi siniestra mano; y un bucle de perfumadas hebras como madeja de oro, que disputa á mi diestra el aura que murmura entre los húmedos sauces.

Y entre tan débiles memorias flota vacilante mi pensamiento cargado con el enorme peso de mi martirio y mi desesperación!

Muerto mi padre, rota la llave que me abrió las puertas de esta mísera existencia, aún me restaba fijar la mirada en un horizonte matizado por la esperanza, en un porvenir interesante y bello, en el que aparecía, sobre rosadas nubes, la idolatrada imágen de mi hijo.

Muerto mi hijo, en pedazos esa otra llave que debía cerrar sobre mi cuerpo la tapa del ataud, nada me resta sinó las espesas y angustiosas nieblas que tengo en derredor.

Ni una luz fuera de mí; ni un débil resplandor en la oscura noche de mi soledad.

La mirada de mi espíritu, encerrada en el angosto cauce que forman estas dos sepulturas, retrocede empañada por el llanto, y empapada en él se hunde en mi conciencia: allí reina el dolor sobre los restos de mis esperanzas marchitas y de mis amores destrozados, así como mi espectro impera sobre estos sepulcros en que yacen, como sagradas reliquias, el polvo de mi pasado y los gérmenes de mi porvenir. ¡Todo pavesas!

Eslabón suelto de la cadena de mi destino, sombra de un ser que vaga aislado por el revuelto laberinto de la existencia, entre el atronador bullicio de un mundo glacial y de unas gentes enloquecidas con el miserable delirio del egoísmo.

Qué entienden de mi pena?... Qué saben de mi angustia!

Mi labio es lo único que no ríe sobre la tierra. Mi voz es la única que no toma parte en la bacanal.

Mi aspecto es una mancha oscura sobre el matizado lienzo de los placeres mundanos. El dolor es un estorbo para la dicha. A su vez la desesperación se exaspera con los ecos de la escandalosa alegría, y el alma se envenena con los perfumes de los locos goces ajenos. Ni á mí se me puede tolerar, ni yo los puedo sufrir. La carcajada de todos ahoga, seca, quema el llanto de uno solo: la arista del dolor se ve arrollada por el torbellino del placer. Me siento barrido hácia el cementerio!.

Pero me siento bien: el cementerio es mi mundo de hoy: la mansión de los muertos me consuela; parece que aliento en ella con el vapor de

las tumbas; que renazco respirando muerte. Hablo, y me contesta un eco dulcísimo y melancólico, arrullador y adorado. Alza su voz misteriosa mi conciencia y resuenan bajo estas losas dos voces queridas, trémula y grave la una, fresca y armoniosa la otra. Parece que escucho los magestuosos sonidos del órgano que solemnizó mi bautizo y que les contestan las notas celestiales del arpa aurea que tocan los ángeles de mi cielo.

Padre mio!... Hijo del alma!...

Llevadme; llevadme con vosotros: ahorradme lo que me resta, que lo que me resta me espanta.

Yo no puedo creer que hayais muerto: yo no puedo creer que no existis! Y si existis, y me veis, y me ois, ¿cómo no enjugais mis lágrimas ni acallais mis gemidos? Y si no podeis acudir á mis voces, ¿cómo no haceis que acuda yo á las vuestras? Ya no me amais?...

Ah, perdón! Esta duda es una impiedad: me amais como nunca, más que nunca; porque de seguro me compadeceis; sinó que no os es posible oponeros á mi destino.

Cruel destino!..... Mísera vida!

¿Será cierto que con esta ansiedad y este tormento se aquilata mi espíritu, se avalora mi vida, se santifica mi conciencia, se asegura mi galardón y se engrandece mi gloria? Ay! decid que sí. Clavad en lo más hondo de mi alma esta creencia, gota de agua para mi sed abrasadora. Oh! afirmadme esta esperanza en la mente, consuelo de mi martirio, luz de mi noche! ¿Dormirá un dia mi cadaver entre los vuestros y velará alguna vez mi espíritu entre vuestros espíritus? ¿Será vuestro

cielo tan seguro para mí mañana, como lo es hoy mi infierno?

Si alguien me digera que bajo estas piedras ya no estais; que la querida sustancia de vuestros cuerpos, evaporada y distendida por el espacio, nutrió la planta, aspiróla el animal ó se la asimiló el impío, yo creo, que ahora ahogaría con mis manos al sacrílego. Si una voz satánica murmurase á mis oídos que no hay cielo, que no hay almas, que no están vuestras almas adoradas en el cielo de mis esperanzas, seguramente maldeciría al incrédulo. Robarme un solo átomo de vuestros cuerpos guardados bajo estos mármoles reblandecidos con mis lágrimas,.... imposible!: no lo doy por toda la ciencia, por todo el oro, por toda la brutal ventura de este mundo. Arrancar con mano aleve del fondo de mi corazón la fé de que vivis con vida inmortal, de que me aguardais con santa resignación y de que sois para mí los preciosos ejecutores de la Providencia, empeño vano: no doy este dogma por cien existencias felices en la tierra. Ya que ha quedado desierta mi vida, no consentiré que queden huecos vuestros sepulcros y vacía mi conciencia.

Dejad que en el oscuro fondo de vuestros lechos mortuorios se revuelvan con vuestros despojos adorables mis ilusiones más bellas; dejad que floten entrelazadas con vuestros puros espíritus por el aire húmedo y quejumbroso del cementerio, mis postreras esperanzas. Ya que la muerte, al herir mi pecho, dejólas vivas, cubridlas con vuestro amor y preservadlas del rudo golpe de la impiedad.

Ah! Cómo saltan las creencias mias desde el

abismo de mi alma al fondo de vuestras tumbas! Cómo se han habituado á vivir mis sentimientos en la región de los muertos!

Todos los años vengo á entregároslos por unos momentos; los dejo penetrar por los poros de estas piedras hasta la ceniza de vuestros cadáveres, y luego, cuando me los devolveis, parece que me acarician con vuestros besos y me calientan y reaniman con el fuego de vuestro amor. Guárdoles al fin en este otro sepulcro de mi pecho, junto al cadaver de mi ventura, y son mi aliento durante un año y el espíritu de mi vida.

Estas bienhechoras ilusiones son mi recuerdo y mi porvenir. Situadas en el centro de mi ser, rellenan mi conciencia y enlazan en ella las dolorosas memorias de mi pasada realidad con las dulces esperanzas de mi idealidad futura. Son mi historia, mi alma, mi religión. Yo vivo un solo día en el año y no más que una hora en ese día: los minutos veloces que paso á vuestro lado; el tiempo que vivo para vosotros: el resto de mi existencia sois vosotros los que vivís en mí; vosotros me sosteneis para que pueda venir á veros: vosotros me llamais y yo ando. Cada visita supone un grande esfuerzo; os la hago á costa de un alto precio: al precio..... ¡ved qué caro!..... de un año de vida: más no importa; os hallo al fin, y os perdono vuestra tiranía.

Y ¿cómo nó?, si me parece que os amo más desde que no os ven mis ojos.

¡Cuanta distancia desde la materia al espíritu, desde la realidad corpórea á la realidad espiritual!..... Dos tumbas ante la vista, bajo mis ma-

nos: dos altares en mi pecho, bajo mi amor; frío y llanto en el mármol; fuego y culto en la conciencia. Y sin embargo, vengo á pedir á estas piedras fuerzas y resignación, y no puedo daros en cambio más que lágrimas y ruinas. Oh, tened piedad de mí y, por lo mismo que os amo, llevadme con vosotros!

¿Cómo os avenirs á habitar dentro de un cadáver, pudiendo vivir yo dentro de vuestra inmortalidad? Llevadme á vuestro cielo y no descendais á mi soledad.

Ya lo veis; yo, que parezco vivo, os pido la muerte; y vosotros, que pareceis muertos, me negais la vida. Unámonos en la vida y en la muerte; dejadme que arroje esta molesta y desgastada vestidura, que destrozó el infortunio, en un rincón de vuestras fosas, y haced que vuele mi alma ansiosa á abrasaros con las llamas de mi amor.

Ya el sol se oculta. Ya la campana anuncia que el cementerio cierra sus puertas. Ya no veré vuestras tumbas yertas y mudas á mi ruego, como mi inflexible destino.

Volved á mi pecho, esperanzas mías; venid otra vez todavía, creencias consoladoras; torna á mi espíritu, fé santa y benéfica. Volvamos al mundo para vivir otro año, si es vivir arrastrar los huesos por la tierra llevando el cansancio y la agonía en el espíritu.

Adios, padre!..... Adios, hijo!..... Hasta más tarde..... Vamos alma!..... Vamos fé!

A mí, destino!..... A mí, mundo!..... Golpead, herid: sonará á hueco: yo también soy insensible y mudo como una tumba.



## EL GENIO EN EL TEATRO.

---

Recuerdo de una noche y tributo de un afecto.

---



Los genios no pesan: van por el mundo sin rozar la tierra, sostenidos por alas invisibles, sin posar apenas la planta sobre aquel punto del suelo que alternativamente les va sirviendo de pedestal.

Por eso no se derrumbaron las modestas tablas de ese artefacto que la ciudad de Cádiz ofreció un día á las artes escénicas sobre el húmedo, pero sagrado pavimento de la plaza de Castelar, ayer convento de Candelaria, y sobre las cuales apareció la radiante figura del primero y más antiguo de nuestros celebérrimos actores. No hay que pasmarse de que Don José

Valero cupiera dentro del citado coliseo, hoy ya bello jardín, como si solo flores pudiesen nacer donde pisaron el arte y la belleza; más bien hay que extrañar que pudieran contenerse entre sus toscas maderas el fragor del entusiasmo de todo un pueblo en frenesí de amor y admiración; que resistiese la techumbre, que no se hundiese la extensa grada materialmente maciza de espectadores inquietos, agitados en esa magnífica ebullición producida por el omnipotente calor del pasmo y la ternura. Estaba bien hecho el teatro; dió una buena prueba de su solidez, ya que no pudo darla de su elegancia, ni aún de su decoro, y aún puede decirse que casi la dió también de su incomustibilidad, puesto que no se inflamó con el incendio espontáneo de la efervescencia pasional, el rozamiento, los choques de las palmadas y golpes, ni el ardor de los alientos abrasadores, de los cigarros permitidos por la popularidad, el sudor que produce el apiñamiento y el que producen las conversaciones encomiásticas, los corazones enardecidos, las imaginaciones caldeadas, las frases candentes y rápidas y el placer y el entusiasmo por todas partes.

Caldera parecía el coliseo circo de Candelaria, en que se hervían ricos y pobres, hombres y mujeres, cultos é incultos, niños y ancianos, artesanos y periodistas, políticos y literatos, todo un pueblo en fin, sobre la hoguera encendida con el genio de un solo hombre. Y no ardió aquella pira! El pueblo pudo decirse:—«pues ya no arde; al menos con este género de llamas.»

¡Cuanto place, aún al espíritu más democrático,

ver á toda una ciudad, y lo mismo sería á la Humanidad entera, dominada por un solo hombre, con tal de que este hombre la dominara por el talento, la diera su alma con su dominación, amansara el espíritu colosal de la rebelde muchedumbre con el poder de un solo latido y no ofreciera en sus sienas otra corona que unos mechones de blancos cabellos, ni otro cetro en las manos que el báculo del *Cabo Simón* ó el rollo de papeles de Ricardo Dárlington!..... Años hacía que Cádiz no ofrecía tan unánimes ovaciones sinó á los reyes de nuestra escena; y con ser tales las que otorgó á los Sres. Vico y Calvo, no fueron tan espontáneas, tan generales, tan bulliciosas ni tan indiscutibles.

Ante Valero todos ceden, todos caen, ó mejor dicho, todos se levantan: déjense penetrar por su genialidad, que todos comprenden, y tiranizar por el respetable yugo de su ancianidad, triunfadora de la vida y del trabajo y de su talento triunfador del arte y de los corazónes, y facilitan al inmortal actor la más hermosa de sus conquistas: la popularidad.

Valero puede decir con razón cuando pone el pié en Cádiz: *Ya estoy entre los míos*; y Cádiz puede contestar cuando se le anuncia que vendrá Valero: *Ya están aquí mi actor y mi arte*.

Llega el día; se alza el telón, y pueblo y actor se encuentran; estalla el aplauso y salta una lágrima; el pueblo cae vencido ante el genio que se agiganta inspirado; luego aquel se levanta delirante y este sucumbe conmovido. Lo hemos visto muchas veces: ó Cádiz artística se ha hecho

para Valero, ó Valero no está bien sinó en la artística Cádiz, ó quizá ambas cosas.

Este eminente actor es hoy el emblema de las glorias escénicas españolas; es el depositario de las bellas tradiciones dramáticas nacionales; viene envuelto en el inmortal pabellón que enarbolaron las musas calderonianas en el siglo XVII despues de haberlo arrebatado de las ilustres manos de Lope de Vega, y es la única figura que podemos presentar con orgullo frente á aquellas que han sostenido en nuestros dias á la mayor altura las escenas extranjeras.

Muerto Romea, nada nos queda en nuestro teatro del siglo XIX: porque lo que ha nacido despues, ya bajo el poder de los nuevos dramaturgos, ya influenciado por el espíritu deslumbrador pero poco profundo del arte moderno, ya obligado al culto de los raptos y á la práctica de las inspiraciones momentáneas, poco tiene que ver con ese otro arte consciente, estudioso, detenido, verdadera roca en que anida el águila del genio y desde cuya cumbre arranca esos vuelos asombrosos tras de los que se desvanece la mirada de los pueblos.

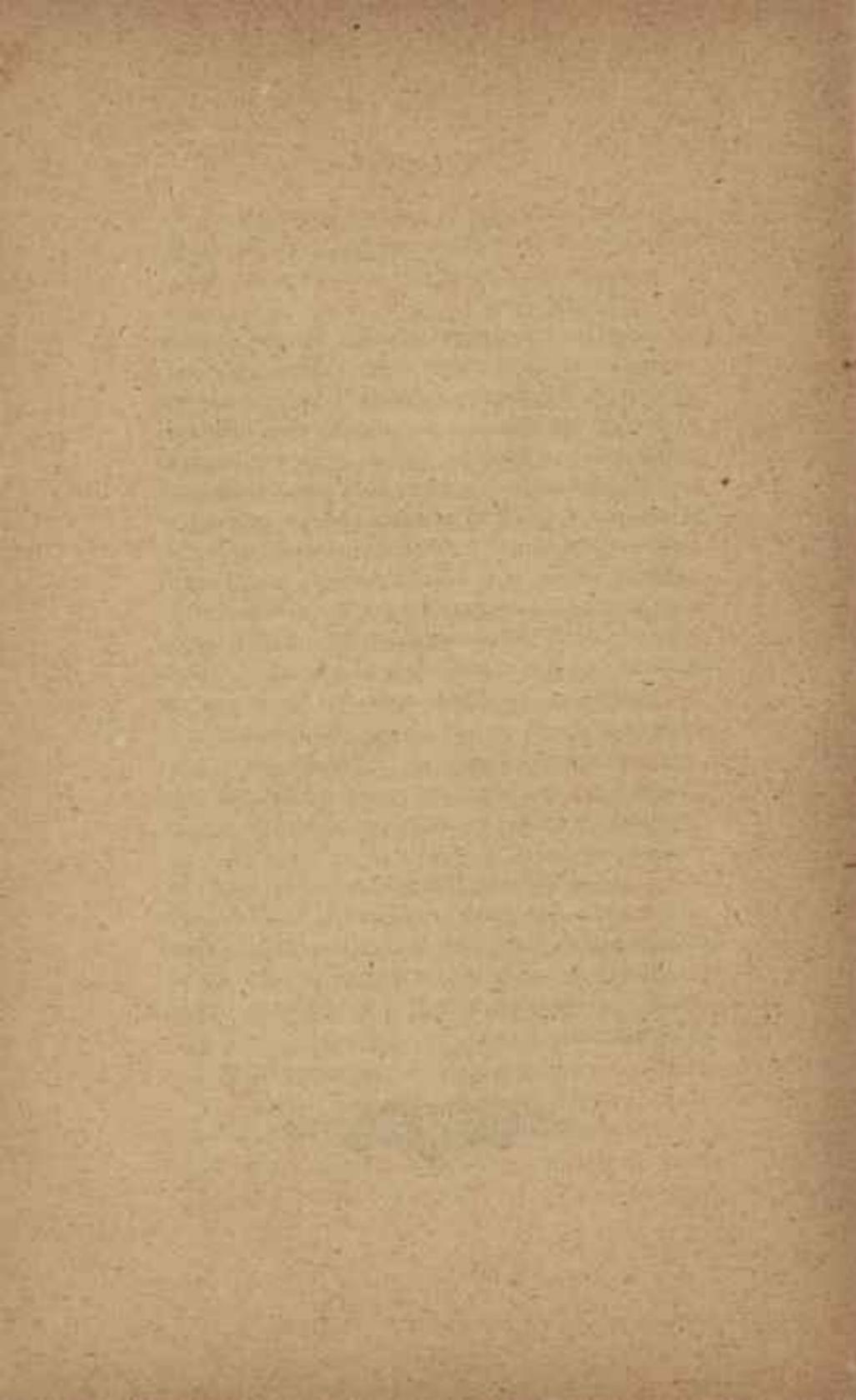
Si Valero es todo esto, figuráos lo que sería el Circo-teatro de la plaza de Candelaria mientras sirvió de pedestal á esta gran figura. Urna de todas estas grandezas; arca sagrada para el arte que enaltecía aquel pequeño templo formado con tablas y contra el cual protextaron, primero el buen gusto público y luego las previsiones de la ley, pero que el pueblo defendió y que vino á realzar en sus postrimerías el Sr. Valero para que pare-

ciera que moría bajo el peso de la grandeza y no de la justicia, ó para que al morir se llevara el consuelo de tan alto honor y no el pesar de tan legítimo encono.

Cumplió su ley aquel montón de leña que fué teatro: cúmplala también el Sr. Valero y por largo tiempo aún para regocijo de las artes escénicas y de los pueblos con su afición ennoblecidos; más quede establecido que si antes de llegar á Cádiz aquel eminente actor, nos parecía modesto el templo y frágil el pedestal, luego que en su fondo se le admiró y sobre él fué aplaudido, olvidamos cuanto nos rodeaba para no ver ni sentir sino las manifestaciones del genio, siempre magníficas y deslumbradoras con total independencia del lugar en que se ostenten. El arte allí y el pueblo aquí: una voz donde todos la oigan y unos corazones donde quiera que se conmuevan: una figura en punto donde se la pueda ver y unas manos con espacio en que poder aplaudir es todo cuanto se necesita, y esto es precisamente lo que entonces se tuvo.

La satisfacción popular solo tuvo dos sombras: placer entre dos penas; rayo de luz entre dos nubes: la una de brevedad; la otra.... ¡ay!... la cruel condición de ser la última de este género. La última?... Gaditanos: aperebid las palmas y despedíos del genio.







## EL SILENCIO.

### I.



El vacío podrá no inspirar ya su viejo horror á la Naturaleza; pero lo que es á la mente humana la asusta por lo menos. Sea porque esta se halla acostumbrada á que todo rebose de luz, de armonías, de seres y de vida, ó sea porque tuvo siempre la poderosa intuición de que *de nada, nada se hace*, es lo cierto que la Humanidad, como cada hombre, puso gran empeño en poblar aquello que se le apareció desierto, en macizar, por decirlo así, todo lo que creyó hueco, y en dar agentes, fuerzas, ideas y almas á cuanto se le venía á los ojos ó al pensamiento como muerto, vacío ó solitario, como me-

ra apariencia ó ampulosidad sin contenido, ó como forma sin sustancia y fantasma sin intención ni espíritu.

Antes que pensar en lo hueco, se prefirió crear ejércitos enteros de entidades palpitantes y vivas que colocar en su fondo, y antes que atreverse á negar lo que se resistía en verdad al entendimiento, se prefirió inventar *lo desconocido*. Pavoroso era el invento; más para lo que infunde pavor tiene reservado el hombre en su corazón un sentimiento de religiosidad y adhesión: así es que se postró ante el *Deus ignotus*. Dios era eso que no hablaba; más en cambio, habló por El la Humanidad, como si con sus voces hubiese querido llenar aquel vacío, á semejanza de lo que hace el niño cuando anima con su inquieta charla ó sus mal seguros cantos el lugar oscuro por donde un vanidoso alarde le obliga á llevar su medrosa planta.

Y es que el silencio es el lenguaje de la muerte, y la muerte nos asusta y atormenta con la cruel ocurrencia de que pudiera transmitirnos sus hielos y su inacción. Así caminaba la Humanidad por entre las sombras de lo desconocido, reparando sonidos, ya que no podía fulgores, y fantasmas, ya que no podía criaturas, é inventando un culto lleno de resonancias en honor de ese ser mudo que se suponía en las regiones hondas de la tierra ó altas de los cielos, y una multitud bulliciosa de entes ideales con que poblar los mundos que antes se supusieron solitarios, esparciéndolos por todas partes en el nuestro, en cada grieta, sobre cada hoja, dentro de cada gota de agua y envuelto por cada pliegue del viento.

Hecha esta nueva creación, viva aunque invisible, como en recuerdo de la Humanidad corpórea y animada que creó Dios, fué preciso llevar la imitación hasta darle un language; y como ejecutado lo más, el pequeño creador no podía detenerse ante lo ménos, esos seres hipotéticos, esas entidades poéticas, esos agentes misteriosos y fantásticos fueron dotados de lenguas más ó ménos claras, armoniosas y elocuentes, que luego se dió á interpretar con inocente delicia el pensamiento soñador del hombre.

Cuando Dios no hablaba, se le hacía hablar por oráculos y augures; cuando despiertos no se le oía, el sueño del éxtasis ó el sonambulismo de la superstición suministraban sus enseñanzas y sus prescripciones: si la realidad era ingrata, la idealidad corregía sus crueldades; y si las piedras estaban mudas, hablaban las flores, las corrientes, los céfiros y los rayos del rojo Febo y de la pálida Diana.

Llegó un día en que el hombre enmudeció en medio de tanta charla, tal vez en castigo de haber dado language á todas las cosas: la amada halló cerrado el lábio de su galán; la justicia halló sorda la conciencia del criminal; el dolor encontró helado el corazón del tirano, y el mismo Dios muda el alma del incrédulo. ¡Qué desesperación! La muger apeló al llanto y un raudal vino á ablandar el sello puesto al labio por el corazón encallecido; el tribunal apeló al potro, y el pecho abortó entre los chasquidos de los huesos triturados la confesión de su delito; el infortunio pidió palabras á la humildad y la angustia, y los ojos del verdugo pudie-

ron alguna vez centellear con extraños relámpagos de desdeñosa piedad; y el cielo suele interrogar con tremendas voces el alma del impío que agoniza, y no es raro que los últimos alientos respondan con cobardes clamores de penitencia.

Hay una región á la que parece imposible que llevase el hombre un rumor, una palpitación del sentimiento, una trepidación de la idea: esa región es la de las tumbas. Allí todo es frio como los mármoles del sepulcro; rígido como sus estatuas y acentos; sordo como los cadáveres; negro como el fondo de las urnas funerarias ó inflexible como la muerte misma que allí domina.

Pues no. Ese portentoso creador que se llama espíritu humano, en horror al silencio ha prestado á fosas y esqueletos un lenguaje maravilloso y sublime. Allí acudió armado con su ciencia y su religiosidad, fuerzas insinuantes y enérgicas que le prestó el Cielo, y sentado pacientemente á la sombra de los sauces y cipreses, interrogó con el pensamiento, escuchó con el corazón y entabló ese admirable diálogo que parecía asunto de sublime locura; tal alternaban en él filosofía y fé, voces humanas y divinas, y tal estas procuraban llenar la laguna que en sus discursos dejaban las primeras, más por cansada la fé de responder, que porque careciese de respuestas que dar á la filosofía. Habló la una con signos reales; habló la otra con palabras misteriosas, pero dulcísimas; y buscando la religión el apoyo de la ciencia, y ampliando la filosofía sus ideas con revelaciones de la fé, en magnífica y perfecta armonía las dos, dieron al espíritu interrogador respuesta que sa-

tisfizo á su cavilosa cabeza y esperanzó á su atribulado corazón.

Todo ha hablado: el silencio está vencido: esta negación se halla deshecha: callar en absoluto, es imposible; alguna vez, en relación con caso, asunto ó persona, puede ser una necesidad y hasta una virtud; pero siempre será una falta. Hoy calla por el momento la caridad, cuando perdona, cuando estorba el daño ó ahorra el dolor y cuando se niega á la mentira y cede á la piedad; pero constantemente y por sistema, solo callan el cruel, el ingrato, el envidioso, el hipócrita, el ignorante y el nécio.

En cuanto al que otorga con el silencio, no calla, sinó otorga.

Por eso, por más que el silencio se use como alarde de conmiseración ó de alta prudencia y sabiduría, el sentido común le rechaza en nombre del instinto que repugna al mutismo, en nombre del deber que exige la lealtad y en nombre de la ciencia y la religión que han dado lenguaje á la tierra y los cielos, á la vida y á la muerte.

---

## II.

De nada es más fácil sacar partido que del silencio; porque el que lo usa como recurso ó subterfugio, sabe muy bien que la necesidad natural del pensamiento ageno y el disgusto instintivo y profundo que causa al corazón, le han de llenar de

alguna cosa así como una intención ó como un propósito más ó menos significativo. El artificio consiste en hacer que cuantos han de interpretar aquel pertinaz mutismo, coloquen en su fondo aquello mismo que se propone el silencioso. Por lo demás, el no decir, como el no hacer, apesar de que reclama oportunidad y maña, recurso es sencillo y, por lo común, poco expuesto. Es evidente que, descubierta la traza, se sigue el más inexorable ridículo; por eso este recurso no deja de reclamar cierta habilidad, ya que no talento á veces, y por eso le emplea mejor y con mayor constancia el que se halla falto de bondad y de ilustración, que el que carece de destreza y de ingenio. Pero supuesto ese arte de la vida que suelen desplegar los expertos y los prácticos en el comercio del candor popular y de la ignorancia de las mayorías, el silencio es de seguro efecto y de muy sorprendentes resultados.

La parquedad del labio se suele llamar *prudencia*; su inacción suele tomarse como signo inequívoco de *dignidad*, de *justificación* y de *sabiduría*. El charlatanismo es cosa femenil y despreciable, expuesta á mil peligros y dada á la crítica más acre y severa: el callar, por el contrario, es cosa de espíritus graves, formales y circunspectos. Por lo pronto el que calla no yerra: es verdad que tampoco acierta; más ¿quién puede evitar que los que le observan con ansiedad é interés supongan los maravillosos juicios y los atinados conceptos que ruedan por aquella misteriosa masa cerebral, y urdan y se desvivan por sorprender, siquiera sea en una contracción de aquel labio pertinaz ó un

destello de aquella mirada olímpica, un débil rayo de luz al menos de esos torrentes de claridad en que se agita su pensamiento, mariposa de aquel foco y fénix de aquel incendio?

Ofrécese una cuestión de esas que escítan la curiosidad de todo el mundo, por más de que solo duren un día: fórmase círculo en torno del que la inicia: toca la palabra como chispa eléctrica en todos los cráneos y la sacudida se hace general: se abren todas las bocas y salen por ellas las explosiones particulares de cada cerebro. En medio del bullicio que causan la lucha de los pareceres, el batallar de las pasiones y el chocar de los juicios, un solo personage permanece insensible, rígido y mudo; es el aislador de aquella corriente eléctrica, la sustancia neutra de aquel galvanismo: ¿es que está saturado de verdad? ¿es que bajo aquel cráneo se van acumulando los fluidos? ¿es que se concentra allí la tempestad y cuaja el rayo? Aquel personage semeja un pistolete de Volta ó una botella de Léiden: ¡ay, si descarga! El cansancio de la discusión ó el agotamiento de la materia hacen al fin que todas las miradas se claven en él: el disparador se aproxima, la chispa se acerca á la dinamita, la crítica, y á veces la procacidad, aplican la mecha á aquella máquina que parece cargada hasta la boca. Ya se le remueven los labios; ya ruge el huracán; un aliento sube desde su pecho cavernoso y toma sobre su lengua la forma de esta sentencia, lenta, fría y magestuosamente articulada:—«He aquí á lo que se exponen los hombres» ó esto otro:—«Lo había pronosticado:»—ó también:—«Tiene razón el mundo.»—Y el mun-

do exclama en efecto:—«Es un hombre de bien:—ó—«Es un sabio:»—ó—«¡Cúanta rectitud y cúanta magnanimidad!»—

He aquí todo lo que ha venido á llenar aquel hueco que cruelmente se mostró vacío: he aquí lo que, á falta de datos más reales y positivos, ha metido el espíritu público en el espacio de aquella conciencia y en el globo aereostático de aquella cabeza.

Ya desde pequeñito acostumbróse el niño socarrón á presentar el silencio ante la reprensión conminadora del padre ó los llorosos ruegos de la madre: la hipocresía y la insensibilidad hacían aparecer mudo al precoz delincuente en la penitenciaría del hogar doméstico: no obstante, el buen deseo y el amor paternos interpretaban aquel silencio, el uno, como ocupado por el respeto y el temor; el otro, como lleno de pena y de arrepentimiento, y ambos como expresión de la docilidad y la obediencia. La falta inmediata trajo luego el más doloroso desengaño á los progenitores, y las subsiguientes, torpemente ejecutadas ó providencialmente descubiertas, hicieron ver que el mutismo forma era de la mentira y la perversión; pero el silencio no pudo ser ya un vacío: tenia efectivamente un contenido; solo que era preciso taparle para que nadie lo percibiese y el disimulo se hacía cada vez más difícil, no solo por su duración, sinó por el número de espectadores; que ya la vida social no se desliza tan reservadamente como la doméstica.

He aquí el arte que tuvo que aprender el jóven y que llegó á alcanzar el hombre con mayor ó

menor perfeccion. El interes y el egoismo alen-  
taron para este árduo aprendizaje; la ingratitud,  
que constituye el fondo de corrupción de nuestro  
espíritu, facilitó el estudio; la hipocresía procuró  
magníficos recursos y sedujo con los primeros  
éxitos; la envidia afirmaba más cada dia la reco-  
lección de callar ante las grandezas y méritos age-  
nos; la crueldad encallecía el corazón y apretaba  
los labios; la ignorancia los forzaba á la inacción;  
la necesidad recibía el castigo por las infracciones  
de esta línea de conducta y la experiencia del  
mundo y la habilidad que da el hábito, conclu-  
yeron por hacer del silencio un rasgo de carácter  
y del hombre mudo un tipo social que las gentes  
cándidas ó imbéciles colocaron sobre el mísero  
pedestal de un falso concepto y adornaron con co-  
ronas de inmerecidos laureles é injustificado re-  
nombre.

Conclusión.—El silencio es una táctica mun-  
dana y grosera que la civilización va á revelar  
pulverizando el fantasma científico y aventando el  
polvo.

Hará cantar al pavo real, y reirá grandemente  
el mundo al oír su ridículo graznido.







## UN AUTO DE CALDERÓN.

---

(Mayo de 1881.)



UE fué Calderón insigne ingenio y que fué su siglo corrompido tanto como mogigato, dícenlo á voces la vida del hombre y los ataques de la envidia. Si la excelencia de aquel no fuera tanta, la animosidad de sus enemigos no apareciera tan clara: y como más bien, aunque por más penoso camino, se obtiene la medida de una virtud pesando las fórmulas de la injusticia que las expresiones del entusiasmo, llégase al aprecio exacto del gran dramático del siglo XVII prestando paciente oído á las habladurías de las gentes y espantados ojos á

cuanto con él hicieron, más despues que durante su honrosa existencia.

Dejemos á un lado todo lo que en varios tiempos se ha escrito por censores apasionados, por autorcillos mal avenidos con el aristocrático favor que siempre gozó nuestro don Pedro, ó por espíritus algo envueltos en el ténue manto de una religiosidad susceptible y maliciosa, tanto como asustadiza é intransigente, respecto á la dramática profana y aún á las comedias *místicas* y de *santos*, que tal vez más que las de la primera especie dieron pretexto, ya que no razón, para el escándalo de las gentes mogigatas y ultra-devotas.

Ya contra el zumbido acusador que murmuraba la especie de que el *sacerdocio no era compatible con la poesia*, aparentando lamentar aquella habilidad y aquel ingenio tan mal empleados, dijo terminantemente el reverendísimo padre maestro Francisco García de Palacios, de los clérigos mayores y examinador sinodal del obispado de Pamplona, invocando la autoridad de San Basilio, (Homil. 24):—«Lícito es á las cristianas ingeniosas abejas libar *aún de profanos Paraisos* sus rosas, dejando sus espinas al fuego del abismo, y chupando solas sus nácares y púrpuras, que han de endulzar al Mundo, é iluminar las Esferas con su propia luz y rocío;»—y ya, contra el anatema lanzado en nombre de la moralidad delicada de aquel famoso *senado* que en corrales y palacios aplaudía y ensalzaba, lejos de rechazar y de zaherir, las obras del fecundo dramaturgo, nos legó la rica colección de sus famosos AUTOS, que durante más de treinta años vieron y admiraron reyes y

magnates, cabildos y consejos, en días festivos, en muy solemnes ocasiones, inventados y escritos por orden de autoridades tales como el Patriarca de las Indias, y elogiados despues pomposamente por el censor Fray Juan Luis de Buitrago, y por los que en 1676 y en 1716 aprobaron el primer tomo y luego los seis de la colección que publicó seis años más tarde D. Pedro de Pando y Mier, el doctor D. Juan Mateo y Lozano, y el citado padre maestro Francisco García de Palacios.

Cierto es que, ni el carácter sacerdotal, ni las brillantes pruebas de su religiosidad profunda, ni la fama general de sus virtudes, ni sus entusiastas teologías dramáticas, ni la resolución exagerada de no escribir obras mundanales sinó bajo la presión del mandato real, y no ya para públicos corrales, hubieron de librarle de cierta saña, ó al ménos de un poco rebozado recelo contra su austeridad personal y la escrupulosidad de su conciencia, puesto que es sabido que la Santa Inquisición opúsose al pensamiento de la beatificación de D. Pedro, y que los Presbíteros Naturales de Madrid llegaron á suprimir el aniversario perpétuo establecido en sufragio por su alma, que fué como manifestar que se les importaba un bledo, de lo que fuera del espíritu pasado del sabio sacerdote tras los horizontes de esta vida, y que desaprobaron además los gastos de epitafio y monumento, que asimismo fué dar á entender lo poco que se les importaba cuanto se hiciese con los huesos del insigne poeta, y aún que fuera perdida su memoria, una vez aquellos escondidos en las silenciosas entrañas de la madre Tierra.

No más había de dársele al alma del Capellán de los Reyes de Toledo desde la altura en que podía contemplar tamañas ingratitudes é injusticias, hijas, más bien que de la largueza de la malicia, de la cortedad de vista de sus jueces; pero hoy, que la distancia hace con los entendimientos lo contrario que con los ojos, acláranse los méritos que esclarecieron al digno Capellán de Honor de Palacio, y prepárase la Pátria para vengar su injuria con una fiesta tan general como fervorosa y tan variada como espléndida. Sorda habrá de ser la Europa para no oír su ruido, y separación inmensa debe de haber entre Tierra y Cielo, para que no la escuche con purísimo júbilo el alma agradecida y española de D. Pedro Calderón de la Barca.

O es quizá que los destellos que despide una tumba, con llamarse la muerte la región de las sombras, hieren las pupilas humanas de una manera prodigiosa, y penetran los espíritus con rayos de justificación y de recompensa: en tal caso, prueba es el *Centenario* calderoniano de que el tiempo no borra toda especie de dogmas y de que el incendio de la moderna ilustración no debilita esos vivos fulgores de las creencias teológicas de ultra-tumba, como la claridad de las auroras no impide que sobre su fondo resplandeciente se dibujen con deslumbradora fuerza los rayos rojos que pinta la electricidad entre las heladas brumas de los polos. ¡Oh, celestial idea de la Eternidad, y como estás agarrada por las raíces de una dulce esperanza en lo más hondo del pensamiento! ¡Oh, poético dogma de la Inmortalidad,

y cómo te clavaste en el corazón y cómo te tiene en él la Humanidad entre sus más divinos y consoladores afectos!

Por ambos, idea y dogma, trabajó Calderón en sus Autos, que no es sin razón que el Cielo se los lance sobre la tumba por las cariñosas manos de su Pátria. Tanto glorificó á su Dios y esplicó y sensibilizó su religión y su culto, que en estos momentos esos ponderados ritos, esa religiosidad reanimada con figuras y esa Divinidad poetizada, cantada y reverenciada sobre el doble altar del templo y del arte, acuden á su sepulcro arrastrando consigo juventud y grandeza, sacerdocio y poder, ciencias y letras, acordes en un amor, unánimes en una idea, armonizados en una voluntad y refundidos en la más grande, más bella y más santa de las realidades: ¡la Pátria!

Llévose á Dios el teatro, y hoy el teatro viene á Dios; la fiesta calderoniana no es otra cosa que una religión inmensa realizada sobre la Península Ibérica con el firmamento por techumbre; el sol por lámpara; una tumba por altar; un pueblo por sacerdocio; y una justicia por hóstia. He aquí un auto del siglo XIX: déjesenos creer que es tan grato á Dios por lo ménos como las metafísicas representaciones y los misterios religiosos del siglo XI: este si que pudiera llamarse *Gran teatro del mundo*; que buen escenario es toda España, y no escaso auditorio el mundo, y no pocos personajes una nación entera, ni corto tiempo el de ocho dias para una representación.

Y cuenta que no otra especie de *Autos* admiráramos hoy en acción escénica. Quédese para

tiempos que hase dado en llamar por unos *siglos de oscuridad* y por otros *épocas de fé*, la ejecución figurada de esos misticismos que Tertuliano tuvo el acierto de calificar *de sacrilegos aún entre dioses de burla y gentiles de verdad*, como nuestro siglo llama á las cofradías y exhibiciones externas de santos y ceremonias levíticas, cosas dadas al escándalo y la provocación, y usos expuestos á la impiedad tanto como al fanatismo. Con gran prudencia hubo de prohibir la Iglesia por entonces tales representaciones, como no escaso sería su tino si en lo presente borrarse cuanto tienen de espectáculo teatral las augustas prácticas de la religión cristiana, é impidiese ciertas manifestaciones arriesgadas que más acusan atraso que celo, y más promueven á la culpa que escitan á devocion y enmienda. Vayan las gentes al templo impulsadas por el deseo de hablar con Dios y de escuchar la recta explicación y fecunda enseñanza de la doctrina, robustecida por la ilustración moderna y santificada por la virtud eterna, y no por el aspecto que ofrezca el altar, por la selecta música que halague el oido, ni por la elegancia y belleza de las damas y por la animación y divertimento que brindan la concurrencia y el caso. Sea Dios visitado por el cristiano, y no salga, las más veces deplorabilísimamente representado y exhornado, á pagarle la visita por esas calles, en las que ya no abundan la cándida sencillez ni la superstición abstraída, que se postra y reza ó admira y no entiende ni vé, ni tampoco es fácil hacer triunfar sobre las conciencias lo que rechaza el buen gusto, cuidadoso de las formas, ni imponer, por efectos extremados

de la creencia, lo que no pueden perdonar los críticos ni dejar impune el indiferentismo y la incredulidad, por desgracia dominantes.

Si hay dogmas que pasan, ¿no ha de haber prácticas anacrónicas? Principios y hechos, indígenas por la nacionalidad, son exóticos por el tiempo; que hay zonas en la vida como climas en el globo, y planta ó ley que florece y rige en un país ó edad, no pueden sustentarse trasladados á otra región ó siglo.

Por esto no hemos de lamentar que hayan desaparecido los Autos de la vida artística y de la vida religiosa, por más que entendamos que hemos perdido un tesoro de misticismo que ha debido trasladarse al corazón, y un gérmen fecundo de poesía dramática que ha penetrado en el hogar doméstico al enterrar en el pasado los *Sacramentales* de Calderón. Pero decimos mal: no están enterrados ni perdidos; lugar tienen honrosísimo y afectuoso en nuestras bibliotecas, que sucesos son de todas arqueologías, y no han de merecer más aprecio las ruinas de un palacio ó los restos de una manufactura, que las muestras de una manifestación artística, las huellas de una tradición ó las estelas de un sentimiento.

Resto precioso y rasgo de viva lumbre viene á ser ese bello libro que en 1717 dedicó á los Excelentísimos Señores Condes de Lemus D. Pedro de Pando y Mier; y prueba de que lo es, y de muy provechoso estudio todavía, que hemos de intentar la demostración sobre uno de esos famosísimos Autos, que encontramos el quinto entre los de la primera parte, bajo el título de *El gran*

*teatro del mundo*, y acerca del cual vamos á decir algunas palabras, que hora es ya de que vengamos á nuestro propósito.



Perla riquísima es este Auto de la rica corona mística que se fabricó este ingenio para su frente sacerdotal; y así como la gota de agua contiene en su esférico cristal todas las cualidades del raudal entero, así esta obrita muestra en pequeño el ingenio de Calderón, con su suavidad de forma y su profundidad metafísica, su riqueza de dicción y su pureza dogmática, su galanura de estilo y su trascendental enseñanza, su grandilocuencia poética y su elevación científica.

Aunque el pensamiento no es nuevo ni en su siglo ni en su mente, llega á darle altura y aspecto tales, que bien se revela en esta pequeña producción de algunas páginas al autor de *La vida es sueño*. Sueño viene á ser una comedia, y comedia es la que el Creador llama á desempeñar á los hombres sobre el escenario del Mundo; el *Sacramental* á que nos referimos: comedia universal y permanente que no envejecerá en la tierra como caducó en el teatro, y en que cada casta ó clase de aquellas en que el hombre llegó á dividir la sociedad, hállase representada por un personaje simbólico formado por Dios, á quien se atribuye el error de tal división, ya por ceder á las ideas de entonces, y ya quizá por hacer á los humanos obedientes á los preceptos divinos.

Achaque es viejísimo poner en Dios la razón de las injusticias del hombre, y no es Calderón el primer filósofo ni el primer cristiano que piensa

que en el Cielo se hacen reyes y mendigos, látigos y espadas, aunque bien parece que se da prisa á dulcificar tal idea con la consideración de que se trata de una comedia pasagera, con la creencia de que la igualdad prehistórica de las almas se interrumpe durante la vida terrena, para reanudarse en el fondo del sepulcro, y con el propósito, en fin, de aconsejar la abnegación á los débiles, pequeños y desheredados, y la dulzura, la caridad y la conmiseración á los poderosos, los grandes y escogidos.

No ya una teología, que sabido es que había de ser la cristiana, sale del Auto Calderoniano denominado *El gran teatro del Mundo*; una política, una teoría social, una moral bellísima y una filosofía entera, rebozadas en una seductora poesía y permufadas con incienso de los altares, se desprenden también de tan linda obra.

Y eso es lo que vamos á ver, aunque de pasada, porque con detención llegaríamos á dar á este escrito las dimensiones de un libro.

Abre la escena el *Autor* del Universo con un apóstrofe al *Mundo* que acaba de crear y que recuerda aquel otro que Rosaura dirige á su *hipógrifo violento* al empezar el poema titulado *La vida es sueño*. Acude la creación terrestre al llamamiento, y Dios le manifiesta como desea dar una representación en que el Cielo sea el auditorio y la autora esa *Compañía*, aún increada, que se llamará la *Humanidad*.

Parece que es Dios quien quiere divertirse, y lo que se propone realmente es que el *Mundo* aprenda. Así aconteció con los milagros: se pensaría

que el Cielo quiso ostentar su poder cuando en realidad pretendía no más que el hombre tuviera un prodigio para creer y una comedia para enseñar: la idea calderoniana se somete al proceso divino. Dios mismo repartirá los papeles; pero *según convenga*.

En larga tirada de ciento doce versos, que bien puede servir para acreditar su ingeniosa procedencia como obra de arte, aviénesse el *Mundo* á obedecer á su Hacedor; y tras el breve apercibimiento que hace aquel á los *mortales innatos*, dirige Este su potente evocación al género humano en una linda décima, cuyos cuatro primeros versos contienen la celestial doctrina de la igualdad de los hombres ante el Cielo.

Mortales, que aún no vivis,  
y ya os llamo yo *mortales*,  
pues en mi concepto iguales  
antes de ser asistis:

Esto es decir, que Dios piensa en la muerte al par que en la vida, sin duda porque en su mente todo es simultáneo, porque no puede dejar de ser mortal todo lo que nazca, y porque la muerte ha de ser la gran niveladora, puesto que ella pondrá fin á las desigualdades mundanas. Aún no son los hombres y ya se estiman iguales en la concepción divina; véase como no puede ser cierto que nazcan unos para mandar y otros para ser mandados como enseñó Aristóteles, ni que se marquen desde la mente de Dios esas distancias tan funestas que separan á los hermanos en la tierra.

Acuden siete figuras, ó siete almas, á las que el Hacedor va convirtiendo, á modo de un director

de escena ó autor de comedia de un teatro cualquiera, en un *Rey*, una *Virtud*, la *Discreción*, una *Hermosura*, un *Rico*, un *Labrador*, un *Pobre* y un *Niño*, y encargándoles la ejecución de esta máxima, argumento de la obra que van á representar:

Ama al otro como á tí,  
y obra bien, que Dios es Dios.

Es el resúmen del Decálogo cristiano: el pensamiento no puede ser más elemental; pero su fecundidad es inmensa.

Encárgase cada personaje de su papel, y claro está que fácilmente se avienen á ello el *Rey*, la *Hermosura* y el *Rico*; más ya el trabajador, aunque para prevenir su protexta, dice:

y pues tú sabes, y es llano,  
porque en Dios no hay ignorar,  
qué papel me puedes dar,  
si yo errare ese papel,  
no me podré quejar dél,  
de mí me podré quejar,

luego exclama al recibirle:

Seré mal trabajador:  
por vida vuestra, Señor,  
que aunque soy hijo de Adán,  
que no me deis este afán  
aunque me deis posesiones,  
porque tengo presunciones,  
que he de ser grande holgazán.

Resistencia del hombre al trabajo y censura de la holgazanería: alusión al rico suelo de España dejado en el yermo, y á las prodigiosas aptitudes españolas dejadas en la ociosidad y la ignorancia.

Y luego, azuzando un poco el autor la censura, con acritud cómica hácele decir al mismo personaje:

Como sois cuerdo, me dais,  
 como el talento el oficio;  
 y así mi poco juicio  
 sufris y disimulais:  
 nieve como lana dais,  
 justo sois, no hay que quejarme,  
 y pues que ya perdonarme  
 vuestro amor me muestra en él,  
 yo haré, Señor, mi papel  
 despacio, por no cansarme.

Bien claro resalta aquí que, en el sentir de Calderón, depende la pereza del brazo de la ignorancia del entendimiento: algo de sarcasmo se vislumbra en esto de decir que se da el oficio por la medida del talento; porque no cabe duda de que si el *Labrador* simboliza el trabajo material y este se endosa luego al que tiene *poco juicio*, esto equivale á exigir el esfuerzo físico á quien carece de vigor intelectual. Aprended, pueblos, que el oficio se dignifica con la ilustración, y que hallanse materia y alma en razón inversa, por cuanto en la obra humana hace ménos de bestia quien hace más de racional.

Pero en vez de prometer el labriego que hará más con el pensamiento en decoro de su individuo y descanso de su cuerpo, Calderón le declara impenitente y le presenta empedernido, haciéndole discurrir de esta manera desvergonzada, si no fuese cándida:

ya haré, Señor, mi papel  
 despacio, por no cansarme.

¿Cree el poeta que no se renuncia jamás á las dulzuras de la pereza? ¿O es que sabe esto por experiencia y persigue tal vicio el sacerdote? Por desgracia razón tiene y sobrada: hoy mismo se nota que, aunque se despierte el pensamiento y se active el juicio del trabajador, suele el brazo caer por su peso; pero esto debe explicarse porque la inteligencia se nutre con el periódico ó la novela y porque las manos descansan sobre las mesas de las tabernas, ó se agitan con los naipes entre los dedos.

Más enérgica es todavía la protexta del mendigo: y natural es esto; porque no habría alma que, á tratar con Dios antes de nacer, se aviniese gustosa á traer á la vida misión tan infortunada. Así exclama:

¿Por qué tengo de hacer yo  
el Pobre en esta comedia?  
¿Para mí há de ser tragedia  
y para los otros no?  
Cuando este papel me dió  
su mano, ¿no me dió en él  
igual alma á la de aquel  
que hace al Rey? ¿Igual sentido?  
¿Igual ser? ¿Pues porqué ha sido  
tan desigual mi papel?  
Si de otro barro me hicieras,  
si de otra alma me adornaras,  
menos vida me fiaras,  
menos sentido me dieras;  
ya parece que tuvieras  
otro motivo, Señor,  
pero parece rigor

perdona decir cruel,  
 el ser mejor su papel  
 no siendo su ser mejor.

Quitando la cultura de la frase, que hace aún más cuidadosa el respeto religioso, ¿qué otra cosa dice cualquier proletario socialista ó cualquier obrero en huelga? No es fácil explicar estas desigualdades ni acallar los enojos que ellas levantan, con todas las filosofías del mundo: más en cambio, cosa es sencillísima y segura irritar con tales comparaciones los ánimos y mantener viva la enemistad que se agita sorda entre pobres y ricos desde el origen de las sociedades.

Por esto pone sin duda gran cuidado Calderón en dejar satisfecha la queja del mendigo, haciendo que Dios se detenga á contestar de este modo:

No porque pena te sobre  
 siendo Pobre, es en mi Ley  
 mejor papel el de Rey,  
 si hace bien el suyo el Pobre:  
 uno y otro de mi cobre  
 todo el salario, despues  
 que haya merecido, pues  
 con cualquier papel se gana,  
 que toda la vida humana  
 representaciones es.

La réplica, aún puesta en los divinos labios, algo se resiente de lo humano en ser débil y poco satisfactoria. Ser la vida entera una comedia no puede consolar del trabajo y la dureza del papel que hay que representar en ella, y el cual hacen más intolerable la imposición y la desigualdad. En verdad que bien desempeñado es de sublimes

efectos y de muy provechosas consecuencias; más ahí precisamente está la dificultad; en desempeñarle bien; que no es fácil, ni siquiera llevadera tarea hacer en la vida el papel de *Pobre*, en tanto que con seguridad es cosa dulcísima y codiciable representar el de monarca, no obstante que no debiera haberlo sido nunca, dadas las dificultades del asunto y dado que no fué entendida la cosa con toda su gravedad é importancia y que ménos será aceptable mañana, si se atiende á las quiebras que va teniendo el oficio. ¡Conquista prodigiosa la de la moral, si llega á colocar los andrajos sobre la púrpura y á hacer preferible la corona de espinas á la diadema de brillantes!

Consuele al hombre la idea de que si es difícil el papel de *Pobre* por las asperezas de la virtud, mucho más lo es verdaderamente el de *Rey* por los peligros de la tentación. Por eso se dice en los Evangélicos que es más fácil hacer entrar á un camello por el ojo de una aguja, que á un rico por las puertas del cielo.

Piden los actores el ensayo de la comedia y niégaselo el *Autor* en razón de que la vida cosa es que se ha de acertar, de que en ella hay necesidad de estar siempre prevenidos para cuando toque salir, y de que es Dios mismo quien llama al finalizar cada cual su papel: porque

Para esa común grey  
tendré desde el Pobre al Rey,  
para enmendar al que errare  
y enseñar al que ignorare;

y en fin, en razón de que á todos dió el Hacedor *libre albedrio*. Con un entendimiento, con una li-

bertad y con la grey sacerdotal que corrige y enseña, no es difícil en verdad el acierto; antes al contrario, desaparece en cierto modo el mérito que contraería nuestro ingenio al dar con la solución de esa charada en que se hace consistir la existencia terrena. Apuntado queda aquí el deber del cristiano; más también lo está el de la Iglesia: vea cada cual como lo cumplió hasta aquí, y como ha de dejarlo satisfecho en adelante. Pastor es el sacerdote y vasallo el lego: ¡ay! si aquel desuella á éste para tejerse el vestido, y ¡ay! si este arranca aquellas cruces y joyas que resplandecen sobre los ricos ornamentos de aquel para convertir las en pasto con que acallar el hambre....

Va el *Mundo* entregando á cada personage los vestidos y atributos que exige su papel: el *Mundo*, entiéndase bien, que es quien adorna á las gentes á su manera, ya que en el AUTO calderoniano no sea quien reparte los papeles. Dale púrpura y laurel al *Rey*, carmín y nieve á la *Hermosura*, oro y dichas al *Rico*, tierra y ayuno á la *Discreción*, y como se niega el *Labrador* á mostrar su papel, dice el *Mundo*:

De tu proceder infiero  
que como bruto gañán  
habrás de ganar tu pan:

que no de mejor manera trata el *Mundo* á quien trabaja. Y luego dale un azadón como por fuerza, lo cual hace al mísero *Labrador* renegar de su padre Adán y de la galantería paradisíaca con que acudió á dar de comer á la *bachillera* de Eva.

Más tal es el sentido de aquella terrible sentencia fulminada contra el primer pecador condenán-

dole al trabajo y tal la manera de hacerla cumplir el *Mundo*, que de continuo arroja la azada á los piés del *gañán*, sin moderar su acción con la ternura ni alentar el ánimo con una sola esperanza. Sin duda por esta dureza debátese el hombre sin cesar contra esa ley, y busca en la astucia recursos que no le ofrecen ni la razón ni los privilegios: *comer sin trabajar* ha sido siempre el problema social: medianamente resuelto le han ofrecido, y de una manera en cierto grado y forma monstruosa, el delito á precio de la conciencia y la política burocrática á precio del decoro y del patriotismo en nuestras modernas nacionalidades; más la moral no le ofrecerá jamás á ningún precio.

Llega el *Pobre*, pide pesares y desdichas con cristiana abnegación, y como si ya estuviese persuadido de la santidad y grandeza de esa misión que cumple el dolor en la tierra, entretiénese en enumerar todas las desventuras que lleva consigo la pobreza, como para que el *Mundo* no tenga la defensa de ignorarlas. No se conmueve este en efecto; antes alza su voz egoísta é implacable, y sin atender al encargo providencial que allí desempeña, y no contento con negar, no ya sus favores, pero ni aún sus recursos, quita al *Pobre* las ropas y le deja desnudo y frío, á más de hambriento, para que no se pueda dudar de que acude á su obra natural como enemigo del alma.

Transfórmase sobre esto la decoración escénica: aparece á un lado un globo que, abriéndose, deja ver un trono de gloria en que está sentado el Criador, y al otro un segundo globo cuyo interior figura una estrecha morada con dos puertas

opuestas; la cuna y el sepulcro: aquella morada es la vida: la cosa está bien imaginada.

El *Mundo* ocupa el centro de la escena como señor de aquellos dominios y, sobre él y entre nubes, se percibe la *Ley de Gracia*, encargada de dar á la Humanidad la enseñanza que necesita, para cruzar sin tropiezos aquella cortísima distancia que separa el nacer del morir.

Veamos como la desdichada Humanidad la entiende y cumple.

La *Hermosura* tienta á la *Discreción* que, en hábito de religiosa, se niega á salir de sus prisiones rompiendo los votos de su apacible clausura y sentando la ascética doctrina de que las obras de la Naturaleza son para admiradas y dar gracias á Dios por ellas; pero no para gozarlas *sin memoria del Criador*.

Toda la moral natural, que condena entre nosotros los frecuentes abusos contra los seres inferiores, hállase encerrada en este último pensamiento en que pone el límite de esa tiranía omnilateral ejercida por el hombre; y aunque parece dura la respuesta de la *Discreción* no distinguiendo en ella el goce lícito del ilícito, el autor del Auro saca de esta cóntroversia la punzante experiencia de que

poco tiempo se avinieron  
hermosura y discreción.

Y así en el *Mundo* efectivamente sucedió, puesto que en él la belleza solo empezó á entrar en juicio cuando se vió marchita y lastimada: esto es, que nació á la verdad cuando murió el placer; mientras que la *Discreción* fué consuelo y re-

curso de paz, y como indemnización de males materiales, que exagerada dió en el egoismo y por él pudo tropezar en la envidia y lanzar dardos contra la *Hermosura* á traves de las rejas de sus cláustros.

En la muger es donde más reñida se da la batalla entre los dones del alma y las perfecciones del cuerpo: y Calderón, que tan bien las conocía pues que tan habilmente las pintaba, preciso es que manifestase ese antagonismo entre la vanidad de los amantes y la severidad de las virtudes. La bella desdeña á la discreta y esta reprende á la hermosa; valiera más aquella si engalanase con la cultura su alma tanto como la Naturaleza quiso adornar su cuerpo, y sería más virtuosa esta última si su talento, atemperado por la bondad, la contuviese antes de llegar á las tristezas de la envidia y á los furoros de la rivalidad. La ilustración cura los males de la hermosa; la moral los de la discreta; que si malo es ser bella é ignorante, aún peor puede ser llegar á sábia conservándose cruel é impía; y tanto repugna una cortesana cubierta de vistoso aljófár el cuerpo seductor, como una pedagoga que disfraza sus odios con los hábitos religiosos.

Lleno de soberbia, ardiendo en ambiciones, pródigo en sus vanidades y hambriento de sensualidad, preséntase el *Rico* seco, repleto de vicios, porque siempre anduvo el oro en tercerías del libertinage, y Mercurio fué el dispensador de la riqueza, que hizo en todas partes el negocio de las pasiones. Faltábale haberle hecho avaro; más prefirió Calderón dibujarle con la nécia es-

plendidez del egoismo, y guardó ese tilde para señalarle cuando el *Pobre* se acerca á pedirle limosna; que siempre fué corto para los demás quien es largo consigo mismo, y están los favores en razón inversa de los despilfarros.

Formando oportuno contraste con la riqueza, llega primero el *Labrador*, en cuya lamentación adviértese algo de la política de la época, no muy diferente en verdad de la que hoy *hacemos*; pues dice el labriego:

En cargando algún tributo  
de aqueste siglo pensión,  
encara la puntería  
contra el triste Labrador.

Estrofa es esta que debió hacer sonreír á las gentes, aunque en la sonrisa se mordiesen los labios los confeccionadores de los presupuestos y se calentasen las manos con el aplauso los que se creyeron vindicados por el poeta. Calderón llama al tributo *pensión*: esto es, achaque de la época, tiranía del gobierno; y lo asemeja á un tiro, puesto que la puntería encara al productor ó sea á la clase contribuyente del país, simbolizada en el personage que se lamenta.

Véase luego la reacción dictada por el viejo, y sigue diciendo esta figura:

Más pues trabajo y lo sudo,  
los frutos de mi labor,  
me ha de pagar quien los compre  
al precio que quiera yo.  
No quiero guardar la tasa,  
ni seguir más la opinión  
de quien, porque ha de comprar,

culpa á quien no la guardó.  
Y yo sé que si no llueve  
este Abril, que ruego á Dios  
que no llueva, ha de valer  
muchos ducados mi troj.

He aquí la tiranía irrespetuosa, ilegítima y egoísta, subiendo de abajo arriba: he aquí la teoría económica del proteccionismo nacional buscando en la escasez y dificultades de la oferta y en la necesidad y aumento de la demanda, la arbitrariedad del precio y la usura en el interes: he aquí esos sempiternos cálculos del *Labrador* que cuenta con la lluvia y la nieve, con el ardor del sol y la sequedad del suelo para hacer su negocio, y que nada le importan los apuros del proletario, si el sudor de los infelices gotea en sus arcas bajo la forma de áureas monedas.

Acentuado el contraste con la opulencia, viene á la vida el *Pobre* quejándose melancólicamente de su destino y pidiendo al Cielo paciencia, que con gran tino y piadosa intención puso el poeta en alianza la virtud con la pobreza: y da principio el diálogo más interesante y trascendental que pudieran sostener las castas y los vicios sobre la faz de la tierra cubierta de flores y llena de luz y de perfumes, como para hacer mayor oposición con esos famosos señores de la Creación y siervos de sus pecados.

El *Pobre*, que es como si dijéramos el *microcosmos* social, va apuntando todo lo que descubre desde la árida cima de su infortunio, que es como mirar desde un Gólgota á los gentiles. Dice así:

Desde la miseria mía

mirando infelice estoy  
 ajenas felicidades:  
 El Rey, Supremo Señor,  
 goza de la Magestad  
 sin acordarse que yo  
 necesito dél:

No podía atreverse á más el ingenio palaciego,  
 poeta de la grandeza, y al fin Capellán de honor  
 de S.S. M.M.

la dama,  
 atenta á su presunción,  
 no sabe si hay en el Mundo  
 necesidad y dolor:

¿Qué mucho, si la ha pintado jóven y hermosa,  
 y por remate nada juiciosa ni discreta?

la religiosa, que siempre  
 se ha ocupado en oración,  
 si bien á Dios sirve, sirve  
 con comodidad á Dios.

Tampoco pudiera decir más un sacerdote: es ingerir el egoismo bajo una tímida frase hasta el fondo de los conventos, negando esa austeridad de vida y esos cilicios corporales en que el *Mundo* alucinado funda su respetuosidad y hasta su veneración para con las *virgenes del Señor*: es dar á entender que no siempre ha de bastar la clausura para escitar la admiración de las gentes ni fundar la fama de santidad, porque tras las paredes espesas de una cárcel anacorética, lo mismo puede vivirse en penitencia que en sosiego del mal y hasta en regalo del bien; ya es bastante con indicar todo esto.

El Labrador, si cansado

viene del campo, ya halló  
honesto mesa su hambre  
si opulenta mesa no.

Y debe darlo por suficiente; que vientre lleno á Dios alaba, y no hemos venido á la tierra para henchir de manjares el cuerpo, sinó de bondades la conciencia.

Luego concluye el *Pobre* con esta triste reflexión:

Al Rico le sobra todo,  
y solo en el Mundo yo  
hoy de todos necesito;  
y así llego á todos hoy,  
porque ellos viven sin mí  
pero yo sin ellos no.

Pídele seguidamente limosna á la *Hermosura* que, entretenida con el espejismo de sus vanidades, ni siquiera le escucha: entonces pídele al *Rico*, quien le contesta desabridamente como hombre importunado:

¿No hay puertas donde llamar?  
¿Así os entraís donde estoy?  
En el umbral del zaguán  
pudierais llamar, y no  
haber llegado hasta aquí.

Olvídase Calderón de ponerle á este personaje un látigo en la mano; pero tal vez no lo hizo conceptuando que algunos hombres llevan una fusta por lengua.

Tiende el mendigo la mano al *Rey*; encuéntrase los dos polos sociales, que es como si se enroscara el eje de la esfera moral; más cuando pudiera temerse que estallara una tempestad, Calde-

rón solo se atreve á suavizar los hielos del desdén con el agudo fuego de la hipocresía.

La respuesta del monarca parece constitucional:

Para eso tengo ya  
mi limosnero mayor.

Y dice el *Mundo*, y dice muy bien:

Con sus ministros el Rey  
su conciencia aseguró.

Por lo visto, el dar limosna es asunto de gobierno; ó si entra en eso de reinar, el Rey Felipe IV husmeaba ya en los aires políticos el aforismo moderno que dice: *El Rey reina, pero no gobierna*; porque solo así puede concebirse que tolerara la lección, á menos que, al escucharla, no digese para su ropilla: *esto no reza conmigo*.

Finalmente; el *Pobre* pide al *Labrador*, invocando en su favor esa bendición del Cielo que se manifiesta por la centuplicación de la semilla en los campos; más he aquí la grosera respuesta del *gañán*, á quien solamente puede servir de disculpa el escaso juicio que Dios le concedió:

Si me lo dió

Dios, buen arar y sembrar,  
y buen sudor me costó.

Decid; ¿no teneis vergüenza  
que un hombrazo como vos  
pida? Servid noramala;  
no os andeis hecho bribón.

Parece esta respuesta cogida en nuestros labios: y si no lo está, será porque en todos tiempos ha usado la sociedad el mismo language.

Quiere luego el labriego endosar al mendigo su azadón, que no parece sinó que le quema la

mano; pero aquel objeto, en la comedia que ejecutan, no toca al papel de *Pobre*, sinó al de *Labrador*; y éste, sin sentir el peso de tal razón, responde con toda una utilísima filosofía que debiera aprender la pobreza para redimirse de sus miserias.

Pues, amigo, en su papel  
no le ha mandado el autor  
pedir no más y holgar siempre,  
que el trabajo y el sudor  
es propio papel de Pobre.

—Sea por amor de Dios.

contesta el infeliz, sin decidirse por eso á trabajar, que no suele ser esta la resolución á que fácilmente se inclina el hombre, ni aún aguijado por el hambre.

Pídele, en fin, á la *Religión* y ésta le da un pan; más al dárselo desfallece y el Rey mismo se adelanta á sostenerlo, detalle oportuno y elocuente de la acción dramática en que se manda al sacerdocio que dé el alimento, aunque se sienta extenuado, y al soberano que defienda y sustente la fé cristiana como elemento de amor para la sociedad, de actividad para el trabajo, de pureza para las costumbres y de orden y felicidad para el Estado y para la Ley.

De tantos errores reconócese despues el Cielo indirectamente culpable, puesto que los consiente pudiendo enmendarlos; más en fuerza del don de la libertad otorgado al hombre, y con objeto de no privarle del bien de sus virtudes, levántase á decir por medio de su *Gracia*:

Obrar bien, que Dios es Dios.

El desenlace se aproxima: las puertas del sepulcro se abren para tragarse á todos los seres que han lanzado á la vida las de la cuna; el primero que se siente devorar por la muerte es el *Rey*, que se ve arrastrado por un poder superior á su voluntad y se hunde en las sombras del ataúd pidiendo perdón por sus yerros: síguele la *Hermosura*, no sin que el autor filósofo señale el olvido á que el *Mundo* condena á los muertos, y sin que el *Labrador* deje oír esta peligrosa frase;

No falte en Mayo  
el agua al campo en sazón,  
que con buen año, y sin Rey  
lo pasaremos mejor.

Egoísmo fué sin duda lo que quiso expresar aquí el gran Calderón, y se le vino á la pluma una idea de política republicana. ¿Era posible concebir la vida social sin *Rey* en los tiempos del absolutismo austriaco? Aún viendo la monarquía decadente y próxima á su ruina, ¿es de pensar que alguien creyese que se podía vivir mejor sin trono, y que creyéndolo lo digera? Pasó la frase sin duda, por lo alejado que estaba tal pensamiento ó por lo opuesta á él que fué la interpretación; pero siempre quedó marcado en el fluido romance del poeta ese indiferentismo con que se ven desaparecer de la escena del *Mundo* las figuras más imponentes, sin que se les ocurra otra cosa á los mismos mortales que volver desdeñosamente la espalda á los entierros, diciendo con perfecta tranquilidad: *sigamos la conversación.*

¡Qué presto se consolaron  
los vivos de quien murió!

exclama el *Mundo* con cierta tristeza sardónica; y responde el *Labrador* con su gramática parda:

Y más cuando el tal difunto  
mucho hacienda les dejó.

Observación que ha condensado en sus efectos prácticos el pueblo, en este grosero aforismo: *El muerto al hoyo y el vivo al bollo.*

Cae luego la *Hermosura*, como decíamos, perseguida en sus últimos instantes por esta otra sentencia:

Que en el alma eres eterna  
y en el cuerpo mortal flor. :

Verdad que arranca á la belleza un amargo arrepentimiento de última hora como el del Tenorio, que en algo se han de parecer muger hermosa y mancebo galán.

Dedícale la *oración fúnebre* el *Labrador*, puesto que es justo que la materia cante á la sensualidad, y que la cante en estos términos:

No nos falte  
pan, vino, carne y lechón  
por Pascua, que á la Hermosura  
no la echaré menos yo.

Frase de un anacoretismo epicureista, tan propia como ruda.

Sigue el orador que acaba de pronunciarla en la tarea del morir, hallando inoportuna la ocasión por no dejar en sazón su mies y recelar que, si con frutos suelen olvidar los hijos el testamento de sus padres, sin ellos no hay que decir lo que sucederá. No obstante, tan aburrido se halla de la vida, que no puede haber vida dulce con trabajo agrio, que se aviene con la muerte, y aún dice:

pésame que no me pese  
de no tener gran dolor.

Tócale al *Rico*, y en los momentos en que aconseja convertir en opípara mesa la tumba del obrero, haciendo Dios del vientre y brindando á gozar á prisa de tan breve vida: le hiere la muerte al mismo tiempo que al *Pobre*, para que aparezca más clara la idea de la nivelación realizada á las puertas mismas del sepulcro.

El *Pobre* muere recordando las palabras de Job.

Perezca, Señor, el día  
en que á este mundo nací;  
perezca la noche fría  
en que concebido fuí  
para tanta pena mia!

Y acaba:

No porque si me he quejado  
es, Señor, que desespero  
por mirarme en tal estado;  
sinó porque considero  
que fuí nacido en pecado.

Maldición del pecado, significado en el día.

Admírase el *Rico* de la conformidad del *Pobre* ante la muerte, y más se habría admirado ante la del nacimiento si lo presenciara: y á la expresión de la gratitud de aquel infeliz porque van á terminar todos sus dolores, opone el dichoso que va al sepulcro como si fuese *ahorcado*, porque deja en la hacienda el corazón.

Ofrécese tras esto á morir la *Discreción*, y espira aconsejando á los hombres que se enmienden de los yerros que acaban de ver representados.

Siguen los premios.

El globo celeste muestra ahora en su centro una mesa exhornada para un banquete espiritual y ostentando un cáliz y una hostia: Dios está sentado á ella é invita á cenar con El á los actores de la compañía, en esta forma: el primero que se sienta á su lado es el *Pobre*, á quien tan alta merced hace exclamar:

¡Dichoso yo! ¡Oh, quién pasara  
 más penas y más congojas!  
 Pues penas por Dios pasadas  
 ¡cuando son penas son glorias!

¡Gran consolación y suma fortaleza se desprenden de estas palabras, que no parece sinó que las tomó de los labios del sacerdote agonizante y las trajo vivas en la memoria!

¡De gran importancia y mucha conveniencia sería que el *Pobre* las escuchara sin cesar de boca de esa grey, que, para pronunciarlas infatigablemente, puso Dios en el *Mundo*, y que al par las viese por ella confirmadas en la conducta y robustecidas por el ejemplo!

Tras del *Pobre* sube al Cielo la *Discreción*; esto es, la *Religión*; pero, entiéndase bien, *tras del Pobre*: esto es decir como que la pobreza es la primera de las religiones cuando se compadece con la virtud, y como que la miseria, expuesta á las rozaduras del *Mundo*, merece más que la religiosidad resguardada con los muros del santuario.

Condenados quedan por lo pronto al Purgatorio, *Rey*, *Hermosura* y *Labrador*: este porque simboliza un trabajo imperfecto y pecaminoso; pero la Religión intercede por el monarca y Dios accede á los ruegos de la Religión; esto por lo que

pueda pensar el Soberano y por lo que interese al sacerdocio; así el dogma se salva y los fueros celestiales de la Iglesia se confirman en el AUTO SACRAMENTAL de Calderón.

Apela el *Labrador* á las bulas de Roma, en vista de lo que acaba de oír, y sálvase, en efecto, por ellas; sálvase asimismo la *Hermosura* por poder de la misericordia infinita, y sólo el *Rico* se condena, puesto que el *Autor* le lanza de su compañía en castigo de su ambición insaciable. He aquí el pecado que Don Pedro halla indigno de perdón; pecado aristocrático, adherido al poder y al oro, y extendido, por tanto, en esa misma córte, de la que Calderón fué tan bello ornato.

De una figura del Auto nada hemos dicho: habla poco en él y hace un papel doloroso y para el que no hallamos otra explicación que una teología envuelta entre las sublimes brumas del dogma: es el *Niño*. Este trae á la vida el destino de la flor de un día, y los alientos de una mariposa de primavera: es un alma más que un cuerpo. Hácele el *Autor* con el sentimiento del morir clavado en el espíritu; y apenas abre sus tiernos labios, ya empalidecidos con el fuego del postrer suspiro, manifiesta que tiene conciencia de que su misión no es otra que la de vagar entre dos sombras, pasando rápidamente de la cuna al sepulcro, que es como ir de una á otra sepultura.

Hácese la comedia y el *Niño* no aparece: y al preguntarle el *Mundo* porque no vino á su tiempo, contéstale sencillamente:

La vida en un sepulcro me quitaste;  
allí te dejo lo que tú me diste.

Si esta frase no estuviera en boca de un *Niño*, equivaldría á un sarcasmo; puesta en los labios de un ser tan inocente, no puede tomarse ni siquiera por una reconvención; pero figúrese el auditorio todo el poema de dolor que envuelve trasladada al corazón de los padres.

Luego, cuando Dios empieza á distribuir los premios, pregunta el *Niño* con el mismo candor:

Si yo no erré mi papel,  
¿porqué no me galardonas,  
gran Señor?

—Porque muy poco  
lo acertaste:

contesta el *Autor del Mundo*: y luego añade como principal razón:

y así ahora  
ni te premio, ni castigo:  
digo, ni uno ni otro goza,  
que en fin, naces del pecado.

El dogma triunfa por completo, naciendo el Limbo de esta palabra; pero la ternura de Calderón lanza como suavísimo gemido una protexta contra este fallo, poniendo en boca de aquella inconsciente criatura el eco de esta inspirada queja.

¡Gloria y pena! ¡ay! ¡pero yo  
ni tengo pena ni gloria!

Las chirimías y el *Tantum ergo* cierran este bellísimo Auto.

Por los ejemplos tomados de él se advierten las excelencias de la forma; por los pequeños comentarios que dejamos apuntados puede medirse la profundidad de los pensamientos; y por la descripción general del argumento y la acción la grandeza y la religiosidad de la idea.

Es muy probable que nuestras apreciaciones hayan caminado torcidamente, y que alguien pueda decir que hemos violentado el sentido de Calderón y equivocado sus intenciones: posible es, porque los juicios están hechos á través de dos siglos de distancia y por entre las creencias particulares que llenan un entendimiento débil y oscuro; más el propósito es bueno, y si no la crítica de estos tiempos, lo habrá de apreciar en justicia el alma de Calderón, cuya sombra se alza magestuosa ante el amoroso clamoreo de su pátria y sonríe un momento al autor de estas líneas que, con el rubor en la frente y la mano temblorosa, va á depositar á sus plantas, entre tantos, el más humilde de todos los tributos.

Mayo 1881.





## CÁDIZ PINTORESCA.

---



ALLI donde la Naturaleza, esa inagotable artista, había dibujado la plácida orilla de los mares occidentales y pintado en ella una enorme roca, que fuese como el punto final del plano en que iban á rematar los redondos trazos del mapa de Europa, allí el ingenio mercantil de los especuladores de Tiro creyó útil levantar los fuertes muros de una ciudad. Yo no sé si hicieron fortaleza ó arca: sé que la ciudad no acertó luego á resguardarlos contra la indignación ibérica ni la ambición cartaginesa; pero que la colonia fenicia amontonó tesoros que escitaron despues la codicia de extrañas naciones.

Más pasaron los tiempos de la rudeza, los años

del hierro y de la piedra, y vinieron los siglos de la civilización y de la riqueza y las épocas del florecimiento y del progreso, y aquella construcción, murada contra la enemistad y la codicia y abierta al trato de las gentes y á las ganancias del comercio, levantó dentro de su cinturón de piedra y sobre las viejas ruinas que escombraban el duro cimientto de la antigua Gádir, una bella ciudad blanca como las espumas que al lamerla formaban los mares, limpia como las cristalinas ondas que la besaban, resplandeciente como su cielo, fresca como sus brisas y graciosa y bella, elegante y fantástica como el espíritu meridional y el sentimiento artístico que parecían, aún sin saberlo, presidir á su formación.

Cádiz quedó fuerte y dura por fuera y suave y blanda por dentro. Inmensa cristalización de la sal de sus aguas cuajada sobre las rocas ó enorme montón de perlas ordenado bajo las olas y levantado luego sobre la ondulante superficie del mar, para que maravillase al mundo con su mágica arquitectura: tal parecía Cádiz. Vénus habria asemejado saliendo de entre las espumas, si la diosa del amor hubiese aparecido trayendo sobre sus carnes de nácar y rosas la fuerte armadura de Minerva.

La guerra puso en su recinto ceñidor de piedra y bocas de bronce; el arte, para hacer olvidar la amenaza de los hombres y las traiciones extranjeras, tendió una alfombra de flores sobre la roca; levantó palacios para el lujo, templos para el sentimiento, escuelas para la idea, teatros para la amenidad, jardines para la salud, bancas para el cál-

culo, cómodas vías para la doble circulación del negocio y del afecto, y construyó, en fin, un paraíso seductor y atractivo que pronto fué emporio para el comercio y alcázar para el placer, asilo para la libertad y fuente abundantísima para la ilustración y la riqueza.

Pocas veces se ha acordado Cádiz despues de su fortaleza: solamente cuando han venido á recordársela el ángel divino del *patriotismo* ó la diosa inmortal de la *libertad*; pero en cambio, con frecuencia se acuerda de su hermosura; siempre que hieren su memoria los hábitos de prosperidad y de esplendidez, la necesidad y el apego á los goces y las aspiraciones y tendencias á todo lo bello, lo noble y lo grande.

Respíranse aquí los alientos de lo infinito en el inmenso cristal de estos mares; siéntense los destellos del Cielo que caen envueltos en ondas de luz de ese otro mar azul y transparente que se extiende insondable y sin límites sobre nuestras cabezas; vienen las brisas, impregnadas en aromas arrancadas á esos dos abismos, á orear nuestras frentes, como para darnos los besos que nos envían desde otros mundos espíritus desconocidos, y oyéanse á veces armonías que parecen angélicas y que los aires elevan y reparten, como para hacernos pensar que vienen de lo alto, cuando realmente son los acentos del amor y la ternura y las sonrisas del placer y la esperanza de nuestras mugeres, las más hermosas del mundo y las más amables de la moderna humanidad.

Flotamos entre estos tres océanos: uno de luz sembrado de soles, sobre nuestras frentes; otro de

agua formado de perlas, bajo nuestras plantas; y un tercero de amores y deseos, de ensueños y de antojos que constituye nuestra atmósfera y brota de nuestros alientos, extendiéndose á nuestro alrededor; ¡que mucho que sumergidos en estos tres mares vivamos *mareados*, si hay razón hasta para naufragar en olas de ventura y tempestades de placer!

El estío va haciéndose propiedad de Cádiz; es la parte del año que ha escogido para sí. Sin duda desdeñó el otoño porque es la época en que caen las hojas y se marchitan las ilusiones, se nubla el sol y se oscurece el mar: quizá huyó del invierno porque es la estación en que el hogar nos roba á la juventud, y el tiempo de la meditación y de los cálculos; porque son los dias en que amanece tarde, en que abundan las sombras y en que ruge el océano; y tal vez no pensó en la primavera, porque Cádiz vive en una primavera eterna, ó lo que es lo mismo, porque puede hacer una primavera cuando quiere: bástale un rayo de sol, un trozo azul en el firmamento, un soplo tibio en sus brisas, y no bien se lanzan sus mujeres á la calle, se tapiza la ciudad de flores, resuenan las armonías, como gorjeos de las aves, osténtase el lujo para aumentar el esplendor del dia y renacen la animación y la vida por todas partes.

Hizo bien Cádiz en tomár para sí el estío; hay más luz durante el día; más poesía durante las noches; más irradiación en los rostros; más apacibilidad en los espíritus: el mar arrulla, las brisas suspiran, los ojos parecen estrellas, las bocas parecen claveles, las mejillas reflejan las tintas de la

aurora, las frentes despiden el pálido fulgor de la clara luna, los alientos se perfuman y los corazones se caldean: todo ríe, la ciudad y sus habitantes: todo seduce, la Naturaleza y el trato social: todo nos agita y conmueve, el hogar impulsándonos hácia fuera; el paseo deteniéndonos en su centro: lo que se vé hace olvidar las penas; lo que se oye hace brotar la esperanza; lo que se siente hace delirar con la ventura.

Era una noche de esas que pinta el pincel divino en el lienzo de la tierra y refleja con celestial pureza el espejo de los cielos. Fatigada la vista, agitado el pecho, cansado el cuerpo y herida la fantasía con los destellos de tanta maravilla, hube de dejarme caer sobre uno de esos rústicos asientos circulares que hay en nuestro jardín de las Delicias: encendí un cigarro, eché hácia atrás la cabeza y quedé abstraído mirando las estrellas á través del ligero velo que formaba caprichosamente el humo que se escapaba de mis labios. Me creía solo, ó por mejor decir, nada me importaba hallarme acompañado: y en efecto; bien pronto noté que á mis espaldas había quien diese forma oral á los pensamientos que iban cruzando por mi cerebro. Eran extranjeros de los que vienen á visitarnos atraídos por nuestra belleza natural geográfica y nuestros incentivos artísticos y generosos.

Uno de ellos decía:

—It would doubtlessly be surprising to hear auy one saying that this City is not wealthy, as without exaggeration there is not other where such á disptay of wealth is exhibited at a promenade.

It is true that the same, is not confin'd to costliness of dresses which are very much similar elsewhere, or to jewels which are profusely displayed at other places, and occasions; when they are more in place than for a simple promenade in gardens. It is the elegance, the grace and majesty of our ladies, which enhances so much their appearance, the grace of the southern women is unequalled, in the towns, with their muslin dress and flowers braided between the hair, it also astonishes to see them in the carriages wearing the fashionable pithy bonnets and their valuable embroidered fans.

Coming to business and finding him self in the place of lowe, and yielding hurriedly to the voice of alarm and being envelopped amidst such profusion and abundance of beauty are undoubtly two lovely disappointments, which please as well as charms me. There is as much as to feel a sorrowful reality and falling in to the most delicious of dreams. Cadiz is a beautiful, rich, lovely and prodigious town.

—Mais, ni dans la banque ni dans la promenade —dijo otra voz—on doit la voir pour en juger. L'interet ôte les charmes du traitement social; il en affaiblit les affects, donne de la crainte aux lèvres et de l'avidité aux regards et les mains ne se rétrécissent pas avec effusion après avoir touché l'or. La promenade de son côté, c'est vrai qu'elle offre plus de variétés et de mouvement, autant que d'attractifs, mais elle les sépare, les distribue et les répand; on admire les beautés l'une après l'autre, individuellement, et cela nous prive

de l' ensemble. Reunissez ces visages et ces corps, ces toilettes et ce luxe, ces regards et ces sourires dans un salon, sur un riche tapis, sous les splendeurs de plusieurs flambeaux, au compas de la musique, en vue que vous ne pouvez pas le reunir dans l' harmonie de l' amour, parce que les passions et les jalousies, les seductions et les plaintes, les soupires et les sourises ne tiennent pas un rythme compassé, ni un nombre avec mesure. Imaginez vous la concurrence des fleurs du sein avec celles des visages, du parfum des habits avec ceux des haleins, entre l'etincéllement des diamants et ceux des yeux et entre la circumspection de la visite ou de la promenade et l' abandonne du waltz ou de la polka. Imaginez vous tout cet ensemble dans vôtre fantaisie, et il est tres posible que vous sortirez de vôtre réve, par la simple raison que ce même réve ne vous laissera pas dormir.

—Sicuramente;—agregó una tercera voz—Caddice tiene il cielo dell' Italia, il suolo della Spagna e le Dee galante dell' Olimpo greco; la gaieza francesa et il dolce accento italiano, e tutto ciò cosparso di quella grazia propria di Andalusia, e della franchezza spagnuola. Questi caratteri si scorgono nel vestire, nel trattamento, e nella espressione de' sembianti, né' costumi, nelle volontà e nel modo di fare e di dire di questi genti, alla di cui vita materiale concorrono le industrie europee ed alla loro esistenza morale sí méscolano arte e buon gusto, cultura ed illustrazione, religiosità e decoro, ricchezza é generosità, pensieri umanitarii ed idee divine. A non essere ingrato, colui che

non riconosce la sua patria, certamente ambizionerebbe di essere nato in Cadice.

Y en efecto; decía yo para mí, formulando el discurso de ese egoismo sublime del amor pátrio: «Si lo mejor del mundo es Europa, y lo mejor de Europa España, y lo mejor de España Andalucía, y lo mejor de Andalucía Cádiz, vivo en lo mejor del mundo!» Otras ciudades habrá más ostentosas; Madrid por ejemplo: otras más ricas; Barcelona quizá; otras más monumentales; Sevilla sin duda; pero ninguna más bella, más graciosa, más poética que este seductor grupo de casitas blancas como la sal, estrechamente unidas como mosquetas en un ramo y aposentadas sobre esta roca que el mar, no pudiendo conmovier arrulla y, no pudiendo invadir, rocía con sus perlas.

Desde las ondas parece nuestra ciudad, con su cinturón de murallas cortando la línea desigual de sus edificios, enorme canastilla de azucenas que alguna deidad submarina sostiene sobre su cabeza: entre esas flores revuelan nuestras mugeres como bandada de mariposas, y á la sombra del follage nos hallamos los hombres acechando el amor en sus giros, regando los tiernos tallos con el sudor de nuestras frentes y manteniendo la vida, la lozanía y la frescura de este inmenso ramillete envidia de las naciones extranjeras y gala de España.

Así pensaba yo, y este pensamiento borró de mis oídos las voces extrañas y ahuyentó de mis labios un suspiro próximo á escaparse: era un suspiro de felicidad.

1884.



## UN VOTO MAS.

—72—



o tengo un tío, como puede tenerlo el más afortunado de los mortales; solo que mi tío no está en Indias.

Tengo un tío sacerdote, cosa que no tiene nada de particular; pero que, á más de sacerdote, es ilustrado, cosa que ya va feniendo algo de rara, y que, á más de ilustrado es virtuoso, lo cual puede parecer á algunos de lo más extraño que puede darse. Pues, á pesar de todo, mi tío es un santo varón.

Pues señor, que á este tal se le ha pasado más de la mitad de su vida sin salir de su tierra, que es pueblecito donde hay mucho suelo, mucho cielo, mucha luz, muchas flores y mucha caza; pero donde es imposible la pesca, con esto de no faltar peces y gordos; porque desde aquel tristemente célebre Diluvio que les llevó hasta las ci-

mas de las montañas, parece que tomaron no pocos el gusto de andar en seco, si bien disfrazados de seres racionales, lo cual no deja de ser un atavío de gusto dudoso.

Nada de esto ofrece materia para admirarse; pero héte aquí que á mi señor tío se le antoja al cabo de cincuenta y pico de años asistir á otro espectáculo natural diferente del que ofrecen los poéticos amores del monte con la nube y las familiares relaciones del labrador con la madre tierra: se le antoja ver el mar.

No deja de ser una cosa lógica eso de ocurrírsele á quien de continuo piensa en Dios y se anega en esas inmensidades sin fin de lo eterno y lo absoluto, admirar la más aproximada expresión sensible de lo insondable y lo infinito: y la verdad es, que despues del pensamiento humano, tan parecido á su vez al mar, nada hallamos como el mar mismo que revele mejor á Dios como ser sin figura, océano sin orillas, espacio sin horizontes, tiempo sin medida é idea sin reposo.

Entráronle, pues, á mi señor tío antojos, medio místicos, medio realistas, de ver el mar; y, claro está que teniendo un sobrino en Cádiz y á Cádiz junto á los mares y no muy distante de su pueblo, decidió venir aquí para ver, ya que no para tomar aguas en el corriente mes de Julio: y he aquí la carta que hace unos ocho dias vino á sorprenderme agradabilísimamente:

«Si vales, bene est; ego quidem valeo.

Nolo ad Superos migrare, quin antea experiar quid portus, quid æstuarium, quid littora, quid iste sinusculus, quem vos *Caletam* vocatis, et præ-

sertim quid æquora sint. Jam ferè cognosco quid sit firmamentum; sed priusquam ad generis humani agnitionem veniam, quæ quidem mihi non nisi subolere valuit intra triginta annos, Oceani speciem saltem adumbratam formare desidero, quoniam opportunum non erit, quum Dominus me ad jus vocare dignatus fuerit et interrogaverit, quid mihi de Terra videatur, non posse Ei notitiam quamvis remotam afferre. Itaque, patientiam habeas ut sustineas me; istorsum pergam in hac hebdomada: interea hic habes avunculum tuum,

Sebastianum.

Post scriptum.—Animadvertite quod ego sim parcus in comedendo, indefessus in ambulando, atque gravis et acerbus percontator. —Cura ut valeas.»

Y en efecto; hace tres dias que tengo conmigo á mi querido tío Sebastián, y que no cesan un instante, ni mis piernas de moverse, ni mi lengua de contestar. Esto me va á producir la doble ventaja de echar buenas pantorrillas y de perfeccionarme en el latín: y gracias á que mi afectuoso tío no me pide coche ni me exige que le conteste en el idioma del Lacio; porque si tuviera tales caprichos, ni mi bolsillo ni mi ilustración filológica me permitirían complacerle.

He aquí el diálogo de ayer tarde, que puedo reproducir porque aún lo tengo fresquito en la memoria.

—Certè ista civitas habet commodam callium straturam: credo enim per Ecclesiæ pavementum deambulare, et timeo ne abhinc extraneum mihi

videatur incedere per solum lateribus nudatum, quod ad cellulam meam ducit.

—Siempre tuvieron nuestros municipios especial cuidado de la comodidad y limpieza de nuestras calles, así como los vecinos del aseo y buen gusto que notará V. en las fachadas y aspecto de las casas. Sin duda estas condiciones, más que otras, han alcanzado para esta ciudad el gracioso dictado de *tacita de plata*. Esto cuesta bastante dinero; pero se da por bien empleado si facilita el tránsito, aumenta la belleza y elegancia de la población y contribuye á la higiene pública y á la buena salud que aquí se disfruta.

—Sunt apprimè constructa ædificia, urbis præsertim centrum est pulcherrimum. ¡Quàm sumptuosa et decorata templa! ¡Quàm pretiosa altaria tot divitiis et tam egregiè exornata! ¡Quantum luxûs in vestibus sacris!...

—Cierto. Verdad es que V. compara estos bellos edificios con las humildes casitas de su pueblo, escondidas en un bosque de granados y limoneros, con sus enormes higueras y sus frescos emparrados, festoneados con los pintados suspiros y los rojos geranios y tapizados de caracolas y madre-selvas. Aquello es más poético; pero esto es más hermoso. Lo mismo digo de los templos: hay más rusticidad, pero más sencillez en el altar en que dice V. misa, como cuadra á aquellos modestos hijos del campo; aquí hay más riqueza y aparato, porque lo reclaman las ideas dominantes acerca de la religión y el fáusto y belleza de las damas que frecuentan nuestras magníficas fiestas eclesiásticas.

—Rationabiliter loqueris. Deus et p̄osis sunt in se una eademque res; sed in mente humana sunt res diversæ secundum tempora et generationes. Iste est mihi novus terrarum orbis. In pagi mei latebra valde distincta species de Gadibus oblata mihi fuerat: ego enim credideram quod Gades, super nudam et aridam rupem structa, herbas producendi virtute non polleret; nunc autem eam invenio florum tapetibus stratum....

—Prodigio también de ese arte que todo lo diversifica, como V. dice, y que á la par lo enriquece. No hay aquí esas praderas eternamente perfumadas con la hierba-buena y el tomillo, la mejorana y el toronjil; ni cruzan los aires esas bandadas de alondras y tórtolas que prestan tiernas armonías á la alborada y sabrosas viandas á vuestras mesas; pero hay alhucema y romero, rosas y claveles que perfuman las brisas de la tarde, acacias y sinamomos que dan sombra á nuestras frentes y asilo á los parleros gorriones y un hilo de agua que adormezca nuestros sentidos y despierte á la *loca de la casa*. Lugares donde soñar, no tanto como en los campos, con las melancolías del Cielo; pero sí con las dulzuras del amor, de la paz y de la confianza.

—Bonum est hoc. Profectò cœlum splendens per diem, tranquillum per noctem sunt duo loquendi genera: loquela luminis, loquela tranquillitatis certatim persuasoria et acuta. ¡Quàm pulcherrima crepuscula! ¡Quàm rapida et venusta aurora! Simile hoc cœlum videtur argenteo velo sub æthere suaviter fluctuante, pronoque

ad sese plicandum, ut Angelis Dei ostendat sublimem hunc prospectum super terminum terræ ab hominibus delineatum. Et ¡quàm speciosus vesper! Horizontalis sphæræ zona tingitur rubro colore, exuitur sol emicantibus radiis, et ornatur omni pigmentorum tono, luteo, flavo, croceoque splendore: inmergitur denique inter undas, trahens post se obscurum et stellis conspersum noctis pallium, quod involutum nuper videbatur trans pictoreos orientales montes.

—La Naturaleza siempre es bella.

—Potius est dicere, Deum esse Omnipotentem et Supremum. Verùm ¿in omni tempore ita se habet?

—Siempre. Invierno templado: el mar nos abraza con sus brumas, como una tierna madre con su manto. Verano fresco: el mar resfría las brisas que olean nuestras calurosas frentes, como la enamorada esposa seca con sus besos el sudor de nuestras sienas. Nuestro clima es primaveral y nuestra ciudad es un pequeño paraíso.

—Attamen, protervi venti.....

—Los huracanes nos traen el agua, único elemento de vida que nos falta, lo cual quiere decir que todo se lo debemos al Cielo.

—¿Ad quid ergo isti fontes?

—Dejemos las fuentes. Entre la obra del hombre que salta á chorros aquí y allá, y la de Dios que entra á raudales en nuestros hermosos aljibes, no hay que vacilar en la elección: dejemos á cada cual en donde está; bullendo la una en los jardines y acopiada la otra en nuestras casas.

—Vos super stagno commoramini.

—¿Y qué importa, si nos tiene entre sus robustos brazos el Océano?

—Sed ¡humiditas tanta!.....

—Eso sí; todo es aquí húmedo: el suelo, la atmósfera, los vientos templados del Invierno y las brisas apacibles del Estío; solo el Levante nos seca; pero ya es tal nuestro hábito de estar mojados, que no agradecemos su beneficio al *hijo del sol*. Parece que Dios nos aconseja, por no decir que nos impone, la limpieza.

—Animæ munditiám, abs dubio.

—Eso, pregunte V. al sacerdocio como anda; yo la que veo es la de los cuerpos, que no deja nada que apeteer, y me contento con ella. Pero ..... veamos; y el mar? ¿No era esto lo que deseaba V. ver antes de morirse?

—Inmensum speculum, ut unus populus possit se ipsum intueri; exiguum autem ad imaginem Cœli reflectendam. ¿Vos autem mare non timetis?

—Y ¿por qué?

—Certè; miranda pavorem rejiciunt.

—A nosotros no nos causa ya admiración.

—Ecce enim incommoda, quæ præsefert mos agendi familiariter cum portentis.

—Diga V., tío: ¿no es más grande Dios que el mar?

—¡Rara interrogatio!

—Pues con El se familiarizan en extremo las beatas que comulgan todos los días.

—¿Intendis oculos ad beatas?

—¡Cuidado con eso de las comuniones diarias!

—Verùm enimverò mare abyssus est.

—No tan insondable como Dios.

—¿Quis audet juxta littora delinquere?

—¿Quién maldice ó miente con la hostia en los labios?

—Oceanus est divinæ Omnipotentiae symbolum.

—La hostia es el amor divino.

—Tremendum est ante solam imaginem Dei.

—Hay que santificarse llevando á ese mismo Dios en las entrañas.

—Audi, audi; ¿ad quid istæ theologicæ recogitationes?

—Es que corren paralelas á las de V.

—Transeat: sed de mari loquamur.

—El mar no es sinó lo que ha quedado de vuestro diluvio. Ruge ó murmura, golpea ó besa, se encrespa ó se riza, pega contra las murallas ó lame las arenas con sus espumas: es azul ó ceniciento como el cielo, brilla ó se oscurece como el espacio, recibe luz desde arriba y parece que revela las sombras de abajo: son dos cielos ó dos mares eternamente colocados el uno frente al otro: como cielos, el de encima es el de la esperanza y el de abajo el de la desesperación: como mares, en este flotan los Leviatanes como cáscaras de avellanas, y en aquel los astros como átomos de polvo. El mar es la inmensidad para el infusorio, y el firmamento lo es para las humanidades: lo que para aquel es la gota de agua, para nosotros lo es la estrella; y lo que para el infusorio es el Océano, para la humanidad terrestre lo es la bóveda de los cielos. Todo es relativo.

—¿Tale videtur tibi pelagus esse?

—Eso..... y otras cosas.

—Ego autem id considero tamquam gigantem, hujus undarum Reginae amore succensum, quam inter lacertos implicare timet, ne fortè objectum sui amoris dissolvat. Videtur igitur mihi jure et perenne miraculum. Vitam denique vestram ab immoderato efflatu, ab una ex imprudentibus illecebris vel a phrenetico motu istius gigantis pendere judico. Quapropter asserere non dubito, juxta maris littora commorari idem esse ac in arcto tumbæ confinio esse; anima mea tantummodo solaretur, recogitans sepulchrum esse æternitatis januam.

—Quién piensa en morir dentro de este alcázar encantado?

—En igitur quare oceanus educit vos ab stupore, dirigitque mentes vestras ad salutarem mortis recordationem.

—Tío, se pone V. muy lúgubre: estoy fatigado: demos por hoy fin al paseo.

—Ita sit: atque hæc cogitatio sermonem concludat, sicut ipsa mors vitam concludit.

Mudos y silenciosos penetramos en la ciudad: dejé á mi tío en su habitación y me retiré á descansar.

Soñé con el mar y con el Cielo: entre las brumas del uno y las nubes del otro ví á Cádiz.

1884.







## CÁDIZ DESDE LISBOA.

---



Aõ se pode fazer mais sobre um rochedo: castello, palacio e ver-  
gel.

Cádiz tem por vestidura for-  
talezas, por carnes alcazares, e  
por coração jardins.—Pensan-  
do o homem, la' nos tempos da cu-  
biça e do ferro, collocou entre o mar  
e a terra, entre os furores e a con-  
fianza, uma cinta de pedra. Pensando  
logo, ca' nos tempos do commercio e  
da riqueza, levantou entre a commo-  
didade e a independencia, entre a paz  
e o regallo, formozas moradas em que  
agrupar-se para os misterios da vida familiar, e  
em que estabelecer ordenadamente o regimen da  
existencia e as relaçoês sociaes. Todavia pensan-  
do nestes modernos tempos no que exige á saude  
e a higiene, e nas ventagens da communicaçõ e

do trato das gentes, intercallou entre palacio e palacio, entre grupo e grupo de rissonhas e sump-tuosas moradas arboredos e vergeis, caminhos de flores e murmurios de fontes, que foi como enlazar as familias com rozas e perollas, abrindo bellas estradas e cobrindo de frescas sombras a passagem da amiçade e do amor, da nobreza e da galanteria.

Mais nada poude fazer-se sobre uma pedra árida. Obra parece esta de artificio mágico que, transportada á seculos nebulozos da Historia, nos explica como a arigem das grandes cidades, Memphis, Athenas, Cadmea, Carthago e Roma, foi sempre attribuido aos prodijios dos deuses.

Conhecida a situação geographica de uma cidade, facil sera vaticinar os seus destinos. Basta ver a topographia de Cádiz para acreditar que desde logo lhe reservou o Ceu uma sorte invejavel: porque se a Natureza a favorece, ¿como não a faram venturoza os jados? ¿Podram os homens oppor-se a uma lei da Providencia? Dado um decreto divino, ¿consentirá o Ceu que um poder inferior o annulle ou desvirtue?

Assim se explica á grandeça quase constante deste povó, e assim mesmo os seus periodos de decadencia. Figura em uma epoca muito longiqua e enche desde então páginas muito brilhantes da Historia hespanholla: en seculos remotos decide da sorte dos iberos, intervindo á cada passo ate os nossos dias nos momentos mais solemnes e interessantes, e no sucessos mais decisivos e transcendententes para a Patria.

Diz-se que hoje geme; não lhe durará muito o

pranto: diz-se que se abatte; não pode ser certo quando por todas partes se ostenta engallanada como para una longa festa. Não ha povo que disfarce a dor sob tao vistoras gallas e taõ risonho aspecto.

Veamos sempre á Cádiz como a perolla do Oceano, a bella sereia cuja voz atrahe o amor e as riquezas de remottos continentes e como o lazo que conservará a Peninsula hespanholla em docemente convivencia com as ricas Américas e a Africa codiciada.

—Veamos, veamos todo eso que dice el insigne habitante de las bocas del Tajo. ¿Quién puede pensar hoy en desdichas cuando la ciudad se engalana para recibir á sus huéspedes veraniegos, cuando nos ofrece ese dulce beleño del placer y nos asegura que ha de inspirarnos durante el sueño las deliciosas imágenes de un cuento de *Las mil y una noches*?

¡Quién tuviera la pluma de Arum-al-Raschib para describiros este deliquio oriental! Mas no importa: diciendo la verdad, la pintura resultará bella.

He aquí una ciudad que no necesita del disfraz de maderos y lienzos, luces ni colores para aparecer hermosa. Como á la vírgen de los campos, le basta el natural aliño de su aseo y gentileza, de su blancura y su donaire, para estar encantadora. Todas las mañanas lavada y peinada se asoma al turgente cristal de sus claras ondas y se encuentra adorable. La besan las auras al despertar, la arrulla el mar enamorado y se siente inundada por los rayos de un sol deslumbrador, bajo un

cielo purísimo como sus esperanzas, con un ambiente fresco y perfumado por los alientos del océano y el aroma de las flores y sembrada de jardines á la manera de esos graciosos ramilletes con que las damas prenden los pabellones de encaje en la ampulosa falda.

Cádiz se siente feliz: si el rumor de una desventura como el zumbido de lejana tormenta hiere sus oídos alguna vez, son los insectos humanos que se agitan bajo sus flores ó cruzan su plácido recinto, bullendo y revolviéndose en busca de un cáliz en que hincar el aguijón ó en busca de un manjar que viene escaso para tantas codicias. Si una sombra de tristeza pasa fugaz por su frente como niebla de otoño ó nubecilla de verano, es el vapor de las pasiones condensado por los egoismos de la ambición, ó el humo nauseabundo que despiden esas hogueras de nuestra política provinciana, donde se abrasan el bienestar y la prosperidad del país. ¡Ojalá se defendiese Cádiz de las tempestades de su cielo como de los furios de extraños huracanes, y de la plaga de sus políticos huecos como del ímpetu de sus potentes mares!

Más todo ello no basta para turbar su calma, ni ménos para desvanecer las esperanzas que abriga respecto de su porvenir. Nuestro buen amigo de Lisboa tiene razón: el poder humano no puede oponerse al cumplimiento del Decreto divino.

Permite el Cielo, porque la libertad juegue, y el patriotismo se ostente, y las virtudes cívicas brillen y se aprovechen, y aparezca tal como ella es la obra de los hombres, que se suspendan sus

sabias determinaciones; más un día, por encima de todo cálculo y de todo propósito, de todo afán y de toda confianza, la Ley Suprema baja imperiosa, encarna en los corazones y decide de las cosas y de las personas con una fuerza incontrastable y augusta.

Allá en los ocasos de la Historia, aún se dibujan entre los dorados celages del poniente, los contornos de un continente rico y espléndido que venía de continuo á vaciar sus tesoros en nuestras arcas, y cuyas variadas especies traían en pesadas cargas nuestras naves por encima de las ondas para esparcirlas en nuestros concurridos mercados. Era la América, hoy opulenta, pero hoy libre: hoy feliz, pero hoy agena.

Allá en los orientes de la vida, como brilla la esperanza en los cielos de la fé, entre los pálidos fulgores del alba y los vaporosos pliegues de las brumas matinales, también se dibujan los variados perfiles de otro continente lleno de promesas y henchido de ilusiones. Tierras que cultivar, minas que explotar, hombres que enaltecer, pueblos que libertar, misiones que cumplir, progresos que realizar, y toda una civilización que extender nos ofrece ese continente, ya asaltado por ocaso y levante por otras naciones, como si nos invitaran con su ejemplo á caminar por el ancho centro de sus misteriosas regiones, más con la idea que con la espada, y más como auxiliares que como conquistadores, y más para redimir que para dominar. Es el Africa que, habiendo perdido los veneros de aquella antigua sávia que nutrió el potente Egipto y la indomable Libia, y el osado

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
119	23	Limayrae,	Limayrac,
143	31	hacemos esclava- [vos; y esta	hagamos esclavos [y con esa
145	16	quitar	gustar
147	2	repliegos	repliegues
Id.	23	calcado	calcada
148	30 á 31	colecciones.	soluciones.
150	5	alespí ritn	al espíritu
165	12	por	porque
166	17	ultratamba.	ultratumba.
Id.	19	pensó	puso
170	25	de ser	del ser
190	13	tal vez de la	tal vez la
193	11	al horrible	el horrible
200	7	de lo que sea	de que lo sea
207	13	redúcele	sedúcele
209	21	compañero,	compañera,
221	17	en	En
Id.	25	hé de malicias?	hi de malicias?
223	3	pazquata?	pazguata?
238	2	que se ofenden,	que ofenden,
241	8 á 9	recitándose,	sentándose,
246	2	<i>fecerunt,</i>	<i>fuerunt,</i>
Id.	3	Eeleazar	Eleazar
Id.	20	tras otro	tras otra
259	23	dilatarlos,	delatarlos,
275	25	de brevedad;	la brevedad;
280	11	y acentos;	yacentes;
282	32	urdan	ardan
285	6 á 7	recolección	resolución
295	17	permuñadas	perfumadas
306	25	Véase luego	Viene luego

## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA. . . . .	5
El Almanaque. . . . .	13
Un año menos. . . . .	19
Lo bello y lo sublime. . . . .	25
Un boceto de Petrarca.. . . . .	33
El sentir y el pensar. . . . .	59
El rayo en manos de la muger.. . . . .	67
La pólvora. . . . .	75
El clasicismo y el romanticismo. . . . .	85
Una copla popular. . . . .	123
La petenera. . . . .	129
La mensajera de la fortuna. . . . .	137
Ramillete de flores. . . . .	145
La amistad. . . . .	167
El amor. . . . .	175
La ingratitud. . . . .	181
Un entremes de Cervántes. . . . .	189
Otro entremes de Cervántes. . . . .	207
A solas. . . . .	229
La semana santa. . . . .	237
La danza Macabra. . . . .	245
La nigromancia. . . . .	255
Entre dos tumbas. . . . .	263
El genio en el teatro. . . . .	271
El silencio. . . . .	277
Un auto de Calderón. . . . .	287
Cádiz pintoresca. . . . .	319
Un voto más. . . . .	327
Cádiz desde Lisboa.. . . . .	337

---

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

	Tomos.
Cuadernos de Filosofía. . . . .	3
Nociones de Lógica. . . . .	1
Elementos de Literatura general. Par- te filosófica. . . . .	1
Antropología psicológica. . . . .	1
Sumarios de Psicología, Lógica y Ética	3
Lo bello. . . . .	1
Errores de educación. . . . .	1
Ensayo histórico-crítico del Teatro español. . . . .	1
Ensayo crítico del Nudo gordiano. . .	1
Un cuento de hadas. . . . .	1
Disertaciones y discursos. . . . .	1
Miscelánea periodística. . . . .	1
Rimas. . . . .	1
Una Magdalena. . . . .	} <b>Poemas dramáticos.</b>
La última gota. . . . .	
Justicia popular. . . . .	
Una mesalina. . . . .	} <b>Juguetes cómicos.</b>
Tira y afloja. . . . .	
Un ramillete de novias. . . . .	
La hiena y el borrego. . . . .	
La casa en venta. . . . .	
Entre mi muger y yo. . . . .	} <b>Comedia infantil.</b>
Los dos Juanes. . . . .	
La escuela. . . . .	} <b>Loa Infantil.</b>







## EL MISMO AUTOR.

	Tomos.
de Filosofía. . . . .	3
de Lógica. . . . .	1
os de Literatura general. Par-	
osófica. . . . .	1
an. opología psicológica. . . . .	1
Sumarios de Psicología, Lógica y Ética	3
Lo bello. . . . .	1
Errores de educación. . . . .	1
Ensayo histórico-crítico del Teatro	
español. . . . .	1
Ensayo crítico del Nudo gordiano. . .	1
Un cuento de hadas. . . . .	1
Disertaciones y discursos. . . . .	1
Miscelánea periodística. . . . .	1
Rimas. . . . .	1
Una Magdalena. . . . .	} <b>Poemas dramáticos.</b>
La última gota. . . . .	
Justicia popular. . . . .	
Una mesalina. . . . .	
Tira y <sup>ra</sup> afloja. . . . .	
Un ramillete de nóvias. . . . .	} <b>Juguetes cómicos.</b>
La hiena y el borrego. . . . .	
La casa en venta. . . . .	
Entre mi <sup>ra</sup> muger y yo. . . . .	} <b>Comedia infantil.</b>
Los dos Juanes. . . . .	
La escuela. . . . .	} <b>Loa Infantil.</b>

Magreb, y la codiciosa Numidia, y las varias razas berberiscas que abortara el Atlas, hállase en el caso de que se le devuelva en cultura el agravio que nos hizo en hierro, y que se la pague con los progresos modernos el saber con que enaltecrió la España en los revueltos siglos medios.

Y Cádiz está destinada á ejecutar un papel importante en esta obra de la civilización. Puerta por donde entró el oro del mundo nuevo, arco de triunfo ha de ser por donde salga la idea para la reconstitución del mundo viejo. Adherida siempre á todo pensamiento grande, entusiasta por cuanto ha de contribuir al bien de la Pátria, lo mismo hace de su pecho escudo para resguardar á los padres de nuestras caras libertades, que presta sus playas á los tesoros de todo género que vivifican y robustecen el país: lo mismo establece bancos y depósitos que la hacen emporio del comercio, que funda escuelas y academias que la dan fama universal de culta é ilustrada.

Reservada está, pues, para grandes destinos, pese á quien pese; pero mientras llega el dia y se cumple el plazo, engalánase y adormécese en el placer y la confianza. Dejémosla soñar, que la ventura, aún soñada, hace sonreír al espíritu, vigoriza el ánimo y da paciencia para aguardar, alientos para resistir y fé luego para emprender y realizar.



## FÉ DE ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
11	11	oo:	∞:
22	30	sus cáos	un cáos
Id.	32	en que arranca	en que se arranca
33	Epígrafe	Al Luis	Al Liceo
37	27	Cangoviére,	Canzoniere,
43	17	Lenezareth	Jenezareth
45	21 á 22	Italiens;	Italicus;
Id.	27	Eurico;	Ennio;
46	3	Cangiónere,	Canzionere,
47	10	Pratovezchio.	Pratovecchio.
65	7	todo esto de la	todo esto es de la
Id.	24	Y ¿cómo, si	¿Y cómo no, si
71	20	su ánsias	sus ánsias
Id.	30	Bramard	Brannard
72	8 á 9	la pormenor	al pormenor
73	25	caminó	fué camino
79	12	de negro grano,	ese negro grano,
86	27 á 28	operaciones	opiniones
88	15	Torwaldren	Torwaldsen
91	18	vestidos	vestido
97	31	Tiek	Tieck
Id.	33	en el	ni el
98	21	en el	ni el
Id.	22	en el	ni el
99	32	se ven la	se ven en la
108	25	tal alto	tan alto
Id.	33	puesto	funesto
110	23	ruido	nudo
112	21	se encuentra	se encuentran
117	33	el idea	el ideal
118	3	modelo,	modelo que,